REVISTA CONTEMPORANEA

MINISTERIO DE CULTURA

(c) Ministerio de Cultura 2005

MADRID, 1883
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo

MINISTERIO DE CULTURA

(c) Ministerio de Cultura 2005

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO IX—TOMO XLIV

MARZO—ABRIL 1883

MINISTERIO DE CULTURA

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.ª

VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe

HABANA
Alejandro Chao

DERECHOS RESERVADOS

(c) Ministerio de Cultura 2005

MINISTERIO DE CULTURA

(c) Ministerio de Cultura 2005

UN BUEN CIUDADANO

SIEMPRE se ha dicho que la salud es el mayor de los beneficios que puede apetecer el hombre; y al comparar algún ambicioso el don de la fortuna, capaz de poner en duda la elección, se le ha reprendido por temerario. La salud es el bien que en provecho propio debe, sin duda, desearse; pero un tanto egoísta, si se medita que el hombre se debe á la humanidad y que en su servicio es como cumple mejor el destino que su Creador le impone. Por esto hemos de convenir, aun prescindiendo de la obligación, que lastiman tanto las desgracias ajenas cuando no pueden remediarse, que no es extraño el apetecer algunas veces más que la salud, la fortuna.

Muchas son, de todo linaje, las calamidades crónicas sociales; pero no hay otra tan conmovedora ni tan imponente como la del niño abandonado ó huérfano que, ya adulto, pulula en nuestras más importantes poblaciones, confundido con la muchedumbre de pordioseros y de seres abyectos, cuyo origen y circunstancias suelen ser ignorados de sus mismos compañeros, designándose con el nombre de *habitante*, como concepto irónico de que no habita en casa alguna. Ya se sabe lo que hacen, cómo viven y la probable carrera de crímenes ó desventuras con que perturban á la sociedad.

Cuando se ha establecido represión gubernativa para sus

(c) Ministerio de Cultura 2005

escándalos, se han considerado verrugas del público, deseando exterminar algunas, mientras nacen otras; pero convencida la autoridad de que es una erupción sin remedio, se les ha empaquetado de cuando en cuando en algún asilo ó cárcel, donde entran y salen como por temporadas y donde los infelices han redondeado su condición.

Mayor parte de estos pobres seres son los colocados por sus mismos padres en tan forzosa senda ó *modus vivendi*, por falta de condiciones, educación ó instinto para el trabajo, que los que la emprenden en el aislamiento.

Carecemos de una ley que obligue en alguna disyuntiva al responsable autor de esta especie de familias, porque carecemos de un orden de beneficencia que llene las necesidades, siendo frecuente el caso de no poder conseguir el ingreso de alguno de esos pobres en un hospicio, aun por los medios de *influencia*, porque nos han contestado sus directores: «Tenemos mil y pico en la casa; se deben tres meses de gasto, y estamos expuestos á quedarnos sin el recurso de los que á buena utilidad nos suministran los alimentos para los asilados; no se pueden admitir más, sino echar algunos á la calle.» ¡Qué ley se ha de hacer de algo obligatorio, si no está garantida una sopa, un potaje y un hábito *de contrata* para los que voluntariamente acuden al instinto de conservación!

Estas reflexiones vienen á nuestra pluma, cuando deseamos celebrar con alguna memoria de gratitud un digno ejemplo de ciudadanía que hemos encontrado en este pueblo, detrás del sepulcro de D. Diego Fernández Montañéz. Y como la gloria de las buenas obras es tan envidiable, y hay tanto que hacer en esta afición por la escasez de los ejemplos, y solamente puede realizar estos hechos gloriosos la fortuna, no parecerá que es desprecio á la salud preciosa el ambicionar la riqueza, puesto que con ella puede comprarse tan fácilmente, no esa redención que parece cancelar en cambio las culpas en el pensamiento especulativo del negocio espiritual, ó siquiera del desagravio que obtenerse pueda en la balanza de la alta justicia; nada de eso, nada de cálculo, sino que con la riqueza únicamente se puede consumar esa clase de obras de satisfacción indefinible y de placer inmenso, que serán las más

(c) Ministerio de Cultura 2005

nobles para el alma, como son las más inefables para el corazón.

D. DIEGO FERNÁNDEZ MONTAÑÉZ era un capitalista, hijo de Cádiz, que falleció hace pocos años.

No le faltarían afectos de familia, intereses de amistad, deseos de particulares beneficios; pero, sobreponiéndose á todos estos alicientes, y guiado de un sentimiento elevadísimo de ilustración y de civismo, legó su fortuna de cinco millones, para que con ella y su acrecentamiento, realizado en varios años en acciones del Banco de España, que la han elevado á veinte millones de reales, según se dice, para honra de sus albaceas testamentarios, se dotara de aguas potables á la ciudad de Cádiz; necesidad calamitosa en los probables años secos en que quedan agotados los aljibes, y que hace sentir á las clases pobres una carencia más aflictiva que la del pan; obra imposible de realización en nuestros tiempos por las corporaciones oficiales, y que hecha por sus testamentarios se entregará al Ayuntamiento para su conservación y efectos populares gratuítos.

El sobrante de su fortuna dispuso se aplicara á las obras de más utilidad y reproducción, tales como muelles, dársena, limpia del puerto y defensa de éste en los temporales, que sirvieran de estímulo y facilidad á las operaciones del comercio, única fuente de vida en esta clase de poblaciones, con el fin de restablecer la perdida normalidad en sus medios de subsistencia.

Sus disposiciones no se han cumplido en el orden marcado por el testador, por haberse establecido entretanto una compañía inglesa abastecedora de aguas potables, que, realizando obras de superior importancia al capital de la testamentaría, impedía la ejecución de aquel beneficio. Debido á esto y al interés é incansable propaganda mantenidos por el representante de los testamentarios del Sr. Montañéz, D. Salvador Viniegra, hacia las obras del puerto, se dió principio á la aplicación de dicho capital en este objeto; y verdaderamente, hay que convenir con el Sr. Viniegra, que si no se promueven medios para favorecer á Cádiz en el movimiento mercantil, que es su única vida, de nada sirven las aguas; porque esta

(c) Ministerio de Cultura 2005

preciosa población, á falta de un pronto remedio, llegaría á la decadencia de quedar desierta, y los aguas sólo servirían para regar la hierba de sus calles.

Pero como de todo se saca partido en las suposiciones de intereses particulares, se censura bastante la falta de cumplimiento á la voluntad del finado, en el hecho de aplicaciones distintas; porque es de advertir que el abastecimiento de aguas de la citada compañía inglesa ha hecho fiasco, por haberse mezclado la de sus manantiales del valle de Sidonia con las del río, buscando su aumento, y esta mezcla las ha hecho salobres, repugnantes é inútiles, dando al traste con un negocio en que se invirtió millón y medio de duros.

Debido á este fracaso, se subastó en Londres la propiedad de esta compañía, hace dos años, y concurriendo á la subasta un comisionado de los testamentarios de Montañéz, dejaron éstos que se adjudicara en tres millones de reales á otros explotadores. Este es en realidad el único cargo que puede hacerse á los testamentarios, porque el cálculo no era dudoso; y puesto que Cádiz quedaba sin aguas y ellos tenían una obligación en aplicar á este objeto el capital de la testamentaría, podían celebrar y aprovechar aquella ocasión tan ventajosa. La prueba de esta fragilidad ha resultado en el hecho de haber comprado ahora la testamentaría en cinco millones dicha propiedad, pagando así un guánte de dos millones á los especuladores aquéllos.

Poniendo las cosas en su lugar, echando á un lado las apasionadas censuras de los unos, que llevan sus aficiones acuáticas á una exageración que no disculpa tan matizado celo, y comprendiendo á la vez que si de buena fe dejaron pasar los testamentarios la subasta de Londres, es indiscutible que están obligados por honor y por conciencia á llevar á cabo la buena obra de abastecer de aguas *potables* á esta ciudad, ya que han obtenido en tan corta suma relativa un valor muy superior, y que á su mejora definitiva y fácil deben aplicar el capital existente de la testamentaría, como resolución terminante de derecho y de circunstancias.

Si la voluntad del finado no debiera importar en el orden establecido por las leyes y en el ejemplo de las costumbres,

(c) Ministerio de Cultura 2005

otro sería el consejo de la razón; porque sin quitar mérito á una disposición tan humanitaria, se carece de las que deben ser fundamentales y que á voces clama el funesto abandono de nuestra sociedad, numerosamente pobre y fatalmente extraviada en el aislamiento, para la cual se gasta mucho en prisiones y castigos, pero muy poco en mejorar su condición.

Cada época ha revelado su necesidad con el sentido elocuente de una manifestación, no siempre juzgada con acierto por los tiempos sucesivos; así como el feudalismo fué una necesidad y un adelanto para sustituir al patriarcado y á los pueblos nómadas, que se devoraban sin establecer el derecho de propiedad, así el reino absoluto tuvo que fundir las nacionalidades, y las democracias, muy después de sentidas, han tenido que venir á hacer compatibles la universalidad de los conocimientos humanos. Pues en la misma correspondencia se observan á grandes períodos las demás instituciones que, vistas en el panorama de la historia, no parecen determinaciones casuales, sino hechos instintivos, formas inspiradas en la escala misteriosa de los progresos destinados á señalar una misión en cada pueblo. Una península tan dividida como lo era la española, no podía llegar al progreso de su unidad, si no la impelía un sentimiento tan superior como el religioso, aun luchando con la variedad de sus costumbres y sus lenguas: las fundaciones monásticas fueron como la moda de mejor gusto que unieron las aspiraciones de tan diversos pueblos en un mismo sentido moral, con esa fuerza avasalladora que vence las mayores dificultades sociales, y por espacio de siglos no fué al sepulcro el poseedor de cualquier fortuna sin dejar un legado que fundaba un templo, una misa, ó siquiera el óleo de una lámpara. Pero resuelta la necesidad de este movimiento social y gastado este procedimiento con el vicio en que todo se gasta por ley mortal de imperfección entre los hombres, tuvo que llegar á un extremo de inconveniencia para que, satisfecho el móvil en sus efectos, se hiciese necesario en un día, no remoto, que cesara el poder de los muertos sobre los vivos y tomara otra senda la riqueza pública.

La reacción de este sentimiento moral, que consagraba

(c) Ministerio de Cultura 2005

cada hombre al despedirse de la vida, vindicando un tributo de la conciencia y recogiendo el último consuelo que podía prestarle el mundo en tan solemnes horas, deja un vacío lamentable: se han aprestado en favor de esta reacción los argumentos del interés egoísta con todas las influencias materiales, y ya parece ofensa al amor del hijo el menoscabar su herencia, enviando cada hombre un real siquiera para otro más necesitado: sin embargo, la misma ley que santificaba aquellas fundaciones pías, es la que había declarado que los hijos eran herederos forzosos; al mismo carácter pertenece la legislación que declara que el que tiene hijos no es dueño de sus bienes: pero el afecto es más poderoso que la obligación para que se propenda á modificar este orden en las sucesiones del dominio, entre tanto que, por lo menos, no cambien con el paso de las costumbres generales estos períodos tristes de la deficiencia del trabajo, de la desnivelación económica individual y de la escasez productiva en las proporciones que la ciencia está llamada á corregir.

Pero el vacío ha quedado aun para aquellos que, esperando morir sin herederos, viven preocupados sin resolver con satisfacción completa la mejor aplicación que deban dar á su fortuna, cuando ya no puedan poseerla. No se da caso de que, cansado un hombre rico de velar por sus intereses, de acrecentarlos ó defenderlos de tantas asechanzas, se resuelva, en su ancianidad siquiera, á repartirlos en vida y á contemplar desde las ventanas de un retiro humilde la felicidad de los demás, sembrada por sus manos. Cuando más, se observa legar á su muerte alguna memoria para objetos caritativos; pero siempre divagando entre la desconfianza de su buena aplicación y obediencia, ó trasluciéndose el disgusto de que, si lo deja, es porque no puede llevárselo. Es frecuente el ejemplo de la pasión, testando la total fortuna á favor de una sola persona que no lo necesite, bajo la tendencia de perpetuidad con que el instinto de la inmortalidad impele al hombre para desear imprimir con ella todas sus obras. Esta es por demás ciega: ¿qué le importa nada material desde el instante en que ha de desprenderse del cuerpo para no volverlo más á poseer? Y parece condición de cierta clase de herencias, cuyos capi-

(c) Ministerio de Cultura 2005

tales se han creado con la mezquindad, que como un perro se rebela y se escapa tan luego como cambia de dueño, no compensando á la satisfacción de haberla adquirido, el desastre que causa en su fuga.

Se carece en nuestro País de hábitos para gobernar la fortuna que no se adquiere por sí mismo; únicamente suelen conservarse en manos de genios timoratos que no hacen uso de ella y que, como un vitalicio, disfrutan sus rentas; porque es mucho más fácil crear un capital en cualquier clase de negocios, que el conservarlo cuando se envuelve en el movimiento por una mano extraña, á quien resulta no obedecer con la misma lealtad que el can antes citado. Y esto, que no depende más que de la falta de práctica ó educación mercantil, induce á constituirse muchos capitales parásitos en ese temor, que impiden la constante creación que se observa en las naciones industriales. Así como en los Bancos se multiplica en una forma supuesta y sostenida por el crédito, sin menoscabo de nadie, facilitando los elementos que con su mismo ejemplo elevan la transacción diaria á una elevadísima proporción, los capitales, aplicados á las industrias, forman un núcleo de riqueza incalculable, poniendo en movimiento los elementos de la naturaleza, que yacerían sin ellos, y dando aplicación al trabajo, que se eleva en valores, sin ser gravoso; antes bien, aumentando la riqueza pública.

Pero son otros los inconvenientes accidentales que se oponen á su desarrollo en España, en justa relación con sus medios: la curia, á pesar de las reformas introducidas, es una amenaza que ha inducido siempre á las costumbres de ocultación ó encogimiento, y los innumerables defectos administrativos, sostenidos por la política, contribuyen á ver esterilizados muchos ejemplos, que quedan, como las cruces en los caminos, para memoria y prevención de los transeuntes. Resulta siempre una contradicción, como providencial, en el giro que adopta cada pueblo cuando éste no es apropiado á la condición que su naturaleza le impone con superior sabiduría y prodigalidad: el destino de España no es fabril ni manufacturero en la mayoría de sus territorios, toda vez que elevada algún día su agricultura al adelanto y perfecciones á que

(c) Ministerio de Cultura 2005

debe aspirar, necesita multiplicar su población por tres ó cuatro tantos, sobre la presente. Y aunque cuenta con la variedad de primeras materias para aquella aplicación, es mucho más difícil organizarse en las combinaciones de una exigencia tan distante, abandonando la multitud de alicientes con que le brinda una riqueza no explotada, una vida distinta en el hogar risueño de sus fértiles campos, tapizado de flores, donde se respira el aire libre perfumado en las plantas, y donde el alma se ennoblece en el religioso silencio, contemplando la naturaleza y sintiendo como más cercana la mano del Creador. ¡Quién viera la España agrícola del porvenir, con su inmensa población rural, convertidos todos sus valles en jardines!...

Pero hoy, que no tenemos agricultura ni industria, y que los capitales no encuentran más aplicación que la propiedad ó la hipoteca, no se acierta á escoger un medio útil y seguro para destinar una herencia, y faltan los ejemplos que en todas las épocas forman el cauce, como una expresión de buen gusto dominante. Así como la piedad alzó tantas torres y erigió tantos claustros en otros siglos, bajo el sentimiento de aquellos tiempos en que todo quería consagrarse á Dios, hoy el mundo se cree más obligado á la humanidad. Aquella época tuvo que inspirarse en la base del sentimiento religioso, fundando el amor á Dios: hoy tiene que obedecer á la continuación de la obra, erigiendo el amor al prójimo.

Ya se observa el instinto, y sólo falta acreditarse el ejemplar, que satisfaga las aspiraciones, que llene el corazón, como en lo antiguo lo llenaban aquellos lucidos testimonios de honor á los muertos que entusiasmaban á los vivos á envidiar su honra. Y la época presente se lanzaría en estos pueblos apasionados de un ideal noble, y la vehemencia de aquellas fundaciones monásticas se vería aplicada á las fundaciones modernas, más humanitariamente que en los pueblos del Norte, que nos dan el ejemplo, pero en los cuales domina más el cálculo y late menos el corazón: allí se llama Filantropía y aquí le nombramos Caridad.

El modelo existe: la joven América ha recogido las tradiciones de la vieja Europa, y en cambio ésta tiene que apren-

(c) Ministerio de Cultura 2005

der de aquélla todo lo que sea moderno; como que á cada uno corresponde el mérito de lo original.

Nuestras antiguas preocupaciones torcían el sentimiento caritativo, fundido en las ideas feudales, que nos legaron la nobleza de sangre; y bastante era fundar un hospicio para dar sustento y honrado oficio de menestral al pobre hijo de la cuna ó al huérfano, que de otra suerte se hubiera criado con peores auspicios. Han llegado hasta nuestros días estas equivocadas instituciones de beneficencia, que el Estado lleva de la mano, llamándose su padre y conservando el antiguo tipo del asilado, con su zapato basto, su chaqueta de paño burdo y su gorreta sin visera, bajo el mismo modelo que la del presidiario. Si en Madrid se ha afinado algo en los últimos tiempos este tipo, en provincias continúa conservando su carácter clásico. Pero no es lo peor la ropa, sino que el hijo del Estado que se personifica en este caso, el hijo de la sublime Caridad, más noble que todos los Estados del mundo, creada en los labios del Redentor con un aliento de su corazón y una lágrima de sus ojos divinos, ese niño inocente patrocinado y legalmente adoptado por padres tan respetables y poderosos, no ha podido nunca en España pasar de la mísera condición del hijo del más pobre jornalero; no ha podido estudiar una ciencia, seguir una carrera, ocupar un puesto distinguido: por los hospicios habrán pasado millones de criaturas, y no se registra en sus anales que alguno haya sido elevado por su paternidad á la condición digna que ha tenido derecho á adquirir. Si no podía gastarse mucho en ellos, hubiérase criado menos y con más eficacia. Así es, que esta clase de instituciones tan nobles no han ofrecido alicientes de ejemplo para haber recibido, como debía, la inclinación moderna en las herencias.

El modelo aludido de los Estados Unidos nos ofrece el tipo más acabado de la civilización y el gran concepto del cristianismo, en orden al niño inocente y á la equidad social en la naturaleza: es una institución particular fundada por un buen alma que no tenía herederos: se llama colegio y no hospicio: en él ingresan los huérfanos y expósitos, adoptándolos la Casa con todos los derechos y obligaciones de las leyes: el traje, el alimento, la habitación, los profesores es evidente que corres-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ponden á la dignidad de la riqueza de tal madre; los estudios de ciencias y artes son tan esmerados ó superiores á los de los institutos donde van los hijos de los ricos. Las consecuencias de esta institución también las apuntaremos brevemente: hasta que se emancipa el alumno, por casarse ó establecerse, mediante la mayor edad, la Casa, ó sea la madre, le gobierna, le sostiene, le establece, beneficia sus utilidades y le hereda si muere. Esto mismo sucede en adelante si fallece el alumno sin hijos; pero en cambio la madre tiene escrito un diario en un libro para cada alumno, que contiene de él una perfecta historia de todos los días de su vida; cuando se desea saber quién es cada uno de los hijos de este colegio, la madre no informa bien ni mal; enseña el libro y en él se notan todas sus cualidades, que por lo regular se ajustan á los resultados de una educación severa, moral é ilustrada. Es consiguiente que entre los aspirantes á la plaza de cajero ó tenedor de libros de un banquero, quien suele ser escogido es un alumno de este colegio; y entre los pretendientes de la hija del potentado, también es probable que el elegido sea un alumno, si figura entre ellos. Ya se comprenderá el lazo fraternal que también une á los que en este caso son más hermanos que condiscípulos; y que habiéndolos ya de todas las edades, es ésta una dilatadísima familia con todos los respetos y afectos que necesita el hombre para la satisfacción de sus sentimientos. Por último, la fortuna que legó el fundador de esta Casa se ha elevado, por las herencias que recibe de sus alumnos ó adoptivos sin sucesión, y por los legados de los demás; no obstante que en los accidentes de la fortuna, siempre protege á su hijo cuando está en desgracia, aunque éste sea anciano.

No hagamos ahora deducciones, ni comparemos. Llamemos sólo la atención sobre este cuadro á los hombres de fortuna y de caridad, para ofrecerles una satisfacción de que carece la época en nuestra España.

La beneficencia oficial debe desaparecer cuando la iniciativa particular haya fundado esta clase de establecimientos. Entretanto, no sea lícito el quejarnos de la escasa eficacia de aquélla.

La asociación no logrará nunca imitar este precioso mode-

(c) Ministerio de Cultura 2005

lo, que es incorruptible por tener su legislación fundamental y no pertenecer al derecho de ningún viviente. La voluntad del fundador se cumple, como todas aquellas que no ofrecen una tendencia nociva para la sociedad. Ahí tenemos el ejemplo de la que instituyó en Sevilla Miguel Mañara, que se conserva, no obstante las desventajosas condiciones de lo que pudo pensarse y hacerse en su época.

Si este ilustre sevillano pudiera volver á la vida, él que fundó una institución benéfica tan admirable para las épocas pasadas, fundiendo el corazón de los nobles en el sacrificio que los hizo prácticamente hermanos de los pobres y de los sentenciados á padecer, hubiérase inspirado en esta clase de beneficencia digna que mitiga la desgracia del que nace infortunado, impide la huella de un envilecimiento injusto y ennoblece el alma en la práctica de una virtud siempre fructífera. Porque todas las muestras de caridad en nuestras costumbres han dejado el vacío de la fatalidad; no han podido ser reproductivas para la sociedad, porque han acudido á consolar al enfermo cuando la postración lo ha traído á sus puertas; han rodeado á moralizar al criminal ya en las escaleras del patíbulo. Todos esos reos y esos ancianos destinados á morir bajo el doble de las lastimeras campanas de San Jorge (1), después de una vida de desastres, han sido los llamados á entrar allí desde niños, ahorrando á la sociedad tantas heridas y extendiendo el modelo de la caridad discreta.

La buena obra de D. Diego Fernández Montañéz nos presta ocasión de poner en realce estas ideas, á la vez que celebramos en su memoria un título de inmortalidad con que siempre brillará su nombre á través de los tiempos, con la áureola más singular y más gloriosa; porque á ella rinden admiración los sentimientos de humanidad y los de patria.

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

Cádiz 18 febrero 1883.

---

(1) Templo de la Casa Caridad de Sevilla fundada por Mañara.

(c) Ministerio de Cultura 2005

EL SUCESO, Ó NOVELA,

DE

D. JUAN DE PERALTA

CABALLERO INDIANO,

CONTADO POR ÉL MISMO (1).

VII.

Fuíme á mi posada, y cerrando la puerta, avisé que si preguntasen por mí, dijesen que no estaba en casa; que aunque algunos dicen que en echando mano á la espada se cumple á un mentís, mas yo lo tomo de otra manera; y creía no cumplir con mi honor si no le daba una herida ó le sacaba alguna sangre, pues de otra manera no entiendo el duelo. Mas, para cumplir con mi obligación, lo que hice fué escribille un billete dándole á entender mi agravio y que en tal parte le aguardaba, donde, si era caballero, solos pudiéramos tomar satisfacción de mi sentimiento; y que saliese, que hasta puesto el sol le aguardaría solo, y que como caballero fuese. Yo me fuí por parte á donde nadie me encontrase, que muchos me buscaban; pero estuve hasta el tiempo que dije y nunca vino. Determinéme de venir á mi posada.

Como don Lope era capitán de la guarda, llevaba siempre consigo tres ó cuatro soldados, y cualquiera que le encontrare no lo tendría por novedad. Púsose por donde yo había de pasar, y aunque me vido, me dijo que no era hom-

(1) Véase la pág. 277 del tomo XLIII.

(c) Ministerio de Cultura 2005

bre yo para salir á él de desafío. Yo le respondí que era mejor que él y que en cuanto había hablado que mentía. Metí mano á mi espada y un broquel de que iba apercibido. Á los primeros encuentros me dieron por detrás un pantuflazo que perdí algún sentido, con que tuvo lugar el darme una estocada que caí en tierra, y allí caído me dieron otras dos de que luego pensaron que me habían muerto. Acudió gente; levantáronme y vieron que la cara tenía llena de sangre y que estaba mortal. Trujeron una silla de manos; lleváronme á mi casa; desnudáronme; hallaron tres heridas; las dos no era nada y la una penetrante, y la herida de la cabeza no quisieron los cirujanos curarme hasta que me confesaron.

Contar lo que en aquella casa hubo aquella noche de justicia, de amigos, es cansaros; y el avisar las diligencias que se hicieron, principalmente en mi cura, aunque á los cirujanos les pareció, y lo afirmaron, que no había de morir; sola una estocada, que fué la primera, que por una costura del coleto me la dieron, desta no estaban satisfechos. Llegó á oídos del conde, que le pesó mucho y me envió su secretario luego, que de mí á él le contase lo ocurrido, no embargante que el alcalde de corte me tomó mi declaración; mas yo dije que no conocía á nadie y no pudo sacarme más; pero ya lo traía averiguado, porque yendo corriendo uno de los soldados que se habían hallado en el lance, le prendieron. El secretario me trajo otro recado del conde, que como amigo le enviase á decir de verdad la ocasión que había tenido para que don Lope, siendo tan amigo, hubiese hecho una cosa tan desacordada. Yo le hice relación al pie de la letra, y la verdad, que quedó tan enojado el conde, que lo que no se le había oído en ninguna pesadumbre dijo entonces: «Por vida de la condesa, que si cojo á don Lope, que yo le corte las alas, que las tiene muy grandes.» É hizo prender la dama aquella noche y embargalle sus bienes y buscar á don Lope con mucho cuidado; mas él se supo bien guardar, y aquella noche le pregonaron con bravos premios á quien le entregase y graves penas á quien le encubriese. Y os prometo que todo esto que me decían, más era pesadumbre para mí que alivio para mis heridas. El soldado que prendieron

(c) Ministerio de Cultura 2005

cantó de plano y estuvo á pique de que le ahorcaran; pero sabiéndolo yo, por un billete que escribí al conde, suspendió la justicia, que no fué poco, tan enojado estaba; y si entonces coge á don Lope, lo degüella; y no fundaba la queja en las heridas, sino que, llamándole yo con un papel, no salió y me aguardó con la alevosía que tuvo. Él hizo bien de guardarse, decía, que una cosa es ser caballeros y mirar por el pundonor, y otra cosa es administrar justicia; y añadía en esta parte, que más le castigaría el no haber salido como caballero á la campaña, siendo llamado, que por el delito tan feo que había hecho, como el salir á matar á un hombre solo llevando compañía; que mejor le estuviera salir al campo y matallo aunque llevase compañía; que por lo menos pudiera, si le matara, decir que había salido solo. Son cosas que entre los señores corre este pun-de-honor.

VIII.

Quiso Nuestro Señor que en breve tiempo mejoré de las heridas pequeñas, como fué la de la cabeza, y una que tenía en un brazo y otra en el hombro se cerraron; sólo la que tenía en el cuerpo, esa se detuvo más tiempo en sanarse, que dentro de quince días me levanté, mas no se había cerrado de todo punto. Andábame por casa, porque estaba enfadado de la cama. Pero á los veinte días salí de casa y fuí á la del conde, que se holgó en extremo en verme ya alentado, aunque no llevaba espada. Todos mis amigos me hicieron mucha merced. Pidiéronme que hablase al conde por la dama, que todavía estaba presa y embargados sus bienes. Hícelo luego, que no es de hombres honrados tomar venganza en gente tan inútil y que no alcanzan al modo de la cortesía. Dejéla para reir, mujer que en tal punto me había puesto, no lo mereciendo mi trato ni mi correspondencia; con que no la vide más ni me acordé de ella para bueno ni para malo.

Fuí mejorando y tomando fuerzas, que la sangre que derramé la nòche que me hirieron fué mucha, y ansí, quedé tan desflaquecido, que hube menester tiempo para volver en mí.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Trató el conde de hacer las amistades, mas don Lope no se supo muerto ni vivo dél ni de quien dél diera noticia. Pero yo, que ponía diferente cuidado de saberlo, tenía diferente relación de la que corría en México; porque todos decían que se había ido al puerto de Acapulco para embarcarse á China, porque estaba la armada de partida, teniendo yo aviso que se había venido á la Vera Cruz para venirse á España; y esto era lo cierto, que lo supe de persona que estuvo con él y le contó todo lo que había pasado y que asistía en San Francisco y que no salía de allí. Con este cuidado, dispuse lo más secreto que pude de todas mis alhajas, haciéndolas plata y oro, y viéndome ya desembarazado, ajustando algunas cuentas, y si debía alguna cosa, satisfaciendo á las partes, con achaque que venía á Jalapa, me vine á la Vera Cruz con mil deseos de encontrar á don Lope y desagraviarme, que todo mi afán era verle.

Yo llegué á la Vera Cruz que ya la armada estaba de partida; entregué el dinero y plata y oro á persona de confianza, haciéndome dos reconocimientos, y hice dos poderes y escribí dos cartas encaminadas á mi padre, quedándome con bastante dinero, por lo que me pudiera suceder; que como traía este cuidado, quise poner en cobro mi hacienda y luego libremente poder buscar á mi contrario, que sólo en mi posada tenía media docena de camisas y lo demás de ropa blanca y todo lo restante embarcado. Y viéndome ya zafo de todo este cuidado, sólo lo puse en don Lope, haciendo las mayores diligencias del mundo, que mil personas me decían que le habían visto y que le veían. Para mí fué una sombra ó aire, que con ser Vera Cruz un lugar corto, no le pude dar un alcance ni saber su posada; que en veinte días que estuve en aquel puerto poniendo espías en San Francisco y otras diligencias que hice, en que gasté algún dinero, no le pude dar un alcance; sólo supe que en hábito de fraile francisco se había embarcado.

Hízose á la vela la armada y yo me embarqué con esperanzas que en el Habana le encontraría. Llegamos á la Habana en treinta y cuatro días, habiendo corrido muchas tormentas y desviádose la armada, y caminamos solos con hartos ries-

(c) Ministerio de Cultura 2005

gos, por los piratas que andan en aquellos mares. Fué Dios servido que un sábado dimos fondo en el muelle de la Habana, que de catorce vasos que salimos de la Vera Cruz, no llegamos á la Habana más de ocho. La capitana en que yo iba dió fondo la primera, y luego al punto salté á tierra y me puse en la playa, que como el puerto está tan cerca, que en las mismas casas bate y todas están juntas, es muy fácil de ver quién desembarca de los navíos que vinieron juntos. Estuve en la playa á ver desembarcar la gente, hasta que en los navíos no quedaron más de soldados y marineros. A todos los que desembarcaban de diferentes navíos preguntaba por don Lope, dando las señas que tenía; de ninguna suerte hallé quien me diera razón dél. Otro día los andaba uno á uno haciendo la misma diligencia, dando señas que se había embarcado en hábito de fraile; todos me decían que tal hombre no había venido en su navío.

Yo tomé posada, que eso es lo que se hace allí, y á cabo de seis días entró lo que faltaba del armada, y haciendo la misma diligencia, de ninguna manera tuve rastro de tal hombre ni quien me dijese que le había visto desde que le vieron en la Vera Cruz; y visto esto, me dieron impulsos de volverme á la Vera Cruz, por entender que él había bajado á despachar alguna cosa á España y se había vuelto á México, y yo siempre lo creí y dende entonces no hice más diligencia, no pudiendo haberle. Él se me despareció como humo.

Estábamos aguardando galeones de Tierra Firme; fué Dios servido que llegasen á cabo de veinte días que había que estábamos en la Habana, y desde entoncee traté de venirme á España y no hacer más diligencias, y me confesé, siquiera para que se me quebrase aquel rencor, que como la navegación es tan arriesgada y desde la Habana es el mayor riesgo que se tiene en el viaje, y no hay apelación ninguna sino á España ó al cielo, ajusté lo mejor que pude mi conciencia.

Dimos vela; algunas tormentas tuvimos en el viaje; no fué cosa de consideración, porque vinimos á España en muy breve tiempo, que no se gastó en el viaje más de cincuenta y cinco días. Llegamos á Cádiz, hallamos la gente tan acobardada por la peste que había habido y los que se habían muer-

(c) Ministerio de Cultura 2005

to y las lástimas que nos contaron de lo de Sevilla, que ya nuestros trabajos de la navegación los tuvimos por buen partido; y con juramento me afirmaron que faltaban sólo en Sevilla y Triana y sus arrabales más de ciento cincuenta mil personas. Y esto lo supe de muy buena data, que era persona que tenía escrito los que se murieron en el hospital y perroquias, cosa de gran trabajo (1).

Dimos gracias á Nuestro Señor que nos había dado tan buen viaje y librado de tal mal, y dispusimos de ir á Sevilla, después de pasar en Cádiz más de un mes, hasta que tuvimos bastante satisfacción de que Sevilla gozaba ya de salúd; y os prometo, que cuando llegué, que no se oía de ninguna perroquia doblar por difunto, que parecía que tal cosa no había sucedido, que yo consideraba que había sido un rayo ó tormenta que pasa.

Yo traté de mi negocio; nunca quise escribir á Toledo, con propósito hasta que entrara por la puerta no supiesen de mí. Vendí mi oro á un mercader de plata con condición de que en reales ó doblones se me había de pagar, procurando despacharme lo más breve que pudiera. Estando ya despachado, como había mala orden de entrar en la corte, ni en Toledo, ni en Córdoba, por haber estado en Sevilla, no embargante que tenía yo testimonio de Cádiz y de cómo vine en la armada y me decían que no dejaban entrar en Madrid, habiendo tenido noticia de que un mozo de mulas había acabado de venir de la corte, que había llevado gente que vino en la armada, hice diligencia de buscalle y avisé á persona que le conocia que me viese en mi posada, y el hombre hizo la diligencia y trújome el mozo.

---

(1) Esta peste, la más espantosa de cuantas han afligido á Sevilla, empezó con la primavera de 1649, llegó á toda su furia en mayo y acabó casi del todo en agosto. Ortiz de Zúñiga (*An. de Sevilla*) afirma que en la ciudad, Triana y los arrabales pasaron las víctimas de 200.000; estadística, á mi juicio, algún tanto andaluza.

El mismo analista dice que escribieron relaciones de aquella calamidad el capitán Francisco de Ruestra, piloto mayor de la Casa de la Contratación y el fiscal de la Audiencia don Francisco Vizcarreto y Luján. ¿Aludiría Peralta á alguno de estos dos?

(c) Ministerio de Cultura 2005

Hablamos largo acerca del viaje, cómo había pasado, y que él me llevaría á Toledo y que me entraría dentro sin riesgo ninguno, que con ir á Jerez y refrendar el testimonio, y en Las Cabezas [de San Juan] y tomar el camino desde Sevilla á Molares, sin tocar en Utrera, llevaríamos el camino derecho; y que él se obligaba á poner el testimonio de suerte que en cualquier parte tuviéramos buen despacho; porque la gente que llevó habían salido de Jerez y no les habían en ninguna parte hablado palabra.—Lo que tuvo de bueno mi testimonio, que en Sevilla, á la entrada, no estaba refrendado y fué fácil el hacerlo.—Y entre las pláticas que tuvimos le pregunté á quién había llevado?—«Sóló me acuerdo que llevé á un caballero natural de Madrid, que dijo que venía de Nueva España, que pasó cuando el de Salvatierra y se llamaba don Lope, y no quiso pasar de Getafe; allí buscó un hombre, á quien despachó, y vino un coche con seis mulas y su padre, y se le llevaron, despidiéndome á mí, y en Getafe me pagaron. No le vide más; yo me fuí á Madrid, adonde luego hice caballerías para Sevilla, y no ha habido otra cosa.»

Hícele muchas preguntas, dándole las señas, que él decía que eran las mesmas que tenía. Desde este mismo instante múdé del pensamiento que tenía que ir á Toledo, y no ver mi padre ni mi casa hasta vengarme, y de ir á la corte derecho. Díjele al mozo el día que me había de poner en camino sin falta ninguna. Dispuse de dos baules á donde poner mi ropa y algunas curiosidades y algún dinero que me pareció que era bastante para la corte; lo demás, que era cantidad, lo dejé en poder del mercader con sólo un recibo que me dió, y procuré el viaje lo más presto que pude, por tener noticia que la Reina (1) había de hacer la entrada á 15 de noviembre y faltaba poco tiempo, que no perdiendo jornada, veníamos á llegar la víspera. Habíanmelo alabado mucho, y aunque mi cuidado era tan grande y no me dejaba de combatir por momentos, que no lo podía desechar de mí, con deseo

---

(1) Doña Mariana de Austria, última mujer de Felipe IV.

(c) Ministerio de Cultura 2005

de topar mi contrario, ya me parecía que me hallaba en ello.

Por nuestras jornadas contadas llegamos domingo á Madrid, víspera de la entrada. En la puerta no hubo nadie que nos preguntara nada, y pasamos de largo, que no fué poco, que venía grande tropa. La confusión que entraba por la puerta era tan grande, que aunque hubiera muchos guardas, era dificultosa cosa el de haber de preguntar á cada uno; por lo menos nosotros se echaba de ver que veníamos de largo camino por los baúles que traíamos. Como digo, la gente era tanta la que entraba, que no cuidaban de preguntar sino de dónde venía. Yo entiendo que dijo el criado que de Talavera, y no hubo más. Yo encaminé mi viaje á la calle del Príncipe, posada antigua á donde yo solía posar. Quiso Dios que el mismo huesped que dejé hallé; holgóse de verme y dióme una sala en bajo, muy bien aderezada, y dijo: «Cierto, señor, que aguardaba un grande amigo y no la he querido dar; mas vuesa merced es conocido de casa aunque há días que no viene acá.» Apeéme y entré en la sala; os prometo que si lo hubiera avisado, no pudiera estár mas bien apercibido. Despaché al mozo de mulas, acomodamos los baúles y tratamos de comer y de descansar, y no salí de casa aquel día. El lunes siguiente, que era el día que entraba la Reina, me levanté de mañana; no procuré de vestirme de negro, sino de camino, bien aseado. Salí de mi posada, y por ser día tan célebre y haber tantas grandezas como hubo, que por ser la fiesta tan grande y haber tantos arcos y todo tan grande, no cumpliera con la obligación que os debo en no dar cuenta de todo; y es de esta manera (1).

---

(1) En este lugar del MS. falta una hoja. A fin de que la narración no apareciese truncada, me he tomado la libertad de componerla y remendarla con algunos trozos de la «Noticia del recibimiento y entrada de la Reina Nuestra Sr.ª D.ª María Ana de Austria, en la muy noble y leal coronada villa de Madrid,» impresa el año 1650 y atribuída á don Pedro Calderón de la Barca, (aunque bien pudiera ser de don Lorenzo Ramírez de Prado, consejero de Castilla. inventor y tracista de las fiestas y artificios de aquel recibimiento), y del «Tratado donde se ponen en epílogo algunas fiestas que se han hecho por casos memorables, etc.,» por Diego de Soto y Aguilar. MS.; teniendo en cuenta, por supuesto, lo que va del estilo de estas obras al de nuestro india-

(c) Ministerio de Cultura 2005

IX.

En la calle Mayor, á la puerta de la iglesia de Santa María y luciendo á los umbrales de las casas del canciller de las Indias y privado del Rey, estaba un arco en loor de América, de gran magnificencia; sus pinturas muy hermosas del Rey Católico recibiendo los dones de Colón presentados de su primer viaje á las Indias. Al otro lado Cortés barrenando sus navíos; y las costas de Nueva España llenas de nácares, perlas, corales y caracoles de muy extrañas maneras, y la mar con los bajeles unos á medio hundir, otros destrozados, flámulas y banderas esparcidas, que hacía todo apacible vista. En otra parte del arco, el cerco del Cuzco, con la derrota de los indios y la imagen de Nuestra Señora, Reina del Cielo, que defendía y amparaba los cristianos de Pizarro.

Venía luego á San Salvador la fuente adornada á lo grotesco, muy curiosa, hecha un monte de riscos y encima un bulto de Minerva; el monte poblado arriba de muchedumbre de pájaros y abajo de animales diversos terrestres. Tenía todo el espacio entremedias lleno de surtidores, bombas, pabellones y otros artificios; y os certifico que hacía agradable lisonja, no sólo á los ojos, pero á los oídos, de suerte que al ruido de las aguas se juntaba la música de los varios instrumentos que la misma agua tocaba al surtir, haciendo muy sonoros chicolíos. Estaba la fuente tan bien aderezada, que no hubo más que ver que la fuente, cerrada la calle de una

---

no, y que éste, á mi entender, da principio á su descripción desde el extremo de la calle Mayor más próximo á Palacio, y sigue hacia la Puerta del Sol. El remiendo, no obstante, es más corto que lo que trata de suplir; porque no equivale á una página completa del original, y debería llenar dos. El texto de Peralta comienza de nuevo con la frase de: *cerrada la calle de una banda hasta la otra*, etc.

(c) Ministerio de Cultura 2005

banda hasta la otra, y en medio un tablado donde estaban unos volatines ó danzantes.

Luego entraba el pasmo del mundo, la mayor grandeza que los mortales han visto, ni que los ingenios ni naturaleza pudo formar, ni el entendimiento lo pudo apercibir; y esta fué la Platería (1). Había al principio, por guardia y custodia, dos pirámides, y al fin un león de plata, que hasta él corrían doce gradas, yendo en desminución hasta la postrera vestidas de ricas piezas de plata, con tanta grandeza y tan bien repartido, que parece que se habían nacido allí. Luego entraban, arrimados á los balcones de cada banda, veinte aparadores, que cada uno hacía su remate con una pieza de plata extraordinaria; cuál tenía un águila, cuál un león, cuál un gallo, cuál un aguamanil; de suerte que el remate era cosa superior y nuevo en su hechura. Y luego correspondía desde arriba abajo con unos corredores que salían de los balcones, con sus bolillos de plata, y en estos corredores se armaron unas tarjetas, todas de diamantes y piedras de mucho valor, con tal forma puesto, que en algunas había formado un Jesús y María, y en otras María sólo, y en otras una cruz. Había cuarenta tarjetas de ambas partes con tanto arte puesto, que es imposible que se vuelva á componer como estaba.—Digo esto, porque se pregonó que la Reina y el Rey salían en coche á Nuestra Señora de Atocha, y que lo pusieron como estaba el día que entró. Es imposible que lo pongan como estaba aquel día.

Estos corredores los sustentaban de cada banda unas figuras de plata que al parecer estaban sustentándolos. A el re-

---

(1) No exageraba el caballero toledano, si hemos de medir sus encomios por el pasaje de la *Noticia* antes citada referente á la exposición de los plateros madrileños: «la más agradable, la más rica, la más extraña obra que pudiera percibir humano entendimiento, aunque para sólo imaginarla se le pusieran delante cuantas ideas vagamente en la fantasía presumiera que podían hacer caso.»—El ostentoso aparato corría desde la esquina de la calle de Santiago hasta la torre de San Salvador (sitio que hoy ocupa la manzana entre la calle de Luzón y Calderón de la Barca), y desde la esquina de la calle de San Miguel hasta la esquina de la plaza de la Villa, que son 632 pies. (Pinelo, *Anales de Madrid*, MS.)

(c) Ministerio de Cultura 2005

mate de la Platería había otras dos columnas y de la mesma manera, con la plata y grandeza que las de abajo, sólo que, en lugar de los leones, tenía dos castillos. Luego venía un arco hecho en la puerta de Guadalajara, que es el sitio más rico, y ansí fué rico en todo, en sus pilares y pilastras, las pinturas grandiosas y él muy alto, y por remate un gran ramillete de flores de plata. Luego había un tablado en donde unos mozos muy ricamente vestidos zapateaban y bailaban y daban vueltas. La fachada que hace al arco la tienda de Pichón, estaba muy ricamente aderezada y pintada con muchas pinturas, desde el tejado abajo, y en medio estaba el Rey á caballo, la cara á la Reina, que estaba á caballo, y al otro lado la Infanta de Castilla (1) á caballo. Fué mucho de ver, por lo grande que era y tan bien puesto. Luego corría la calle Mayor de una á otra banda, desde los tejados hasta el suelo, colgado de brocados, y en medio de la calle Mayor una fuente de vino que corría muy bien, que para Madrid y este día no fué malo.

A la otra banda, en el Portal de los Pellejeros, estaban todos los pilares y soportales colgados de pellejos de animales y pieles de mucho valor, que fué harto de ver y que dió admiración á las gentes ver tantos armiños y tantas diversidades de animales con notables colores de pellejos. A esta banda estaba un tablado vestido todo de yedra y pintado de verde, donde estaban las ninfas del Parnaso, y éstas eran unas mozas muy ricamente vestidas con coronas en la cabeza, con instrumentos cual arpa, cítara, sonajas, cantando divinamente. Desde allí tiraba la calle muy ricamente aderezada hasta las casas del Correo mayor (2), que estaba desde el tejado hasta el suelo de brocados, y al fin de la fachada había un balcón dorado con un palio, adonde la majestad del Rey Nuestro Señor había de ver pasar la Reina. De la otra banda, en San Felipe... aquí el entendimiento pierde pie al ver aquel portento. Había desde la esquina del paseo

---

(1) Doña María Teresa, después mujer de Luis XIV de Francia.
(2) Conde de Oñate.

(c) Ministerio de Cultura 2005

de San Felipe hasta su otra banda, formado un modo de altar con dos pilares á los lados y su frontispicio arriba, y metido dentro de este altar una figura que al parecer parecía de bronce y empezaba por el Rey don Fernando de Aragón, el primero, y acababa en el Rey don Fernando el Católico; y luego había un tránsito con dos pilares, y ésto más bien hecho y más bizarro y más ancho, con más capacidad, en que estaba el Rey don Felipe el IV y la Reina que es hoy, puniéndole la corona. Luego adelante el Rey don Felipe el III, y luego don Felipe el II, y luego el Emperador, y luego una traza muy grande que ocupaba el sitio de una figura, un águila y un león que se daban los brazos; y venía á rematar con el Rey don Felipe el Hermoso ú el I. Luego todas las covachuelas con ricas pinturas de países. Fué cosa esta de tanto gusto, que un ginovés dió para ponello en un jardín que tiene, veintisiete mil reales; otros dicen que lo mandará llevar el Rey á su Retiro (1).

Después corría todo esto por una y otra banda ricamente aderezado, y en lo ancho que hace la plaza, había un tablado adonde había una danza de monos. Luego, á la Puerta del Sol, había un arco en alabanzas al Sol. Por un lado estaba Josas [Josué] cuando se le detuvo el Sol (así) y por el otro Fray Francisco Jiménez cuando ganó á Orán. Por la fachada que mira á Nuestra Señora del Buen Suceso, la Casa de Austria, que el Rey y la Reina tienen un mundo y un Sol por remate, sinó que las pinturas eran altas y no se divisaban (2). Más adelante, en aquella plaza, estaba una galera

---

(1) Costearon este artificio los mercaderes de la calle de Postas y los joyeros.

(2) Por eso sin duda equivocó don Juan al maestre de Santiago don Pelayo Pérez Correa con Josué. En la *Noticia* antes citada se dice que este arco de la Puerta del Sol representaba el Africa y el elemento fuego, y uno de sus cuadros á «dos valerosos generales que en dos caballos salían por la diestra y siniestra mano á juntarse en el punto ó centro de la pintura. Encima de ellos un sol entre algunas nubes declinando al ocaso Y en éste, con vivo afecto, tendidas las manos pedían, que en su curso se detuviese, don Francisco Jiménez de Cisneros sobre Orán y en el otro don Pelayo Pérez Correa, maestre de Santiago»... Al lado del cual y «con la vista de la calle de Carretas se dió luz

(c) Ministerio de Cultura 2005

que la cogía toda, llena de gallardetes y flámulas y banderas y sus jarcias, popa y proa, y su tiro de crugía; y en la popa un clarín que tocaba como en las galeras dan el alborada (1). No hizo nada esta galera, aunque decían que había de disparar los tiros cuando entrara la Reina. Luego corrían los PP. de la Vitoria; no había nada en la puerta sino un tablado en donde se asentaron sus convidados, que estuvo lo más pobre. Luego, más arriba, había un tablado en que había una danza del Emperador de las Indias, y todos los danzantes danzaban delante deste Emperador y él estaba muy sereno viéndoles danzar. Otro trecho más adelante había otra danza de negros, que tenían otro Rey, y danzaban delante de él. Y luego entraba un arco muy altísimo que se perdía de vista, con riquísimas pinturas, y á los cuatro lados cuatro figuras y su remate muy grande. Luego corrían aquellas calles ricamente aderezadas con otro tablado en donde estaba otra danza, y como es la calle más ancha allí, parece que se libraba de muchos encontrones que daban, que este día hubo hartos.

Á el remate de la calle de Atocha está un arco muy rico con todas las figuras de los poetas, muy lucido y pintado, que era muy agradable á la vista; como estaba en parte tan ancha, era mucho de ver. Aquí me cogió la voz que venía S. M., que había almorzado en el Retiro, para apercibir la entrada de la Reina. Venía el Rey con mucha grandeza delante y él en su coche con con la Infanta, vestidos de color

---

así y á las sombras de la tradición antigua, que por memoria de tan gran maravilla hoy se conserva en un templo consagrado á Nuestra Señora con el nombre de *Tu día*, contraído ya el de *Ten tu día*, que fueron las palabras que dijo cuando alcanzó que el sol se detuviese =Día de tanta alegría,—sol, nos sobra tu arrebol,—no hemos menester más sol —este basta, *Ten tu día*.»

Pinelo, en sus *Anales de Madrid*, asegura que los cuatro arcos que erigió la Villa le costaron 80.000 ducados.

(1) «En la fuente que hay en la Puerta del Sol hicieron los libreros un navío muy grande y bien aderezado, cuyo árbol mayor se arrimaba á la figura de la fuente.»—(Pinelo, *Anales de Maarid*). «La nao levantada en la Puerta del Sol comprendía la fuente llamada del Buen Suceso junto á su palo mayor. Tenía 46 pies 5 larga.»—(Soto y Aguilar, *Tratado*.)

(c) Ministerio de Cultura 2005

y de fiesta, y tan alegre, que bien se le conocía en la cara, y la Infanta tan linda como ella misma. Luego le seguían damas de la Infanta en coches y dueñas y su guarda. Fué tanto de ver esto como la entrada de la Reina. Encontró el Rey en la calle á los regidores de la Villa, que se abrieron para que pasase el Rey. Y todos los danzantes que estaban en los tablados, mientras pasó el Rey, danzando, las trompetas tocando y los clarines, todos dando anuncios de lo que aguardaban. Y también en la fiesta fueron interesadas las ánimas del Purgatorio, á quien el Rey ofreció mil misas porque hiciese buen día, y lo cumplieron (1).

X.

Fué tanto lo que hubo que ver en ese día en la corte, que no sé si fué más la grandeza que el poder; porque hubo tantas galas tan costosas, tanta bizarría, que el que podía no lo mostraba tanto como alguno que no lo tenía. El primero con quien encontré en la calle Mayor fué con el Embajador de Florencia, que llevaba veinte lacayos con librea verde guarnecida de pasamano de plata, y otros doce pajes; y dije para mí: «¡No hay que ver más!» Luego encontré al de Chinchón (2) con otra librea verde, los vestidos de terciopelo verde de los lacayos, y, verdad, quedé pasmado. Luego encontré á el privado del Rey (3) con treinta lacayos vestidos de paño de Londres de color de nublado, que costó cada vara á diez ducados la vara, bordado de oro, y los ferreruelos con franjas á tiras, y otros tantos pajes.

Fueron tantas las libreas y tan costosas, que cuando un hombre no hiciera más que preguntar ¿quién es este caba-

---

(1) En toda la semana anterior no había cesado de llover.

(2) Don Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bohadilla, cuarto conde de Chinchón, virrey que había sido del Perú y corregidor de Madrid.

(3) Don Luis Méndez de Haro, marqués de Carpio, sobrino del conde duque de Olivares, y heredero de sus títulos, bienes y privanza.

(c) Ministerio de Cultura 2005

llero?, harto tuviera que hacer, porque á el instante tenía otro presente que se olvidaba lo pasado. Mas á quien le pueden dar el lauro es al Almirante de Castilla (1), que este día se lo llevó; sinó es que haya quien dice que Diego Gómez de Sandoval, hermano del duque del Infantado, se llevó la gala, por lo airoso y desenvuelto y de buena cara; y prometo, cierto, que le soy aficionado, que salió de los más lucidos de la corte. Porque él iba en un caballo castaño oscuro que era un monte que sólo para este día se debió de criar, con un aderezo de raso blanco bordado de plata y la crin á trenchas, con el hilo de plata hechas sogas, y las gualdrapas de las ancas del mesmo modo; vistiendo un vestido todo bordado de plata, la capa aforrada en armiños blancos como ellos mismos; sombrero con un monte de plumas blancas todas caídas sobre la horma y tan espesas y cortas, que hubo quien dijo que llevaba cien plumas; doce lacayos, la librea verde guarnecida de pasamanos de plata. Y esto lo lucía tanto, que cumplía con ser hijo de Diego Gómez de Sandoval y hermano del duque del Infantado, que aunque hay grandeza hay poco poder. Contallo todo por lo que se vía, es imposible podello apear. Las libreas han sido las mayores que se han visto en la corte ni se verán; y el que lo ha gastado, lo ha gastado como mucho gusto; anuncio de buena dicha.

Pasó el Rey y toda su casa, hasta las acémilas que llevaban las camas del Retiro, á Palacio, y toda la villa se arrimó hasta que pasase el Rey. De que hubo pasado, empezó á marchar para traer la Reina. Iban delante las chirimías y los clarines de S. M., pendiente de cada clarín las armas del Rey pintadas en damasco. Luego le seguían todos los alguaciles de la Villa muy ricamente todos vestidos de negro, en buenos caballos, con muy buenos aderezos, y luego todos los regidores vestidos de brocado, calza atada y ropilla y ropones de brocado de lo mejor que hay en Milán, con un pasamano de cuatro dedos de ancho, calzas de nácar, ricas joyas,

---

(1) Don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, X almirante de Castilla, duque de Medina de Rioseco, conde de Módica, caballerizo mayor de Felipe IV.

(c) Ministerio de Cultura 2005

la gorra con su pluma. Iba toda la Villa de Madrid; acompañábales el alguacil mayor.

En este orden llegaron á la puerta de Atocha, donde se apearon, y los alguaciles y el alguacil mayor se volvieron y quedaron los regidores á pie que habían de traer el palio. Luego pasó el hacanea en que había de entrar la Reina (1) con una cubierta de brocado y hasta los antojos llevaba bordado de perlas, y otras tres de respeto, y una mula en que había de venir la camarera (2), que es linda, y luego las demás hacaneas en que habían de entrar las damas. Á esto acompañaba la guardia de S. M. con su capitán (3), que es el hermano del duque de Arcos, que sólo para este día caballo y caballero se criaron, y su tiniente don Juan de Gaviria. Todo esto llegó á el Retiro hasta las gradas en que había de subir la Reina en su hacanea, quedándose los regidores de la Villa á la puerta, para recibir la Reina. Llevaban cuatro coches de la Reina con dos cocheros cada coche de la librea de la Reina, y el coche de la persona de la Reina era de plata y cristal, en la proa del coche con baraustes de plata y en medio una corona de plata y en la trasera con baraustes de plata y otra corona en medio, y seis caballos con riquísimas guarniciones, y los demás de mulas, y los coches nuevos, las guarniciones negras y toda la cabezada con dorado, y una guarda, que llaman de las lanzuelas (4), á caballo.

Todo esto fué á el Retiro, donde había dos mil caballeros de hábito, que mandó S. M. que viniesen con la Reina, todos muy bien aderezados con botas de camino.

En sabiendo el Rey que la Reina empezaba á marchar, vino de Palacio, adonde se había ido á apear cuando entró del acompañamiento, á su balcón, que, como dije, le tenía

---

(1) Era toda blanca y se llamaba *Cisne*.

(2) Doña Ana de Córdova y Cardona, hija de don Luis Fernández de Córdova, conde de Prades, tercera mujer de don Pedro Portocarrero, conde de Medellín.

(3) Don Luis Ponce de León.

(4) La antigua guarda; así llamada por ser su arma distintiva lanzas cortas ó ginetas.

(c) Ministerio de Cultura 2005

prevenido en casa del conde de Oñate; y ansí como entró, se puso en el balcón, adonde estaba prevenido Prado (1), que, hasta que vino el acompañamiento de la Reina, estuvieron los comediantes representando entremeses y haciendo bailes, que fué un rato bien entretenido. Cogióme allí volviendo del Retiro y lo gocé.

Empezó la entrada viniendo la guarda española delante haciendo lugar, y luego, en medio, su capitán de la guarda vestido de un vestido bordado blanco y en un caballo más blanco que todo; y luego entraban dos alcaldes de corte, y nuestro juez de Millones, como alcalde de corte, venía á la mano izquierda; debe de ser más moderno. Luego venía una máquina de caballeros amontonados, que venían algunos grandes, lacayos y libreas, como manada de gorriones, que

---

(1) Pudo ser Antonio, ó Josef Antonio, de Prado, si es cierto, como parece por los libros de la cofradía de los comediantes, que este actor murió en el año de 1651; pero yo me inclino á creer que aquí se trata de Sebastián de Prado, su hijo, habido en su primera mujer, Isabel Ana; famoso en España y en París, adonde pasó en 1659 bajo la protección de la Infanta doña María Teresa, mujer de Luis XIV, como director de una compañía de cómicos. En la *Genealogía, origen y noticias de los comediantes españoles*, se dice de él: «Hizo galanes y fué insigne en la representación. Casó con Bernarda Ramírez (inclusera, según unos, según otros, hija del buhonero Lázaro Ramírez y de Catalina Flórez, la de la Virgen de la Novena), viuda ya de su primer marido Bernabé ó Bartolomé Robles; y algunos años después de haberla perdido, entró en la religión de Clérigos menores en el convento del Espíritu Santo de Madrid, *Miércoles de Ceniza*, ó la noche antes, de 1675. Ordenado de sacerdote, prosiguió su vida con mucho ejemplo, y pasando á Roma, acabó sus días en Liorna el año de 1685. Fué muy estimado de todos los señores y señoras de la corte por su gran discreción y buenos procederes, y aun estando en el siglo, fué hombre de buenas costumbres, casto y devoto, ayunando todas las vísperas de Nuestra Señora á pan y agua. Llegó á juntar gran caudal así en dinero como en joyas y vestidos y otras alhajas, pues todos se esmeraban en regalarle, y particularmente tuvo en esto especial fortuna en París, cuando pasó á Francia en tiempo que casó el cristianísimo Rey Luis XIV con nuestra Infanta doña María Teresa de Austria.—Tuvo siempre consigo á su abuela de parte de madre (aunque otros opinan era su madrastra) hasta que murió, y se llamaba doña Ana.—Tuvo dos hermanos carnales, Lorenzo y María y dos hermanastros, Josef y Diego, hijos de la segunda mujer de su padre, la hermosa María Vaca de Morales, prima de Maximiliano de Morales, llamado *El del escopetazo.*»

(c) Ministerio de Cultura 2005

eran tantos y tan diversas libreas, porque todo era pintar en blanco, que este día fué muy estimado lo blanco, que pocos hubo que no llevasen cabos ú vestido blanco; lo que me espantó fué que no sé dónde hubo tanta colonia blanca; porque, para tantos caballos, hubo colonia para las crines en tanta cantidad, pues hubo caballo que llevaría docientas varas, y creo que quedo corto. Después de pasada esta turbamulta de grandes, empezaron á pasar todos los caballeros de las órdenes, todos bizarros y por su orden, que irían más de trecientos, todos de librea y vestidos de negro con ricas cadenas y joyas y ricos cintillos. Este día fué día de sacar cada uno sus joyas y vestir sus lacayos y empeñarse hasta los ojos.

Los postreros que venían era el almirante de Castilla, que iba en medio del de Medina de las Torres y su hijo, el príncipe que es de allá de Nápoles (1), el más lindo muchacho que he visto en mi vida y más airoso, y en su caballo, que le hacía hablar. Luego seguía el palio, que llevaban los regidores, unos de las varas y otros de los cordones, y debajo, con la mayor gallardía... Aquí quisiera parar, que me pareció la Reina tan linda moza, que si Dios la guarda para dar sucesor á estos reinos, vendrá á ser de las más lindas damas que tenga el mundo. Y en esta arrogancia quedo corto. Iba con un sombrero, puesto con tanta gracia, que se me representó á Santa Marina, la que estaba pintada en los Agustinos descalzos, cuando mudaron el Santísimo Sacramento.

Llegó la Reina á emparejar con el balcón del Rey y parece que se sonrió y volvió tres veces á ver al Rey. Á este tiempo alargó el abanillo para hacerse aire, que bien lo hubo menester, porque hizo calor como día de mayo. Llevaba las riendas del caballo el conde de Altamira (2), como caballerizo de la Reina, y iba sudando. Pasado el palio, entraba la camarera mayor en una mula y con sombrero, y luego las damas en

---

(1) Don Nicolás María de Guzmán, Caraffa, Gonzaga, Colona, príncipe de Stigliano ó Astillano (como acá se le llamaba), por su madre doña Ana Caraffa y Aldobrandino, segunda mujer del duque de Medina de las Torres, don Ramiro Felipez de Guzmán, muerta de parto en noviembre de 1644.

(2) Don Gaspar de Moscoso Osorio.

(c) Ministerio de Cultura 2005

sus palefrenes y cada dama con un caballero; y por los lados cogía una compañía de soldados de á caballo, y llevaban unas lanzuelas que daban hartos palos; mas nada aprovechaba. Luego, detrás de todos, venía el coche de la persona de la Reina, que es el que dije, y los demás. En llegando aquí la Reina, me fuí casi á el estribo, que aunque recibí muchos empellones y rempujones, todo lo dí por bien. Iba la Reina tan despejada, porque no dejaba cosa que no vía.

Pasó de la puerta de Guadalajara, y todo el acompañamiento caminó hacia Palacio. En llegando la Reina á Santa María, se apeó. El patriarca de las Indias (1) la aguardó revestido con mitra y le dió agua bendita, y adoró la cruz; entró dentro de la capilla, á donde estaba la Capilla Real, y le cantaron el *Te-Deum laudamus,* y se volvió á subir en su hacanea, con tanta gallardía, que estando ya asentada, le debía de parecer que no iba á su gusto y se levantó un poquito y se puso bien, y tornó á marchar. Estaba esta calle hasta allegar á la plaza de Palacio tan lucida, que es perder el juicio ponérselo á decir.

Llegó la Reina á entrar por la plaza de Palacio, adonde había dos vallas de una parte y de otra, y S. M. pasó por medio; y en cada una de estas dos vallas había un carro triunfante que, como iba andando la Reina, iban cantando los más excelentes músicos que había en la corte con instrumentos diversos. De esta suerte llegó á Palacio, donde no parecía noche sino muy de día, y la majestad de nuestro Rey estaba aguardando á la Reina, y la Infanta; y tomando el Rey á la Reina á su mano derecha y la Infanta á la izquierda, llevando delante tantas luces que, como digo, parecía de día, se entraron en sus palacios. Yo me fuí á mi posada bien cansado, pero muy gustoso.

---

(1) Don Alonso Pérez de Guzmán, arzobispo de Tiro, capellán y limosnero mayor de S. M.

(c) Ministerio de Cultura 2005

XI.

Amaneció el martes invidioso de que en su día no se hubiera gozado de tanta grandeza; mas fué muy solene día, porque todos los Señores salieron de negro en sus coches, tan lucidos, que no hubo más que ver, y mas el coche del conde de Chinchón, que toda la herramienta era de plata, y bizarros caballos, no de mulas. Iba el coche del Almirante con cuatro caballos que cada uno valía una ciudad; las guarniciones, las borlas que llevaban los caballos no hay persona que pueda apreciar su valor; y detrás del coche cuatro caballos aderezados, el uno bordado de oro, con todas sus guarniciones de oro, y los demás de plata, y luego un coche de seis mulas riquísimo en que venían los pajes. Luego le seguía otro coche en que venía el duque de Osuna (1) y el de Uceda (2), su hijo, que le tiraban cuatro caballos rucios tan briosos, que á la puerta de Guadalajara fué tanta la ferocidad de un caballo, que se levantó en pie y despidió el cochero, y con tantos arranques, rompió los tirantes y salió huyendo por entre los coches, atropellando cuanto topaba. En fin, le volvieron á traer y le pusieron y arrancó el coche.

Llegó la noche tan deseada por la fama de los fuegos que decían había de haber en Palacio. Puso S. M. en sus ventanas y balcones y torres trescientos hachos, que los conté, y en la plaza de Palacio doscientos librillos. Los hachos se encendieron luego como anocheció; los librillos se encendieron cuando SS. MM. salieron al balcón. Estaban todos los balcones hechos un mayo de damas. Había en la plaza de Palacio todo Madrid y forasteros, todos los coches de Madrid. El fuego ni fué visto ni oído; déjolo para que otro lo

---

(1) Don Juan Téllez Girón.

(2) Don Gaspar Téllez Girón, marqués de Peñafiel y duque de Uceda por su mujer y prima hermana, con quien había casado en 1645.

(c) Ministerio de Cultura 2005

diga (1). Porque fué un colmo que por más fiesta quiso S. M. dar á la villa; porque entender otra cosa será disparate, que á el Rey y á toda la corte que estaba presente se había de dar un colmo tan grande, que fué cosa que merecía el que lo había tomado por su cuenta, que luego delante de todos le hicieran pedazos. Ello es que dejaron tan descontenta la gente, que si la entrada y arreos de las calles y los arcos y la gala de los caballeros, y sus libreas de pajes y lacayos no hubiera sido tan grande, lo habían echado á perder todo. Mas como el gusto estaba tan bien sazonado, echáronlo todo á chanza.

Yo procuré irme á mi posada y no hallaba calle por donde salir, porque todas estaban atâscadas de coches, y unos por tomallos y otros por salir, había una gritería, que si no es quien lo vido no lo puede creer; porque de todos los coches que quedaron detrás para poder ver el fuego, se apearon ansí damas como señores, para poder gozar de la fiesta, que fué imposible entrar en la plaza con el coche.

De uno destos que se quedaron de los postreros, viniendo de la fiesta en busqueda del coche, como era tanta la confusión, una dama con su criada se perdió de la compañía que traía, y eran tantas las ansias que hacía, que me dió de ella lástima, y con la mayor cortesía que yo pude me allegué á preguntar qué era su disgusto, que la prometía que por dificultosa cosa que fuera, que trataría de remediarla, que era forastero y que bien me la podía decir. Andúvolo regateando y que me fuera con Dios. Yo apreté la dificultad, y en fin, me

---

(1) Al respaldo del folio, tachado y de la misma letra que todo el MS. se lee: «mayor bellaquería que se ha visto, supuesto que no se quemaron cuatro cuetes; en el rastro no se pudo hacer; no hay que más encarecer. Yo estuve aguardando hasta las diez y todo el mundo, y se vinieron en ayunas de los fuegos. El miércoles mandó S. M. que se volviese á poner como estaba el lunes y la platería; paréceme imposible que se haga, y salí ese día de la corte; otros habrá que con mejor estilo y lenguaje den razón desto que yo, que lo he escrito lo escribí en una posada con harta descomodidad; y ansí perdone el que lo leyere si no estuviera á su gusto, que no he pódido más y esto lo hecho por mi gusto.»—Prueba evidente de que Peralta enmendó de raíz esta parte principal de su *suceso*.

(c) Ministerio de Cultura 2005

dijeron: «Si vuesa merced es forastero, mal sabrá las calles de Madrid, y nuestro cuidado es que venimos á ver este fuego ó mentira de fuego, que lo mismo ha sido, con mi madre y gente de casa, y dejamos el coche por no poder entrar con él en la plaza de Palacio, y viniendo agora todos juntos nos hemos perdido; ni sé á mi casa ni dónde está el coche, y ésta es mi desdicha; sólo sabemos que vivimos junto á los Capuchinos, en una calle de aquel barrio. Ni sabemos otra cosa ni por dónde habremos de ir allá.» Yo les respondí que mi posada era en la calle del Príncipe, que de mi posada á los Capuchinos no había mucho, que si me daban licencia, las iría sirviendo. Recusábanlo, mas la necesidad les hizo otorgar.

Empezamos de marchar; por el aire y lo que entonces pude considerar de lo hablado de la dama y su modo, me traía muy confuso. Salimos á la calle Mayor, que como estaba llena de luminarias, pude ver el talle y lo aseado y unas manos que la nieve era tinta, de suerte que ya iba algo picado; mas las razones que me respondía á lo que yo decía, no daba lugar á que yo me descompusiese ni salí de la cortesía. Llegamos á la Puerta del Sol; roguéles que me hicieran favor de tomar un poco de colación, y os prometo, que no es encarecimiento que todo lo que sabía fué menester, y esto con mucha cortesía, para que lo acetaran. En fin, se humanó, y llegué y de lo mejcr que hubo tomé cuatro libras, que no aguardé á pagallo, sinó dejar un doblón en prendas, que yo volvería.

Cierto que no sé qué os diga aquí, mas pues lo habéis de ver, dejo de pintar lo que vide entonces, porque al darla la colación, levantó un poco el manto, que cuando yo la vide, me hallé en un instante sin mí; mas recobrado mi sér, la dije: «Cierto, señora, que doy por bien empleado la pérdida por haberme yo hallado.» Díjele otras cosas que en tal ocasión se ofrecen. Con estas y otras cosas llegamos á mi posada; pedilles si querían entrar á descansar, que el cuarto tenía en bajo. Saltó la moza y dijo: «¡Para eso estamos! que entenderán en mi casa que ha sido adrede.» Yo conocí en la señora que estaba algo picada. Díjome: «Vuesa merced perdo-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ne, que si yo pudiere, algún día vendré por acá solamente á pagalle el favor que nos ha hecho, no á otra cosa, porque somos gente honrada.» Y con esto, mirando bien la posada y las señas, que puestas en la calle tenía, tomó noticia de su casa, porque las oí decir: «Esta es la casa de las comedias.»—Fuíme con ellas hasta que revolvimos la calle abajo, y á poco rato me dijeron que me volviese, que desde allí acertarían á su casa. Yo porfiar que había de ir con ellas, ellas que no; en fin, son mujeres, que siempre son las vencedoras.

Acertó á pasar una tropa de gente, y como vide buena ocasión, despedíme é incorporéme con la gente, sin que ellas me echasen de ver que iba tras ellas y siempre á la vista. Cuando las vide atravesar la calle y irse por otra, yo me paré por ver á dónde entraban. A pocos pasos las vide entrar en una casa principal, y yo me acerqué por entender no fuese chanza, que lo suelen hacer en Madrid, entrarse en una casa sin ser suya, por deslumbrar, si los van siguiendo. Había en el portal un farol; entré en el portal, no vide á nadie, pero se habían quedado en un cuarto bajo de la casa de donde pude oír lo que decían; la madre decir: «¿Á dónde te quedaste?»—Ella responder: «Yo no tengo la culpa, sino vuesa merced el poco caso que hizo de mí, dejándome sola.»—La madre decía: «¡Desdichada de mí, si tu padre hubiera venido!»—La dama: «Por bien empleado tengo la pérdida, porque un forastero nos encontró y nos vino acompañando, y junto al Buen Suceso nos hizo tomar colación, y aquí la traigo, que no he visto lo que es; y él es el mejor mozo que he visto en mi vida, y más cortés.»—Estas y otras cosas oí que dijeron; sentí venir gente y por no dar nota, me fuí desviando de la casa, tomando bastantes señas para mi pretensión, que me había dejado muy enamorado. Recogíme á mi posada con más cuidados que cuando salí de ella y á descansar, que bien lo había menester. No pude cenar ni domir: sólo pensaba en mi dama, no cuidándome de á lo que vine á la corte, sino de lo que me había acontecido.

(*Se concluirá.*)

(c) Ministerio de Cultura 2005

MOALLAKAS[1]

(CONTINUACIÓN.)

III.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE AMR, SU SABIDURÍA Y SU POSTERIDAD.

Dor fin, en la época de la Egira, este célebre árabe, que tanto y á muchos dió que entender con su doble arma, el acero y la poesía, llegado según algunos á los ciento cincuenta años, lo más probable á sola una centuria, y lo más seguro hacia la época de la Egira, sintió acercarse el término de su vida, y reuniendo en su derredor á sus hijos les habló: «He vivido más tiempo que ninguno de mis antepasados; voy á unirme á ellos; recibid los consejos de mi experiencia. Siempre que con justicia ó sin razón he criticado á los demás, he sido objeto de críticas parecidas, justas ó mal fundadas. El que ataca y ofende es atacado y ofendido; evitar ofender á nadie es el partido más sabio. Sed bondadosos y obrad con generosidad con vuestros vecinos y amigos; este es el medio de adquirir estimación. Impedid que se maltrate á un extranjero:

(1) Véase la pág. 457 del tomo XLIII.

(c) Ministerio de Cultura 2005

un hombre así, vale por mil. Vale más rechazar una demanda que ofrecer y no cumplir. Cuando se os hable, escuchad atentamente; cuando habléis, sed breves; los largos discursos rara vez están exentos de tonterías. El guerrero más bravo es aquel que no consiente le llegue la carga del enemigo, y la más bella muerte es perecer combatiendo. No haced caso del hombre que en la cólera olvida toda consideración, ni del que, si le dirigís un reproche amigable no os da satisfacción. Hay gentes nulas, de las que no hay que esperar nada ni temer; no os toméis el trabajo de conciliarlos. En fin, no caséis con mujeres de vuestra tribu; esta especie de matrimonios dan frecuentemente nacimiento á disensiones de familias.» Grandiosa corona que labraba sobre sus sienes este anciano llenando el corazón de su posteridad con la savia más pura de las costumbres, la inocencia más grande del alma y la bendición de numerosas generaciones.

Dejó Amr dos recuerdos que le perpetuaron durante mucho tiempo, su posteridad y su personalidad; bajo el primer concepto un gran número de hijos que continuaron su descendencia, entre los que se cita á Abbad, que mató Bichr, hijo de Amr, hijo de Odas; entre sus descendientes el poeta El-Attabí, muy favorecido de honores y atenciones por el califa El-Mamoun, autor de muchas epístolas, y Malik, hijo de Tarik, gobernador de Mesopotamia, que restauró y embelleció la pequeña ciudad de Rahba, situada sobre el Eufrates, entre Racca y Aua; y por el segundo sostiene vivo su nombre y mientras subsista la humanidad el célebre Moallaka.

MOALLAKA DE AMR.

Vamos, despiértate, toma tu copa y viértenos á torrentes desde la aurora los deliciosos vinos que da el territorio de Andar.

Escáncianos este precioso licor que parece colorado con el azafrán del Yemen, cuando está mezclado con un agua tibia que endulza su frescura.

Gustado por el hombre, preocupado de penosos cuidados, le distrae de sus penas y hace su humor dulce y afable.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Ved al avaro insaciable de riquezas venir de un golpe á ser pródigo de sus bienes; cuando ha vaciado la copa alrededor y la ha bebido, se conmueven sus sienes.

¿Qué haces, Oumm-Amr? Tú alejas de mí la copa, mientras que la debías girar á la derecha.

Sabe, entretanto, Oumm-Amr, que en este trío de bebedores, tu amigo, á quien privas de su turno, no cede en nada á sus compañeros.

¡Cuántas veces Balbek, Damas y Câcerin han sido el teatro de mis placeres!

Gocemos del presente, porque bien pronto la muerte nos llegará. La hora en que ella nos debe tocar está señalada, y somos víctimas irrevocablemente destinadas á sus golpes.

Detén un instante tu montura, bella viajera! Antes de abandonarnos, instruyámonos de lo que hemos experimentado.

En esta jornada terrible donde las gumias y las lanzas se chocaban fieramente; donde los votos de tu familia fueron coronados por la victoria.

Detén y dime si, olvidando fácilmente los continuos instantes que hemos pasado juntos, has destruído después los lazos que nos unían y faltado á mi fiel amor.

Piensa en que cada día que nos seguirá, el fin de este mismo tiempo encierra un porvenir oscurecido por un velo impenetrable.

Mi pasión por Layla, ¿debe atraerme los reproches de su padre y de sus hermanos, cuya injusticia he conocido?

¡Cuando mi amiga se encuentra sola y no teme nada á los celos!

Descubre dos brazos llenos y firmes como los miembros de una joven camella, cuyo color es de un blanco puro, y cuyo seno jamás ha concebido.

Ella deja entrever una garganta de suaves contornos, que parece formada de molduras de marfil artísticamente redondeadas, y sobre la cual nadie ha puesto una mano temeraria.

Su talle es flexible; su estatura alta y noble; sus caderas cargadas del peso que las rodea, se apenan al levantarse.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Tienen un desarrollo tal, que los muslos son para ellas demasiado estrechos. Su elegante talle me ha hecho perder la razón.

Sus piernas, parecidas á dos columnas de mármol, están adornadas con anillos entrelazados, que hacen entender cuando anda un sonido agradable.

Separado de esta belleza experimento los más penetrantes disgustos, que la camella privada de su tierno hijuelo, que ella llama con sus lastimeros gritos.

Ó más que la madre infortunada, cuya cabeza comienza á blanquear, á la cual no ha dejado el destino de sus nueve hijos más que el triste despojo encerrado en la tumba.

Toda la violencia de mi amor se ha reanimado, mi corazón está lleno de deseos, luego que al anochecer he visto partir los camellos de mi amada.

El país de Yemama aparece de lejos con sus altas montañas, cuyas blanquecinas cúspides semejan á las gumias que los guerreros hacen brillar desenvainadas.

Hijo de Hind, no jactéis de provocar nuestra cólera; mira que ya te hemos enseñado lo que somos.

Sabe que llevamos á los combates banderas blancas y que las retiramos rojas, empapadas en sangre.

¡Cuántas lides, largas y famosas, hemos sostenido contra Reyes como tú, antes que humillarnos á su vista!

Más de un jefe ilustre, que defendía valientemente su clientela y había obtenido las insignias reales, ha caído bajo nuestros ataques.

En seguida (poniendo pie en tierra para arrebatarle sus armas) hemos dejado flotar las riendas sobre el cuello de nuestros corceles, que, apoyándose en una punta de las patas y sobre las otras tres, permanecían inmóviles en esta actitud, cerca del cuerpo de nuestro enemigo aterrado.

Hemos erigido nuestras tiendas desde Dhou-Tolouh hasta Chamat, y arrojado del país á todos aquellos cuyo odio nos amenazaba.

Hemos ido á sorprender á nuestros rivales en sus casas; los perros de sus campos han ladrado á la proximidad de los guerreros desconocidos.

(c) Ministerio de Cultura 2005

En seguida nuestros dañosos vecinos fueron inutilizados para perjudicarnos.

Cuando retornamos nuestros esfuerzos contra una tribu, la despedazamos como deshace la piedra el trigo.

El campo de batalla en el oriente del Najd viene á ser como el tapiz sobre el cual cae el grano reducido en polvo, y la innumerable familia de Codhaa no es más que un puñado de grano arrojado entre las muelas.

Hemos recibido con gozo á los guerreros, como huéspedes deseados; nos hemos esforzado por trataros como merecéis para no incurrir en vuestros reproches.

Sí, prontos á festejaros desde la aurora, os hemos distribuído estos golpes, también terribles, que pulverizan todo cuanto hieren.

Hicimos participar de cuanto poseemos á los que nos contribuyen, y nos abstenemos de tocar lo que ellos poseen. Nos dejan la carga de sus negocios difíciles, lo aceptamos y sabemos llevarla.

Si el enemigo retrocede, le detenemos con la lanza; si nos combate de cerca, jugamos con la espada.

Manejamos con una destreza igual el ramo ennegrecido y flexible de Khatt, ó la hoja chispeante.

Y en seguida las cabezas de los bravos siembran la tierra, y parecen, por la grosura, á globos arrojados sobre un suelo pedregoso.

Nuestras gumias hienden los cráneos, cortan los cuellos de nuestros adversarios.

Hijo de Hind, tu odio, concentrado mucho tiempo, por fin se contiene y descubre al gran día la enfermedad secreta que cubría tu corazón.

El honor es una herencia que nos han transmitido nuestros antepasados; los hijos de Maadd no lo ignoran. Combatimos para conservar nuestra gloria y hacerla brillar con todo esplendor.

Luego que nuestras gentes alarmadas se preparan á huir, y echan los bastimentos de sus tiendas en el bagaje que las contienen, el valor de nuestra familia las asegura y las protege.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Inmolamos víctimas, no de aquellas cuya ofrenda desagrada al cielo. Nuestros enemigos, obligados por todas partes, no saben á cuál hacer frente.

Así como nosotros, quieren morir del mortífero hierro, como si sus gumias y las nuestras no fuesen más que dos juguetes inofensivos en manos de niños.

Nuestros vestidos y los suyos parecen teñidos de púrpura.

Mientras que los demás guerreros de vuestra tribu, atemorizados por un peligro inminente, no intentan avanzar.

Formamos una tropa cerrada, semejando á una colina movible, erizada de dardos; sostenemos nuestro honor, y nos lanzamos los primeros.

No se cuentan entre nosotros más que jóvenes que se glorían morir con las armas en las manos, y lo ansiamos durante mucho tiempo aguerridos en los peligros.

Si se trata de combatir por la defensa de nuestros hijos, desafiamos al mundo entero.

Tememos por su seguridad; los grupos de nuestros caballeros, circulando en su derredor, les sostienen sitio á su abrigo;

Nada hemos de temer por ellos, y nos armamos para hacer lejanas expediciones.

El numeroso escuadrón de los hijos de Djocham-ibn-Bacr marcha desmenuzando bajo sus pisadas á los débiles y fuertes.

Nunca las naciones ¡no, jamás! sabrán que nos ha faltado el valor, y que nos hallamos sometidos á humillaciones.

Que nadie tenga la audacia de ultrajarnos; por un solo ultraje devolvemos mil.

Hijo de Hind, ¿cómo has pretendido que viniésemos á servir en sus tiendas á los Príncipes de vuestra familia?

¿Cómo has podido, hijo de Hind, ceder á las instigaciones de nuestros enemigos y tratarnos con tal desprecio?

¡Ah! tú nos amenazas, quieres rebatir nuestra fiereza; detente: ¿hemos sido nunca los servidores de tu madre?

Nuestro valor es una lanza que otros muchos antes que tú han tratado en vano de hacerla plegarse.

Una lanza de dura madera; es rebelde al esfuerzo del instrumento que la impulsa á doblegarse.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Y cuando el imprudente obrero la prueba redoblándola, resuena y le hiere de una en otra vibración.

¿Has oído decir que se ha reprochado alguna acción indigna á la familia de Djocham-ibn-Bacr?

Hemos recogido la herencia de honor que nos ha legado Alcama, hijo de Sayt, que ha conquistado para nosotros las fortalezas de la gloria.

Mohalhil y Zohayr, más grande todavía que Mohalhil, ¡qué tesoros habían reunido!

Attab, Colthoum, todos estos héroes nos han transmitido su noble sucesión.

Dhon-l-Boura también nos ha legado la suya; Dhon-l-Boura, de quien sin duda alguna se han referido los altos hechos; este generoso guerrero, cuyo valor nos ayuda á proteger á los débiles y era para nosotros mismos una poderosa protección.

Del seno de nuestra familia, ante él, había salido Colayb, que ha hecho célebre su nombre; ¿cuál es el género de ilustración que no poseemos?

Somos la camella indomable, que cuando se la une á un camello para dirigirla, rompe la cuerda, ó hiere el cuello de su compañero.

Ninguno combate por el honor tan valerosamente como nosotros; ninguno llena con tanta fidelidad los compromisos contraídos.

El día en que fueron encendidas las señales sobre las montañas de Khazaza, nosotros fuimos los que suministraron á las tribus conjuradas el socorro más conveniente.

Y nosotros los que por no estar ocupados más que del cuidado de la victoria, hemos encerrado nuestras huestes en Dhou-Orata, dejando nuestras preciosas camellas de leche, reducidas á rumiar secas plantas.

En el momento de la batalla, estamos en él á la derecha; nuestros hermanos, en la izquierda.

Ellos se lanzan con intrepidez contra el enemigo que está á su frente; nosotros hemos atacado con una intrepidez igual al enemigo que nos hacía cara.

Hemos triunfado; nuestros aliados han vuelto con el bo-

(c) Ministerio de Cultura 2005

tín y las mujeres cautivas; nosotros, con los Príncipes vencidos y cargados de cadenas.

Guardaos, hijos de Bacr, guardaos de provocarnos. ¿No sabéis quién somos?

¿No os acordáis de cuando nuestros guerreros y los vuestros se atacaban, heríanse y removían sobre la arena?

Tenemos todavía los cascos impenetrables, los escudos de cuero del Yemen; estas gumias, cuya hoja derecha es frecuentemente encorbada por la fuerza de los golpes que con ella damos.

Tenemos estas largas y brillantes cotas de mallas, formando pliegues sobre la cintura.

Si alguna vez nuestros bravos soldados se las quitan, se les ve su piel negra por el contacto del hierro.

Sus pliegues semejan á las ondulaciones de las aguas, cuya superficie está agitada por los vientos que brisean en su rápido curso.

En la guerra, montamos caballos de pelo fino y corto, cuyas cualidades conocemos, nacidos y alimentados en nuestras tiendas y que más de una vez, en el peligro de nuestros días, hemos arrancado al enemigo que nos los había robado.

Ellos se precipitan en la batalla paramentados de hierro; salen bañados de sangre y polvo, fatigados como los nudos de sus riendas, que ha manejado las manos del jinete.

Los antepasados, cuya rectitud era su carácter, nos han transmitido la posesión de esta noble raza de corceles; nosotros la transmitiremos á nuestros hijos después de nuestra muerte.

Mientras que combatimos, nuestras blancas y bellas mujeres permanecen detrás de nosotros; su presencia nos excita á preservarlas de la esclavitud y de la ignominia.

Ellas han hecho jurar á sus esposos que todas las veces que ellos encontraran guerreros decorados con las insignias del valor, les arrebatarían los caballos, armas y los harían prisioneros, que conducirían encadenados de dos en dos.

Siempre nos presentamos solos y á la descubierta, mientras que las demás tribus contra nosotros, por aliados; ¡tan grande es el temor que les inspiramos!

(c) Ministerio de Cultura 2005

Por la tarde, cuando nuestras mujeres salen de su mansión, marchan con lentitud y balanceando graciosamente su cuerpo, como hace el bebedor enardecido por los vapores del vino.

Ellas dan á nuestros corceles su alimento, y nos dicen: «Vosotros no sois nuestros esposos, si no sabéis defendernos.»

Dignas hijas de Djocham-ibn-Bacr; ellas reunen á la belleza, la virtud y un origen ilustre.

No hay protección más segura para las mujeres que la de las gumias, cuyos golpes hacen caer el brazo de nuestros enemigos, como las toñas ligeras que hacen saltar los niños al aire en sus juegos.

Apaciguamos el hambre del pobre en los años estériles; repartimos nuestras larguezas en los que nos la imploran.

Luego que las hojas salen de sus vainas, protegemos nuestra tribu;

Si, en los momentos en que el hierro brilla, extendemos nuestra protección sobre todos, como si todos fueran nuestros hijos.

Nuestras gumias hacen rodar las cabezas sobre la arena, como ruedan sobre terreno compacto las bolas lanzadas por vigorosos jóvenes.

Cuando las tribus de que Maadd es padre, reunen sus tiendas en uno de sus valles, y se disputan la gloria, ellas reconocen nuestra superioridad: ellas saben,

Que nos adelantamos en ofrecer al extranjero el descanso y alimento de hospitalidad; que exterminamos al enemigo que intenta medirse con nosotros;

Que garantimos de todo ataque cuanto queremos asegurar, y que fijamos á nuestro gusto nuestra morada en cualquier sitio.

Ellas saben que tomamos la defensa de los que se nos someten y que no cesamos de oprimir á los que se nos resisten;

Que rechazamos los presentes que nos disgustan y que solamente acogemos los que nos son agradables;

Que si queremes apagar nuestra sed bebemos el agua lím-

(c) Ministerio de Cultura 2005

pida, y los otros beben cerca de nosotros el agua turbia y la cenagosa.

Preguntad á los hijos de Tamah y á los de Domi cómo nos han encontrado.

Cuando un Rey oprime y envilece á los demás hombres, sabemos rechazar lejos de nosotros el yugo de la ignominia.

Cubrimos con numerosos guerreros la tierra demasiado estrecha para nosotros; cubrimos las aguas con nuestros navíos.

El mundo nos pertenece con todos los que le habitan. Nuestra fuerza, cuando queremos desarrollarla, no conoce obstáculo.

Apenas el niño nacido entre nosotros ha llegado á la edad en que se le aparta del seno de su madre, cuando ya los mortales más valerosos se prosternan ante él.

V.

EL CONDOR.

I.

HARIT.—SU GENEALOGÍA, SU RELACIÓN EN LA TRIBU DE BACR, SU PARTICIPACIÓN EN LAS GUERRAS DE BACR Y ZAGHLIB, SU DISCURSO POÉTICO EN DEFENSA DE LOS DERECHOS DE SU TRIBU.—SU CARÁCTER, ELOCUENCIA, SU IMPROVISACIÓN Y GLORIA.

Harith, hijo de Hillizé, es otro de los célebres poetas y del que menos se han ocupado los historiadores, sin duda porque le faltó el alto rango de familia que tuvo Imroulcays, ó el carácter intrépido y arriesgado de Amr, sus valiosos recursos, su riqueza y orgullo; pero era nacido del pueblo árabe, y como tal, tomó parte en las lides que hemos descrito entre Bacritas y Taglhibitas; hijo de los primeros, descendiente de la rama de Yachor, *Harith*, hijo de Hillizé, hijo de Ma-

(c) Ministerio de Cultura 2005

crouh, hijo de Gazid, hijo de Abdallah, hijo de Malik, de Abad, de Sad, de Djochan, Acim, Dhobyan, Kinana, Yachor, forman la serie de su genealogía, entre los escritores árabes, citándose con prodigioso detalle los antecesores, todos de apellido bien conocido ya del famoso pueblo.

Harith, que sin duda era ya crecido en el momento de hallarse disputando su tribu á los Taglhib la indemnización solicitada, encarnó todo el espíritu de los suyos, y con una energía que respondió á su elevado pensamiento, adelantóse, y tomando la palabra en vez de Noman que se había hecho reprochable al Rey, improvisó, según se dice, el poema que inmortalizó su nombre, y que está colocado entre los Moallakas. Notable Harith por la nobleza de sus actos, al defender los derechos de su tribu, lo era también por su ardoroso carácter, apoyado sobre el extremo de su arco, del que una punta hirióle su mano, siguió su discurso sin apercibirse, por lo encendido que se hallaba en la defensa. Como á la vez estuviese invadido de lepra, se le había colocado detrás de un tapiz que le separaba de los del Rey; pero escuchándole el Rey Amr, hijo de Hind, entusiasmóse por su elocuencia hasta el punto de que hizo se le quitara de aquel alejamiento, le mandó se le aproximase muchas veces, y concluyó por hacerle que se sentara á su lado.

Mereció después de pronunciadas todas las defensas de las tribus la mayor consideración del Rey, negó, merced á su influjo, la indemnización pedida por los de Taglhib, y á los Bacritas los devolvió tonsurados, cuyos cabellos fueron el trofeo de una libertad ganada con los méritos del renombrado y honorable Harith. Mandóle el Rey que no recitara su poema sin purificarse por alguna ablucción, rasgo bien característico de este monarca por el estro poético de Harith, dando así una solemnidad religiosa á la producción de este famoso poeta.

(c) Ministerio de Cultura 2005

II

DUDAS ACERCA DEL MÉRITO DE SU DEFENSA POÉTICA Y FUNDAMENTOS DE SU MOALLAKA.

Por otra parte, el mérito de este poeta, si ha sido discutido, no ha llegado á disminuirse su importancia, y en atención al corto tiempo que empleó para expresarle, rehace de todo punto su valor.

El sabio Abou-Amr-Chaybain extrañábase de que Harith hubiese podido improvisar una obra tan bella, y decía: «Si hubiese empleado á este fin un año más en componer su poema, no sería demasiado (1). En él rechaza Harith vivamente las inculpaciones dirigidas por los Benou-Taglhib contra su tribu, de que él entusiasma los esfuerzos y su gloria; rebaja, por el contrario á sus adversarios, y cita muchas ocasiones en que los Taghlibitas han dejado impunes afrentas que habían recibido. Recuerda que han rechazado seguir á Amr, hijo de Hind, para vengar á Moumdhir III; cita los combates de los Benou-Bacr y sus defensas, que han sostenido la causa de los reyes de Hira, y sobre todo de Amr; por todo lo cual, sin duda, obtuvo para su tribu el favor de la regia sanción, el restablecimiento de la justicia y un lauro para su familia y pueblo, imperecedero como su Moallaka.

MOALLAKA DE HARITH.

Esma se ha apartado. ¡Ah! Esma no es de aquellas cuya prolongada presencia puede ser inoportuna.

Ella me abandona después de los dulces momentos que hemos pasado juntos en el país de Chemmâ.

Kalsa, la más próxima de las estaciones de su tribu, Mohiyyat, Safâh, las puntas de Fétah, Adhib, Wafa;

Los prados de Cata, los valles que están al pie del monte

---

(1) Aghain II, 360.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Chorayk, los dos picos Ayla, todos estos lugares testigos de mis dulces amores,

No ofrecen á mis miradas aquella que veía nuevamente. Hoy en mi delirio vierto lágrimas de dolor: ¿podrán mis lágrimas devolverme cuanto he perdido?

Hind ha encendido un fuego que ha deslumbrado mis ojos, desde el alto sitio en que se hallaba elevada.

La percibí á lo lejos sobre la cima de Khazâza. ¡Ah! Ya no puedo gozar de su dulce calor.

Hind la había alumbrado entre Akik y Chakhsani con un bosque oloroso, cuya llama brillaba como los rayos del astro del día.

Para mí, cuando es preciso abandonar la mansión del reposo y franquear rápidamente los espacios, empleo para vencer las dificultades de mis empresas,

El socorro de una camella, igual en viveza al buitre habitante de los desiertos, cuyo cuello es largo y encorvado, que huye hacia sus pequeñuelos,

Cuando al romper el alba oye un ruido, en el que teme oir la sorpresa de los cazadores:

En la carrera de mi camella, el precipitar de sus pies batiendo, levanta detrás un nubaje de polvo fino semejante á un torbellino de humo.

Se ven sus plantas de cuero caer una después de otra sobre el suelo de que las ha arrancado (1).

Con ella afronto los más vivos ardores del sol, mientras que otros, abatidos por las penas de su espíritu, permanecen inmóviles, como el animal privado de la vista, unido á la tumba de su señor para perecer allí de languidez.

Una falsa noticia nos ha conmovido y afligido:

Nuestros hermanos los Arakim (los Taglhibitas) nos calumnian y forman contra nosotros injustas pretensiones.

Confunden al que está exento de crimen con el culpable; el inocente no halla en su inocencia un abrigo contra sus ataques.

---

(1) Los Arabes guarnecen con dobles y triples soletas de cuero los pies de sus camellos para preservarlos de las heridas de los callos.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Quieren que todos los que cazan el onagre en el desierto sean nuestros parientes, y que llevemos la responsabilidad de sus acciones.

Han concertado por la tarde su hostil proyecto, y desde la aurora un ruido afrentoso se ha hecho oir en su campo:

El aire ha resonado el sonido confuso de las voces que se respondían, y de los relinchos de los corceles, á los cuales se mezclaban los gritos de los camellos.

Ó tú que nos pintas á los ojos de Amr, bajo los odiosos colores, ¿crees que tus imposturas pueden sostenerse mucho tiempo?

No te imaginas que tus instigaciones pérfidas nos son funestas. Otros enemigos también antes que tú han procurado perjudicarnos.

Mas á pesar de su odiosa envidia, hemos pasado sin cesar de tener el alto rango al que nos elevan los esfuerzos de nuestros guerreros y nuestra gloria, que jamás sufrió ninguna infamia.

Nuestra gloria cuyo esplendor ha cegado ya más de una vez los ojos de nuestros rivales y encendido en el corazón el disgusto y la rabia,

La suerte, lanzándonos rayos, parece atacar un monte altísimo y negro, cuya cima abre las nubes;

Un monte cuya masa sólida resiste á los esfuerzos del tiempo, y que no pueden alterar ni incentar los golpes más terribles del destino.

Cualquiera que sea el agravio que queráis escoger contra nosotros, hablad altamente, y que todos los hombres sean nuestros jueces.

Si en nuestros campos de batalla, entre Milha y Sakib se remueve el polvo de los muertos, reviviréis los odios de los vivos.

Si escudriñáis las cuentas que existen entre nosotros, los hombres harán un severo examen, y entonces se verá quiénes son los culpables y los inocentes.

Pero si guardáis prudentemente silencio, imitaremos á aquellos que tienen una paja en el aceite y cierran sus párpados.

(c) Ministerio de Cultura 2005

En fin, si rechazáis el sostenimiento de la paz que se os propone, ¿qué temeremos? ¿á qué guerreros se os ha dicho que cedemos en valor?

¿No sabéis lo que hemos realizado en estos tiempos de tumulto, en el que las tribus se atacaban y recíprocamente se despojaban, donde por todas partes resonaban (1) los gritos belicosos?

Hemos hecho recorrer á nuestros camellos todo el espacio comprendido desde las palmeras del Bahraym hasta el El-Hiçâ;

En seguida hemos fundado sobre los hijos de Temín, y sus hijas fueron nuestras esclavas, luego que el período sagrado puso fin á los combates.

Entonces el bravo no intentaba habitar hasta en la llanura; el cobarde no hallaba su salvación en la fuga;

Los lugares de más difícil acceso, la cima de las más altas montañas, eran un asilo inútil para los que allí buscaban retiro para escapar de nosotros.

El Príncipe que me escucha reina sobre el mundo; ningún mortal le iguala.

Es de la antigua y noble raza, digno de llevar caballeros á los combates; los enemigos de los guerreros que él manda hallan siempre la victoria rebelde á sus deseos.

Es un Rey lleno de justicia, es el más generoso de los humanos; ningún elogio puede llegar á la altura de sus grandes cualidades.

¿Se pondrá en paralelo con nuestros servicios en la expedición de Syria (2), esta insolente respuesta: «Somos nosotros los postores del hijo de Hind?»

La sangre de los Taglhibitas, sobre la cual ha caído el castigo, ha corrido sin obtener venganza, y sus cuerpos han sido enterrados en el polvo del olvido.

---

(1) Se hace alusión á la época de desorden y anarquía general de que ya se ha hecho mérito.

(2) El texto alude á la expedición de Moundhir; se trata de la incursión hecha en Syria por Amr, hijo de Hind, para vengar á su padre. Además, el nombre de Moundhir, tomado como título común á los Reyes de Hira, está empleado aquí á causa de la medida del verso para designar á Amr.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Si nosotros nos hemos distinguido en esta expedición, en la que Amr conducía el palanquín de Maycoun á Alya, después á Auca, límite del país de su cautiverio;

A su derredor se habían reunido los bravos de todas partes, cuya pobreza excitaba más su valor y semejábanse á las águilas.

Ha marchado á su cabeza, suministrándoles dátiles y agua (1). Siempre se cumplen los decretos de Dios, y los perversos sufren el castigo que les está reservado.

En vuestro loco orgullo, pedís con todos los votos de vuestro corazón esta armada; votos insensatos que bien pronto la han dirigido contra vosotros.

Ella no os ha atacado por sorpresa, pero al gran día y cuando la ilusión eleve á vuestros ojos los guerreros sobre el sol,

O tú que nos calumnias cerca de Amr, ¿pondrás término á tus funestas imputaciones?

Nosotros tenemos tres títulos que nadie sabría negarnos.

Uno lo hemos adquirido al Oriente de Chakika, apenas aparecieron los estandartes de numerosas tribus salidas de Maadd,

Presentándose al rededor de Cays valiosas por la presencia del héroe del Yemen, tiene el aspecto imponente.

Y los Awatik, orda temible que sólo pueden contenerla largas y ardorosas glevas,

La hemos obligado á recular, haciéndoles heridas parecidas á aberturas, por las que se escapa el agua contenida en los odres;

La hemos perseguido hasta las alturas de Thahalhasis, y rechazado ante nosotros, rociando sus piernas con su sangre.

El hierro de nuestras lanzas que se doblaba en sus cuerpos, era como el sello que se agita para rellenar el fondo de un pozo obstruído por las piedras.

Dios sólo conoce cuántos de ellos cayeron bajo nuestros ataques y han perecido sin venganza.

---

(1) Los dátiles y agua eran las únicas provisiones que los Príncipes árabes daban á los soldados alistados á sus banderas.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Hemos combatido también al Hodjr, hijo de Omumcatam, que vino con su tropa cubierta de bruñidas armaduras, trabajo primoroso de Persia;

Era en las batallas un león de pelo flavo, uñas terribles; era un primaveral bienhechor cuando un año estéril amenazaba la existencia del pobre.

Los numerosos guerreros conducidos por El-Djaun, por este El-Djaun, jefe de los Benou-l-Aus, formaban una masa parecida á una montaña.

En medio de los torbellinos de polvo, nuestro coraje ha sido siempre el mismo, sea que el enemigo llorase ante nosotros, sea que el fuego de la guerra estuviese en toda su violencia.

Hemos roto las cadenas de Imroulcays; la hemos salvado de su larga y dura cautividad.

Para vengar la muerte de Moundhir hemos inmolado á su hijo, un Rey de Ghassan, á pesar del valor de sus soldados, que tajamos en varias piezas,

Y llevamos á Hira nueve Príncipes ilustres, cuyos despojos eran preciosos.

En fin, hemos dado nacimiento á Amr; nos pertenece por su abuela Oumm Iyas. Todavía nos es reciente la época en que nos fué traído el presente nupcial.

Este parentesco tan próximo es la fuente de nuestra afección en los hijos de Moundhir; alianza sin límites, como la inmensidad de los desiertos (1).

Renunciad, pues, á vuestras orgullosas pretensiones, cesad de desconocer la justicia. Vuestra voluntaria ceguedad, si persistís en ella, os será funesta.

Acordaos de los juramentos hechos á Dhou-l-Medjaz, los tratados convenidos y las garantías dadas de una y otra parte.

---

(1) No indican los comentaristas la división de los tres títulos que hace valer al poeta para obtener la benevolencia de Amr, hijo de Hind; éstos son, según Perceval: 1.º los cervicios prestados por los Bacritas á los predesesores de Amr, sobre todo á su padre Moundhir III; 2.º los rendidos á Amr mismo en la expedición de Syria, y 3.º el parentesco de los Bacritas con Amr.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Para prevenir en lo sucesivo las iniquidades y las violencias. ¿Los caprichos insensatos pueden destruir las obligaciones escritas?

Sabed igualmente unos y otros encadenados por las obligaciones contraídas el día de nuestros recíprocos juramentos.

Que son vanas todas vuestras alegaciones: tratáis como los hombres que matan la gacela en vez de sacrificar la oveja.

¿Esque pesa sobre nosotros la falta de los hijos de Kinda, cuyos guerreros han venido á robar en vuestro territorio? ¿Es por esto por lo que intentáis exigirnos reparaciones?

¿Somos culpables del mal que os han hecho tantos otros? Nos cargáis de absurdos agravios como se carga de lurdos fardos los riñones de un camello vigoroso.

Aquellos que en la iglesia os han engañado no pertenecen á nuestra tribu; las familias de Cays, Djandal, Hadda, nos son extranjeras.

¿Nos imputaréis los delitos de los Benou-Alik? Somos inocentes: y si rompéis la paz jurada, sobre vosotros solamente caerá la indignación.

¿Somos cómplices de los Hanifa? ¿Qué tenemos de común con los Mouharib, que el hambre ha reunido contra vosotros?

¿Y los Codhaa? ¿Somos responsables de sus culpas, ó bien no nos tocarán nada?

No hemos sido nosotros los que abandonaron en el país de Nita á los hijos de Rizah á voluntad del enemigo; tampoco somos nosotros á quien llenan de sus maldiciones.

Ochenta guerreros del Temim, armados con sus lanzas, qne llevan la muerte en sus aceradas puntas,

Han dejado sobre el polvo cadáveres mutilados y han vuelto á sus casas con un inmenso botín; la oreja estaba ensordecida por la voz aclamadora de los conductores que arrojaban delante de ellos las piaras conquistadas.

Se ha marchado, en fin, contra los raptores para arrancarles su presa; no se ha podido tomarles una sola camella blanca ni negra.

Los descendientes de Taglhib han vuelto heridos los riñones, devorados por un fuego que el agua no podía extinguir.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Después de todo esto, Allak hase hundido sobre ellos con su caballería y los ha asesinado horriblemente.

Hé aquí el juicio que decidirá entre nosotros: ha sido testigo de nuestro valor en la jornada de Khiarani: él nos ha visto sostener con gloria la prueba más terrible.

VICENTE TINAJERO MARTINEZ.

(Se continuará.)

MINISTERIO DE CULTURA

(c) Ministerio de Cultura 2005

UNA MONTERÍA

EN SIERRA MORENA[1]

I.

En la orilla del Jándula risueño,
sobre el lindo tapiz lleno de flores,
cual á impulso de mágico beleño
entre el canto de alegres ruiseñores,
mis párpados cerró tranquilo sueño
en el rancho de rudos cazadores,
despertando al ladrar de la jauría
que inquieta saludaba al nuevo día.

Alzábase el albor de la mañana
rompiendo de la noche el denso velo,
y extendiendo su pompa soberana
arrollaba las noches en su vuelo:
como vellones de mullida lana

---

(1) Venciendo los escrúpulos de una injustificada modestia, hemos podido conseguir de nuestro distinguido amigo, el ilustrado director de Agricultura, Industria y Comercio, que esta bellísima composición vea la luz en las páginas de nuestra REVISTA, que se honra en publicarla.—(*N. de la D.*)

(c) Ministerio de Cultura 2005

la densa niebla se elevaba al cielo,
y la aurora, cumpliendo su destino,
al sol le preparaba ancho camino.

Doró su lumbre la montaña umbría;
la escarcha que las matas agobiaba,
con su calor, en agua convertía
y en las gotas pendientes reflejaba
y en rayos de colores se partía.
Manso arroyo entre arenas murmuraba,
y del viento las ráfagas ligeras
de las tiendas rizaban las banderas.

Brotó la animación y movimiento
donde tanto silencio antes reinaba,
y á la sombra de roble corpulento
en alegres corrillos se charlaba,
sufriendo la quietud, como un tormento;
que el corazón de júbilo saltaba
al inquieto piafar de los corceles
y al correr y saltar de los lebreles.

II.

Con general alegría
se oye la voz del *Postor*,
especie de dictador
que ordena la montería.

Cada cual corre ligero
y en procesión ordenada
se marcha á la desfilada
por el estrecho sendero.

Junto á un modesto ropón
se vé, manta morellana;
y á una torda jerezana
sigue un burro matalón.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Los podenqueros por guía,
marchan resueltos, joviales,
á la espalda los morrales
animando la jauría.

En confuso torbellino,
los perros su marcha obstruyen,
los pisan... chillan y huyen
y ellos siguen su camino.

Y llega en bélica pompa
hasta el lejano horizonte,
rodando de monte en monte,
el rudo son de su trompa.

De la paciencia retrato,
un asno el último viene,
que sobre el lomo sostiene
á las hárdenas del hato.

Entre voces y entre broma
y sin que ninguno calle,
pasa un valle y otro valle
y una loma y otro loma.

Mas, viendo el lugar cercano
donde la lid se prepara
el Postor, vuelve la cara
con ademán soberano,

Diciendo: «que nadie grite»
¡Silencio!... ¡¡corra la voz!!...
y de uno en otro, veloz
el mandato se transmite.

Los monteadores se alejan
á través de ásperos cerros,
yendo trás de ellos los perros
que jamás su huellan dejan.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Y la gente repartida
se va dejando el Postor,
trecho á trecho en derredor
del sitio de la batida.

A cada cual su lugar
con rudo ademán le indica,
y la *carrera* le explica
si la res llega á pasar.

Y todos sin dilación
obedecen á su vez,
pues el Postor, es un juez,
que no admite apelación.

III.

Solo al quedar, el cazador guardoso
de no asustar, la codiciada fiera,
el terreno recorre presuroso,
y buscando la verde madroñera
ó el lentisco lozano y oloroso,
trás él se oculta y silencioso espera,
revolviendo en la mente mil historias
de cazas y de amores y de glorias.

Aquella soledad el alma inspira,
y por do quier que vuelve la cabeza,
con verdadero arrobamiento admira
las obras de la gran naturaleza:
la abeja zumbadora en torno gira,
de los cielos contempla la belleza,
y en la flor más modesta y más sencilla
la mano del Señor le maravilla.

De pronto ruido suave,
lejano, llega al oído
sin saber si es un latido,
ó es el grito de algún ave,

(c) Ministerio de Cultura 2005

ó si aquel plácido arrullo,
que nos suspende un momento,
es un capricho del viento,
ó del arroyo un murmullo.

Puesta en la oreja la mano,
la vista, recorre el monte,
y analiza el horizonte
con esfuerzo sobrehumano,

que, por si vuelve á sonar,
tan suma atención se presta,
que hasta el aire nos molesta
que se agita, al respirar.

Si un poco un pie se movió
y cruge la bota ruda,
se coge el arma y se duda
si fué el monte el que crugió...

hasta que el viento en sus giros,
junto á nosotros envía
el ladrar de la jauría
y las voces y los tiros,

y estimulados así
los perros, su esfuerzo doblan
y sus ladridos redoblan
tras el feroz jabalí,

que, tomando delantera,
como un rayo, el cerro baja,
y el duro monte desgaja
en su rápida carrera.

El cazador amagado
y suspendido el aliento,
espera el feliz momento
por tanto tiempo anhelado;

(c) Ministerio de Cultura 2005

al fin, le mira venir,
con rabia feroz bufando,
entre las matas saltando
afanoso por huir.

Al tenerlo *de través*,
se levanta, él se desarma;
por dos veces cruge el arma
y... diez saltos da la res,

y entre sonores ladridos
con estrépito infernal
pasan, como un vendaval,
los perros enfurecidos.

Sigue el cazador tras ellos,
por su afición impulsado,
y al pensar que no le ha dado,
va, mesando sus cabellos,

mas, en cercana espesura
por el plomo atravesado,
ve al jabalí, fatigado
esperando con bravura,

y los perros con valor
sobre los riscos avanzan
y á destrozarle se lanzan
cegados por el furor.

En combate furibundo
se siente ronco bufido
y se oye el triste quejido
del que rueda moribundo,

que al combatir y correr
sobre el tronchado ramaje
todos doblan su coraje
y nadie quiere ceder.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Dando la vuelta con maña,
uno se agarra á una oreja,
lo hiere... chilla y no ceja,
que es más que el dolor la saña;

y á vida ó muerte luchando,
violenta la fiera salta;
pero, la fuerza le falta...
y los dos salen rodando:

entonces, con furia loca,
todos se arrojan á él
y su durísima piel
hacen giras con la boca;

y el cazador al llegar
termina la lucha aquella,
pues se acerca, lo degüella,
y se sienta á descansar

mientras, las fuerzas perdidas,
algunos perros carlean,
otros la sangre ventean
y otros lamen sus heridas.

IV.

Al callar los ojeadores,
cuando todo ha concluído,
en el lugar convenido
se juntan los cazadores,

y cabe el manso arroyuelo,
se prepara la comida,
en una manta extendida
á su placer en el suelo.

(c) Ministerio de Cultura 2005

En círculo formados en el llano,
la hostilidad con la merienda rota,
todos embisten con navaja en mano:
y cuando el vaso del licor se agota
se alargan con desdén al más cercano
que corre por sangrar la negra bota,
pues los que en la ciudad comen frioleras
allí beben y tragan como fieras.

Ya del dorado pollo los alones
se cogen con placer, ó ya un tasajo
de más que regulares proporciones,
á una pobre perdiz, se tira un tajo
ó ya en los huesos quedan dos jamones,
que costara criar tanto trabajo,
años tardando en preparar el fruto
que allí desaparece en un minuto.

Entretanto, en un rancho separado,
formada está la gente en ancho anillo
en la callosa mano enarbolado
á guisa de trinchante, su cuchillo,
y en ataque continuo y ordenado,
se lanzan al histórico dornillo
y uno avanza, cuando otro retrocede,
trayéndose de paso lo que puede.

Los perros, sin cesar, allí se agitan
y con afán creciente se pasean:
lo que uno coge, veinte se lo quitan
y ávidos de festín, miran, colean,
sobre un hueso en tropel se precipitan,
y en torno de los ranchos merodean
sin que un poco de pan el suelo toque
que no produzca al punto fiero choque.

. . . . . .

. . . . . .

(c) Ministerio de Cultura 2005

La comida acabó: sobre guijarros
se sienta cada cual cómodamente
y á la sombra de jaras y chaparros
raudo crugir, el fósforo se siente,
y prendiendo en su llama los cigarros,
el humo, en espiral, cruza el ambiente,
reposando tranquilos la comida
antes de comenzar nueva batida

V.

De nuevo, en su puesto
se encuentra la gente:
de nuevo se siente
la lucha empezar.

Las ciervas se miran
cual flechas ligeras,
salvar las praderas
del viento á la par.

El ágil venado
buscándolas gira,
y encoge y estira
su altiva cerviz:
el monte *cerrado*
su marcha no impide,
y fuego despide
su abierta nariz.

Dejando espantadas
la verde espesura,
al fin la *postura*
les toca pasar;
del arma traidora
resuenan los tiros
y el aire en sus giros
los hace vibrar.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Al dar la *encogida*
en tierra su huella,
rasgada se sella
del susto al caer:
resuena en el viento
la bala perdida
y salva su vida
el ciervo al correr.

Las trompas y voces
repiten los cerros;
redoblan los perros
su agudo ladrar;
estallan los tiros
y silban las balas,
y el carro de Palas
parece rodar...

.....

VI.

El sol ya se ocultó, la noche tiende
sus sombras en los campos presurosa;
mas cuando en el ocaso aquél desciende,
la luna se levanta cautelosa:
el espacio su luz ligera hiende
con dulce claridad, tenue, dudosa
y cual bruñida ráfaga de plata
su imagen en las aguas se retrata.

Ave nocturna, silenciosa vuela
inspirando á los débiles agüeros.
A lo lejos se mira la candéla
que encendieran los rústicos cabreros:
en la boveda azul, clara riela
la esplendorosa luz de los luceros,

(c) Ministerio de Cultura 2005

y aquella calma, que reinar se siente,
la eternidad recuerda á nuestra mente.

.....

Mas, al rancho venid, y ver en torno
de la hoguera, gozando sus ardores,
sobre rústico asiento sin adorno
en alegre charlar los cazadores,
destacando las tiendas su contorno
de la rojiza lumbre á los fulgores,
y por tanto correr, ya fatigados,
entre sus pies, los perros acostados.

Con la más franca alegría
cada cual sus lances cuenta,
y la reunión los comenta
con ruidosa algarabía.

Todos, á más y mejor,
con el mayor desparpajo
dan á su lengua trabajo
é inventan á su sabor:

que dicen aquellas bocas,
en historias á docenas
muchas cosas y muy buenas;
pero verdades... ¡cuán pocas!

Allí el más formal delira,
pues harto sabe cualquiera,
que es la mejor compañera
de la caza, la mentira;

mas.... nadie criticaría
pues son mentiras chistosas,
que hacen bellas, deliciosas,
las noches de montería.

PEDRO MANUEL DE ACUÑA.

(c) Ministerio de Cultura 2005

IMPORTANCIA,

GENERALIZACIÓN Y CARÁCTER PROPIO QUE EN ESPAÑA TUVO EL GÉNERO ARQUITECTÓNICO LLAMADO ROMÁNICO Ó ROMÁNICO BIZANTINO.

BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA [1]

SANTAS inspiraciones de tan venerandos monumentos de diez siglos; sublimes hálitos, que embargan el alma del que os contempla á la luz de la fe que os crearon, con el pensamiento absorto, considerando cuanto pasó en vuestros recintos. ¡Misteriosas bóvedas! ¡augustos ábsides! ¡criptas pavorosas! ¡templos del Señor, agobiados con el peso de los siglos! ¡ruinas sacrosantas! ¡Oh! para quien sabe admiraros, sois el libro de la verdad y de la historia; poemas de amor y de grandeza; la expresión suprema y asombrosa de la idea de Dios que le fuera dado anunciar al genio de la sociedad cristiana.

Si, como dijo Villemain, los pueblos construyen ideas con el mármol y forman poemas épicos con las catedrales; si,

---

(1) Con motivo de los juegos florales convocados por el Ayuntamiento de Valladolid para solemnizar las ferias del año último, la sociedad Círculo de Recreo de la misma ciudad propuso este tema, ofreciendo un premio y un accésit á los dos mejores trabajos que le desarrollaran. El Jurado adjudicó á este trabajo el primer premio.

(c) Ministerio de Cultura 2005

como dice Caveda, los monumentos expresan el genio de los pueblos que los crearon, estudiar esos monumentos será estudiar la civilización y el carácter de aquellas sociedades. No puede abarcar tanto el trabajo que nos proponemos. Sujetos al tema propuesto, hablaremos del género arquitectónico románico bizantino; expondremos su carácter general, su carácter particular en España, y como corolario manifestaremos lo que encierra, expresa y revela, á nuestra escasa inteligencia, ese augusto recinto que aún se eleva en nuestra ciudad, á despecho de los siglos y de las revoluciones, que llamamos Nuestra Señora de la Antigua.

Dada la importancia de esta tésis, realmente para su cumplido desarrollo se necesita mayor ilustración que la nuestra; así, no pretendemos merecer el lauro que al mejor desarrollo de aquel tema se promete. La inclinación hacia esta clase de estudios nos ha impulsado á ejercitar nuestras escasas luces en este trabajo; y nuestra recompensa sería suficiente, si del examen del que haya de ser premiado resultase alguna paridad de ideas ó conexión de principios, que nos demostrase en conciencia no hallarnos extremadamente distantes de la meta que nos propusimos.

I.

Á fines del siglo pasado, calmado en parte aquel ciego exclusivismo que la crítica mostrara por los monumentos sujetos al compás de Vignola ó á las reglas de Paladio y de Vitruvio, comprendiéndose ya la importancia histórica y artística de aquella arquitectura, que iniciada en la fundación de Constantinopla y adoptada por Carlo Magno, se generalizó en el siglo XI, algunos países quisieron darla un nombre, que significase que al menos en sus caracteres y rasgos más fijos y determinantes habían aparecido allí por primera vez: así, obtuvo diversas denominaciones.

Ya en este siglo convenimos los más en que su denominación más razonable y filosófica debe de ser la de románico-bizantina. Románica, y no latina, á imitación de como se llamó ro-

(c) Ministerio de Cultura 2005

mance á la lengua latina adulterada; pues que aquélla, si se compone, como su primer elemento, de la arquitectura antigua de Roma, no conserva sus rasgos en su pureza, sino adulterados; y bizantina, y no griega, porque tampoco aparecen en ella las invenciones creadas por la Grecia, sino modificadas ya al gusto y aspiraciones del nuevo Imperio de Oriente. Es realmente esta denominación la más adecuada, porque expresa así la verdad de su origen y de sus elementos constitutivos. No puede negarse que en diversos países manifestó algunos accidentes particulares; pero tales son estos, que nunca variaron su constitución de modo que merezcan nombre especial.

Conviniendo, pues, en esa denominación, someramente diremos cómo y cuándo se formó; qué caracteres y rasgos más principalmente la determinan; qué variantes sufrió en su desarrollo; qué razón histórica la produjo; qué civilización representa; qué idea y qué espíritu la envolvió y la sostuvo. Y ciñéndonos al tema propuesto, al estudiarla así en todas partes en rápido vuelo, haremos converger nuestra mirada con más detención hacia nuestra querida Patria, hacia nuestro Valladolid, que tantos monumentos encierra de sus pasadas grandezas, que tantos muros atesora, saturados de poesía y de artísticos ideales.

No puede determinarse con certeza el tiempo y lugar en que naciera ningún estilo nuevo en el arte, porque lo que es hijo de evoluciones ó transformaciones, cuando se encuentra creado, ha tenido ya anteriores momentos de existencia que no han podido ser apreciados. Los detalles del arte bizantino empiezan á brillar levemente en las fábricas latinas del siglo VII.

Desde el siglo V las dos escuelas arquitectónicas, la de Oriente, creada en Constantinopla, y la de Occidente, derivada de la romana y acogida por los Pontífices, se disputaban las construcciones monumentales de Europa y de Asia. Carlo Magno, al intentar reconstruir el Imperio de Occidente, hace triunfar en Europa el arte Oriental. Diríase que tratando de fundar su Imperio sobre la base de la religión cristiana, rehuye emplear en sus templos la arquitectura inven-

(c) Ministerio de Cultura 2005

tada para los Dioses y Césares de Roma; y hallando más ideal y menos pagana la arquitectura de Oriente, se decide por ésta. En Constantinopla busca los modelos y los artistas para sus templos, y en Aquisgrán funda la catedral. Allí, en la que hoy se llama Aix-la-Chapelle, hemos admirado aquel templo, el primero digno del catolicismo en aquella época en que recibiera culto Jesucristo, sin que sus paredes hubiesen cobijado á las falsas divinidades; el primero, hijo ya de un arte, que, aunque supeditado aún al arte antiguo, revela ya el espíritu y la fuerza de la nueva civilización que anuncia el cristianismo. Cobijados bajo aquella sombría cúpula, descubrimos allí los albores del nuevo arte en que el cristianismo había de expresar su espíritu y su fuerza creadora.

En Italia, Othón el Grande prepara su desarrollo y también hace venir artistas griegos.

Mas dos causas hacen detener el curso del progreso en el arte y en la civilizacion. Carlo Magno, al dividir su Imperio entre sus hijos, destruye su grandiosa obra de reconstrucción, y el terror que se apodera de toda la Europa al anunciarse el fin del mundo para el año 1000, produce un desquiciamiento y una descomposición general. Pasada esta terrible crisis, repuestos los ánimos, de nuevo sigue su curso el progreso artístico, y el arte cristiano aparece, á mediados del siglo XI, lleno de nueva vida y realizando la transformación iniciada en los monumentos del siglo VII.

Durante este período de gestación, ¿cómo caminaba el arte monumental en nuestra Patria? Estrechados los cristianos en las montañas de Asturias, no podían imitar más que los monumentos puramente romanos del tiempo del imperio, y los del estilo latino elevados por los godos: aquéllos nacieron en el paganismo y éstos en el seno del cristianismo; la religión les había dado en las basílicas un tipo invariable y simbólico. Mas en medio de analogías tan marcadas con las basílicas del estilo latino, las de Asturias y otros países de España, anteriores al siglo XI, recibieron de las localidades algunos caracteres particulares y esencialmente suyos, que en gran manera las distingue. Fueron pobres y humildes, de ruda construcción, de aire tímido y encogido, y la correspon-

(c) Ministerio de Cultura 2005

dencia establecida desde muy temprano entre los califas y los monarcas de la Península, la procuraron algunos rasgos de estilo árabe para su atavío. Así, los arcos de Santa María de Valdediós manifiestan ya sus extremidades ligeramente encorvadas hacia la parte interior; y lo mismo sucede en la iglesia de Baños, próxima á esta ciudad de Valladolid, tan digna de ser visitada como uno de los pocos monumentos latinos que se conservan en nuestra Patria.

En el siglo XI, á las causas que en Europa impulsan la civilización, tenemos que añadir en España una muy particular y determinante. La conquista de Toledo por Alfonso VI. A la realización de esta empresa se ensancha el corazón castellano; crece el entusiasmo por la fe cristiana; parece ya verse el día del completo triunfo contra los agarenos.

Se ha podido levantar la enseña de la cruz en la ciudad más importante de los califas; y el entusiasmo por esta guerra santa resuena hasta en los confines de Francia, y llegan de allí grandes magnates para ayudar con su valor y con su riqueza á la prosecución de aquella empresa tan heroica. Y en los monumentos que entonces se levantan en las nuevas ciudades conquistadas, ó fundadas de nuevo, es en donde ya podemos contemplar determinado el arte que hoy denominamos románico-bizantino. Por una parte, nuestros arquitectos encuentran en Toledo magníficos modelos que imitar del arte oriental, importado allí por los califas: ya antes los árabes les habían servido de mediadores para comunicarles ó transmitirles las nuevas invenciones que ellos importaran de Oriente; mas ahora, á la contemplación de Toledo, la lección ha de ser mucho más eficaz. Y por otra parte, aquellos grandes próceres, que de Francia se incorporaran á la corte de D. Alfonso, también tienen presentes las construcciones que han dejado en Angulema, Tolous y Poitiers. Con los recuerdos del pasado y al impulso de estas nuevas ideas, se busca una fórmula artística en los monumentos que exprese el entusiasmo y la fe que á todos les anima.

Crecen todas las dimensiones de las fábricas; adelgázanse los fustes de las columnas; no son tan escasos y monótonos como antes los adornos; adquieren los capiteles contornos

(c) Ministerio de Cultura 2005

más airosos; admiten los arcos mayor número de molduras y los baquetones de las arquivoltas aparecen más cilíndricos. Mas á pesar de esto sigue predominando en el siglo XI el elemento latino en los principales rasgos de la construcción, y la ornamentación indistintamente se compone de los dos elementos latino y griego, y algo del árabe. Hasta la conclusión del siglo XI, casi coincidiendo con la conquista de Toledo, la arquitectura en España simboliza el poder teocrático que la ha creado. En la conclusión de ese siglo señalan todos los escritores el comienzo de la segunda época del estilo románico-bizantino; y en él adquiere durante todo el siglo XII gran desarrollo y su mayor esplendor en el siglo XIII.

Implantado ya y perfeccionado el arco ojivo; las bóvedas peraltadas que han reemplazado á las de medio cañón y á los techos planos; la mayor elevación de las ventanas; los rosetones abiertos sobre las puertas, que también son de mayor luz; la mayor esbeltez de las columnas; los capiteles más airosos; el cimborio que se eleva en medio del crucero; esos primorosos detalles robados por los árabes al arte neo-griego, modificados por su ardiente fantasía y así transmitidos á nuestros arquitectos: todo esto hace perder al arte bizantino aquel carácter misterioso y sombrío que antes revelara, y se muestra dentro de sus bóvedas más poético, ideal y algo voluptuoso.

En el exterior, las fábricas adquieren notable desenvolvimiento y mayor riqueza. Sus portadas son de la misma forma que las del anterior período, pero aumentan en proporción y en suntuosidad; se componen, también como antes, de arcos concéntricos, revestidos de toros, estrellas, flores, dientes de sierra; y sobre los fustes de las columnas aparecen estatuas de santos. Los espacios comprendidos entre el dintel de la puerta y el último de los arcos se cubren de relieves, y en todas partes descuella la imaginaria. Adquiere así en el conjunto y en los detalles formas más vagas y poéticas en todas partes; pero especialmente en España, expresa en este segundo período mayor carácter neo-griego que latino, hasta que al alborear el siglo XIV llega á realizar esa feliz transformación, que por la mayor aplicación del arco ojivo sobre

(c) Ministerio de Cultura 2005

una más rica y varia ornamentación, la convierte en gótica, ó más propiamente ojival.

De cuanto llevamos expuesto podríamos decir que el género arquitectónico que estudiamos fué una combinación del arte nuevo de Oriente con el antiguo de Occidente, por la cual, el cristianismo, buscando una fórmula arquitectónica que le relevase del servilismo en que se hallaba respecto al arte pagano, expresó las conquistas que aquella religión iba realizando en el progreso y civilización de los pueblos: fórmula artística que, aunque producto de una aleación en la que aún se descubren sus componentes, revela ya el espíritu de una nueva fuerza creadora. Evolución necesaria para llegar á esa sublime transformación, que había de producir la creación ideal del arte de la catedral de Colonia.

Y considerando el arte ojival como el complemento del bizantino, hagamos constar esta preciosa observación que hemos hecho. En Aix-la-Chapelle se contempla aún el severo monumento, en el cual Carlo Magno iniciara la transformación que después hubiera de producir el nuevo arte: cuatro pasos de allí, en Colonia, se eleva el maravilloso monumento, la más grandiosa concepción y último producto que pudiera dimanarse de aquella transformación. Casi juntos se muestran el monumento que diera vida al arte bizantino y el monumento más sublime y asombroso que él produjera; el templo en que naciera el arte propiamente cristiano y aquel en que realizara su más espiritual y grandiosa concepción.

Penetramos en San Pedro en Roma, y aquel vestíbulo que nos recuerda el *foyer* de la Gran Ópera de París, y aquella arquitectura inventada para los dioses del paganismo y aplicada hoy en todos los edificios mundanales, nos parece indigna del culto del verdadero Dios. Allí no puede elevarse el espíritu. ¡Ah! En la catedral de Colonia, el alma respira y se siente envuelta y compenetrada por la fe de Cristo. Ni la catedral de Sevilla, ni la de León, ni la de Milán, ni la de Strasburgo, pueden dar una idea de la de Colonia. Considerad el más rico detalle de cualquiera de éstas: fijémonos en la parte interior del crucero de la de Burgos, y á su contemplación consideremos: ¡Cuán sublime sería un templo de

(c) Ministerio de Cultura 2005

cinco naves extensas y elevadas como la vista no alcanzara á dominarlas, cuya ornamentación en todas sus partes fuera tan primorosa como aquel cimborio: que estas naves tan inmensas, así ornamentadas, se sostuvieran sobre columnas de un escaso diámetro; que apenas cerrase ningún muro aquel inmenso ámbito, porque todos estuvieran abiertos por ojivales ventanas, cerradas con cristalerías de antiguas pinturas! A este recinto tan espiritual, tan transparente y aéreo, rematado por perfectísimas ojivas, sobreponed dos torres como no existen mayores en el mundo; labradas con más primor y perfección que el mismo crucero en que nos hemos fijado. Sobreponed infinidad de botaretes, gárgolas, capiteles, arbotantes, rosetones y preciosísimas portadas, que nunca concluyéramos de admirarlas. En fin, considerad un templo de unas dimensiones tan colosales como no existiera otro en su género, y que en aquella inmensidad, en el conjunto y en todos sus detalles, de tal modo se desenvolviera una maravillosa variedad, completándose en la unidad más perfecta, que á pesar de haberse ejecutado la obra en siete siglos, pareciera haberse creado en un solo día; y ¡ni aun así os podréis formar una idea de aquella divina catedral! En ningún templo se ha observado la unidad artística como en aquél; y hasta favorecen esta unidad las neblinas del Rhín, que al poco tiempo de colocadas las piedras las ennegrece y las iguala.

Empero, no podemos permitirnos estas digresiones á que nos conducen nuestros recuerdos y nuestro entusiasmo. Se nos han de dispensar en gracia, á que, apreciando al arte románico-bizantino como el más genuinamente cristiano, nos interesaba señalar la más sublime obra que de él se dimanara, para exponerla á la consideración de los entusiastas de la arquitectura greco-romana, que por tanto tiempo fué preferida y ensalzada por la crítica.

Hemos expuesto con la brevedad posible cómo y cuándo se formó la arquitectura románico-bizantina, y qué variantes fué sufriendo en su desarrollo. Veamos ahora qué razón histórica la produjo, qué civilización representa y qué espíritu la sostuvo; y así explicaremos toda su importancia y el carácter propio que tuvo en España, objeto principal del tema propuesto.

(c) Ministerio de Cultura 2005

II.

Apenas la civilización que representara la religión del cristianismo hubiera levantado algún tiempo libremente su vuelo por el camino de los siglos, cuando nuevos embates habían de detenerla en su derrotero.

Vimos anteriormente cómo Carlo Magno, en el corazón de Europa, reconociendo las verdades de Cristo cual salvadoras del mundo, las proclama como bases para la reconstrucción de la sociedad. Al genio de aquel Emperador se reanima Europa y el mundo entero. Parece verse la reconstitución del mundo por un imperio tan grande y poderoso como los antiguos; mas no constituídos, como aquéllos, por el despotismo de la tiranía y de la fuerza; sino fundado sobre el principio de autoridad, emanada del Dios del cristianismo.

Adquiriendo así la Iglesia una preponderancia que hasta entonces no había alcanzado, ella dirige el Gobierno de los pueblos, y á su impulso se abren al arte nuevos horizontes y nuevos ideales. El arte, pues, en aquel entonces, en los albores del arte bizantino, en Europa, y particularmente en España, no podía menos de revestir y de anunciar un carácter teocrático y simbólico de los misterios del cristianismo.

Es el arte monumental, como antes hemos dicho, expresión plástica de la civilización que le ha formado; y así, aquellas bóvedas casi cavernosas, aquellos estrechos recintos, cerrados por rígidos y húmedos muros, que sustentaban el santuario, al ensancharse, al recibir mayor elevación, más luz, y los primeros rasgos de aquella nueva transformación, si bien expresan más vida en aquella sociedad, muestran la severidad de los ritos teológicos y el carácter austero de las órdenes monásticas que comenzaban á adquirir grande importancia.

El genio de los pueblos del Norte, impreso entonces en el arte monumental, más rico y grandioso que el de los pueblos

(c) Ministerio de Cultura 2005

del Mediodía, llega hasta España comunicado por la raza carlovingia, cuando por la Marca hispánica extiende su dominio hasta las orillas del Ebro. Aragón y Cataluña, merced á esta influencia, difieren notablemente en el carácter de su arquitectura durante esta época, de Galicia y Asturias: al paso que allí dominaban los elementos neo-griegos, aquí descollaban aún los latinos.

Ya hemos expuesto las causas que en el siglo IX paralizan el curso de la civilización y que mantienen también el arte estacionado. Cuando estas causas dejan de existir en el siglo XI, una fuerza, un espíritu, una explosión de sentimiento religioso imprime en Europa á todas las manifestaciones de la vida su genio particular; y en España, la misma fuerza, el mismo espíritu que ya en siglos anteriores animaba á los hijos de las antiguas razas, se reanima de tal modo, que parece renacer la vida de los cristianos al impulso de nuevos genios creadores.

Estas fuerzas, estos genios que han de ser como el fuego sagrado de la civilización, son, en Europa, las cruzadas; en España un nuevo y grandioso aliento de la reconquista.

Las cruzadas en Europa, la conquista de Toledo en España, remueven todos los fundamentos sociales, abrasan todos los espíritus, y todo se agita y se reanima al impulso de esas fuerzas. Entonces las letras, sufriendo horrible letargo, hacen al arte casi el exclusivo modo de expresar tangiblemente las aspiraciones y los ideales de los pueblos; y es la arquitectura, puede decirse, si no la única forma que reviste el arte, la única de principios y desarrollos regulares. Si, pues, como ya hemos dicho, coincide el desenvolvimiento del arte románico-bizantino con la promulgación de las cruzadas, y en nuestra Patria con el mayor enardecimiento de la idea de la reconquista, el espíritu de esas dos fuerzas hemos de verle encarnado en esa arquitectura. Y así es, en efecto.

Recorramos esos hermosos templos levantados desde el siglo XI, y observaremos en ellos, no aquel carácter sombrío y misterioso que expresaron los monumentos de anteriores épocas, sino que, aunque allí se descubre el mismo espíritu, en los arcos, en las bóvedas, en los capiteles, portadas, cim-

(c) Ministerio de Cultura 2005

borios, campanarios y torres, en los detalles y en el conjunto resplandece una idea, que al lanzar á los pueblos en pos de glorias y conquistas, les muestra á lo lejos la realización de la empresa heroica y santa que soñaran.

¿Quién puede dudarlo? Los monumentos de esa época en Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Italia y España, ya no son aquellos que sólo expresaban la idea de Dios y del infinito entre la vaguedad de las sombras y el misterio del silencio; expresan, sí, la idea de la divinidad, y bajo sus bóvedas se respira la santidad del cristianismo; mas esos cimborios, esos minaretes, esas torres que señalan al cielo como el fin de la vida y morada de los supremos goces, mostraban también á aquellos pueblos enardecidos y entusiasmados á la voz de la fe, los continentes, los campos y los valles que habían de conquistar á la barbarie musulmana para implantar de nuevo en ellos la bandera de la cruz, humillada por la media luna.

Los austeros templos del Señor, que sólo respiraban paz y mansedumbre, ostentan ya sobre sus elevadas bóvedas minaretes de guerra y torres de combate; el sagrado recinto se convierte en fortaleza; allí concurren los nobles y plebeyos á bendecir sus armas; y en los monasterios, antes silenciosos, se forman ejércitos, y los monjes se convierten en capitanes. Es que la guerra proclamada es santa; guerra de la civilización contra la barbarie, que une á todos los pueblos de Europa, y que al cambiar la faz del mundo, cambia la vida y las costumbres, y que, por lo tanto, había de dejar impreso su sello en los monumentos del arte.

Lo que eran las cruzadas para Europa, era la reconquista para España. El ideal era el mismo: allí, lanzar de los más santos lugares de nuestra religión á los musulmanes y contenerles en su marcha destructora; aquí, expulsar á los agarenos de nuestra Patria y reconstituir sobre ella los altares de Cristo, la familia cristiana, y salvar también á la Europa de la invasión que sobre este lado la amenazaba.

Las fuerzas que así impulsaban á aquellas generaciones; los móviles y los sentimientos que las agitaban; el ideal de sus aspiraciones, aún existen estereotipados en aquellos tem-

(c) Ministerio de Cultura 2005

plos, alcázares y monasterios; ó ya se ocultan entre el polvo de la ruina.

En Angulema, Tolous, Poitiers y París; en Gante, Brujes y Amberes; en Colonia, Mayens, Aix-la-Chapelle; en Pisa, Florencia y Venecia hemos contemplado ese arte monumental, que al cerrar sus ámbitos bajo la severa majestad del culto augusto del Crucificado, anuncia un pueblo que se agitaba en luchas y combates por la fe que profesaba. En España, en Salamanca, Segovia y Avila y en otras villas y lugares, observaremos los mismos rasgos en los monumentos de aquella época.

No ha mucho descubríamos todos esos caracteres que llevamos expuestos en un templo á seis leguas de esta ciudad de Valladolid. Era la iglesia parroquial de Villamuriel, edificada por los templarios en el siglo XII. Si interiormente, de lo que de aquella época se conserva, es digno de toda la severidad teocrática, revela en su exterior quiénes fueran los que le erigieron. Aquellas bóvedas se han de llenar con el humo del incienso, envolviendo en sus ámbitos la idea del Dios eterno é infinito; mas aquellos muros exteriores están dispuestos para librar combates y sostener á los que hubieran de lanzarse á la pelea. Los edificios levantados por los templarios, necesariamente habían de revestir ese carácter bélico; pero otros muchos templos que no fueron erigidos por estas órdenes caballerescas, también acusan más ó menos determinadamente ese carácter, porque la idea de pelear por la gloria de Dios y la exaltación de la fe contra la dominación de los infieles, todo lo avasallaba y lo envolvía.

Las conquistas de Palestina, como las conquistas de las ciudades árabes en España, imprimen también su influencia sobre los monumentos cristianos. Los caballeros al volver de Tierra Santa traían grabados en su memoria aquellos baluartes y torreones, ante los cuales habían tenido que derramar su sangre. Muchos de los detalles exteriores de carácter neo-griego que se emplearon en estos edificios, fueron importados por los cruzados, y muy especialmente las torres no se usaron en los templos hasta que les sugirió esta idea los minaretes que allí habían asaltado.

(c) Ministerio de Cultura 2005

En otras naciones, especialmente en Alemania, sobre las orillas del Rhin, el feudalismo imprime un sello particular en el arte. Existió allí el feudalismo con un vigor mayor que en ninguna parte; las abadías y los monasterios ejercían jurisdicción y tenían dominios que defender; muchas veces el templo se levanta rodeado de bastiones, que realmente parece profanar la santidad del lugar, porque no es guerra de fe ni de creencia la que allí se proclama ó se teme. Son pasiones humanas, ambiciones, discordias que se suscitan entre los poseedores del territorio que profesan unas mismas creencias. Allí adquiere en su segundo período un carácter más profano y mundanal el arte: algunos de aquellos templos que en las orillas del Rhin hemos contemplado, más parecen fortalezas que casas del Señor. Los Obispos, los electores y los magnates poblaron las orillas de aquel grandioso río de edificios altamente ricos y poéticos, y escasamente matizados de sentimientos religiosos.

En León y Castilla no pudo ejercer esa influencia el feudalismo en el arte, porque no existió con la misma fuerza y vigor. Aunque se fundaron abadías y conventos con jurisdicción y territorios propios, y algunas acumularon considerables riquezas, no alcanzaron la importancia que aquellos, y pocos fueron los magnates, y corto el tiempo, en que la grandeza tratara de resistir y oponerse á la autoridad de la monarquía. Casi siempre las fuerzas del feudalismo combaten unidas á las de los reyes, y alentando en la misma idea de reconquista, las construcciones, ya sean templos, castillos ó claustros, á que los tesoros feudales dieran vida, se levantaron sin que apenas ostentaran ningún rasgo determinante.

Mas en el Condado de Cataluña y en la Marca hispánica, el feudalismo, sostenido por los sucesores de Carlo Magno, y por la mayor relación que sostenían con las Galias, hizo que los constructores sostuvieran la misma escuela en el fondo; pero más septentrional, más acomodada al genio normando y quebrantando algo su religioso simbolismo y su severidad por la introducción en los monumentos de escudos, cascos, blasones y banderas; si bien fué ya en los albores del arte ojival cuando se generalizaron estas innovaciones.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Estudiar el arte románico-bizantino considerándole en relación á España ó á otra cualquiera nación aisladamente, no podrá hacerse, puesto que en la Edad Media todo estaba envuelto y confundido por la idea de la fe cristiana coaligada en toda la Europa contra el Asia y el Africa, que la combatían con la media luna.

Por esto, al seguir el desenvolvimiento progresivo y al estudiar su espíritu, no hemos podido menos de considerar su carácter general, que al convenir completamente á España, no por esto deja de tener rasgos especiales en ella, tales como ya les hemos indicado.

La situación de España respecto á los árabes, establece con ellos una relación que muy particularmente se refleja en el arte. Así, el carácter propio que el bizantino reviste en España, es hijo del contacto más inmediato con los árabes. No pierde la gravedad propia de la fe cristiana; mas cuando, ensanchándose los ámbitos, se buscan detalles con que romper la monotonía y enriquecer los muros, imítanse los caprichos moriscos; y muchas veces son ejecutados por esculto-res ú obreros que en la esclavitud sirvieron á los moros, ó que, prisioneros de los cristianos, abjuraron de la fe de Mahoma.

Y si el idealismo cristiano expresado en formas más severas y majestuosas se aduna con el materialismo árabe, no implica ahora aquella humillación que en anteriores épocas tuviera que someterse el arte cristiano al arte pagano. Son detalles que acaso formen carácter; pero aun siendo así no puede desconocerse que los mosaicos, artesonados de alarce, los arcos festonados, los lobulados en su perfil interior, agimeces, *zigs-zags*, engrelados, arcadas simuladas y enlaces de cintas y flores conbinadas, que muchos juzgan árabes, porque el arte cristiano en España las tomó de alguno de aquellos monumentos, como de la mezquita de Córdoba, son propiamente bizantinos, de donde los árabes les tomaron, modificándoles después su ardiente fantasía.

Explicada así la importancia y el carácter general y particular del estilo románico-bizantino, podremos ya decir, que fué el arte monumental más severo y genuinamente cristia-

(c) Ministerio de Cultura 2005

no; porque Constantinopla, de donde su primordial elemento se dimana, fué levantada por Constantino para que sirviera de emporio al cristianismo, como Roma era entonces la cabeza del politeismo; porque Carlo Magno, nuevo Emperador que encauzara la civilización de Europa por el camino de la fe de Cristo, tomando en Constantinopla el modelo para sus templos, también prepara su desarrollo y formación; y porque, cuando aparece ya formada en el siglo XI y adquiere su mayor desenvolvimiento en el XIII, la sociedad marchaba impulsada y regenerada por su enardecimiento religioso.

Este, pues, en nuestro sentir, fué el arte monumental más severo y propiamente cristiano; el llamado gótico, mejor ojival, que le sucedió, el más rico, más poético, más espiritual, magnífico y maravilloso. Los dos tuvieron sus razones de existencia; el segundo no hubiera podido formarse sin el primero; fué aquél el complemento de éste, y el que después llena las páginas de la historia hasta que se abre la época del renacimiento.

III.

Como de corolario de todo lo hasta aquí expuesto, servirá lo que debemos decir de ese tan venerando monumento, genuina representación del arte bizantino en nuestra ciudad, que llamamos Nuestra Señora de la Antigua.

Quien á su contemplación no se conmueva, quien al descubrirle desde la plaza de Santa María ó desde la calle de Esgueba, no admire aquel conjunto tan artístico y poético, no sabe sentir, ó no estima en nada la vida de las generaciones que nos procedieron, las civilizaciones que representa y el espíritu de tantos siglos que le envuelven. Aprecian en muy poco la historia de nuestra ciudad, de nuestra Patria, de nuestras glorias y de nuestras grandezas.

¡Porque Nuestra Señora de la Antigua es el augusto recinto donde se condensa y se respira aquel hálito de vida

(c) Ministerio de Cultura 2005

que hiciera nacer, crecer y desenvolverse á Valladolid! ¡Monumento santo, sobre cuyas piedras leemos la historia y la civilización de esta ciudad y de toda su comarca desde que fuera conquistada á los sarracenos; en el cual, desde el siglo once, todas las generaciones han dejado allí impresos los rasgos de su genio! ¡Monumento que á su importancia histórica, para nosotros une bellezas y particularidades artísticas, que no poseerá sentimiento ni ilustración artística, repetimos, quien no sepa admirarle!

Todos estos edificios fueron patrocinados por algún héroe ó conquistador: el hado de éste fué el mismo que el de Valladolid. El Conde D. Pedro Ansúrez, cuando recibiera la ciudad en feudo, de D. Alfonso VI, siguiendo los impulsos de su alma, muy luego pensó en la dedicación de templos al culto de su fe. Éste fué el primero que levantó, según antiguas escrituras que aún se conservan, en el año 1088. Se ha llamado á este templo colegiata, y está ya demostrado que fué colegiata solamente hasta que se fundara, siete años después, Santa María la Mayor enfrente de ella, donde hoy debía llegar la actual catedral.

La Antigua, dotada tan espléndidamente como pocas iglesias, fué la abadía de su palacio, que donde está hoy el hospital de Esgueva se asentara.

Muchos Obispos, Cardenales y hombres ilustres, fueron abades de esta iglesia. Fundada, pues, en una época tan crítica de la historia del arte, como puede observarse de lo que llevamos expuesto, su descripción ofrece para nosotros una importancia grande, después de haber estudiado el arte bizantino en su desarrollo y desenvolvimiento.

De la época primitiva de su fundación son aquellas arcadas que dan frente á la calle de Esgueva, la torre, y deben ser-lo también casi todas las columnas de las naves. Las bóvedas peraltadas, el ábside principal, la puerta que hoy se oculta bajo aquel impropio portal y dos capillas, ya son del siglo catorce, época del nacimiento del arte ojival, en la que Alfonso XI la reconstruyera.

En el ábside hay ventanas del siglo quince, una capilla de la nave de la derecha y algunos detalles de ornamenta-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ción. Del siglo diez y seis es el magnífico retablo de Juan de Juni, y del siglo pasado una capilla de la nave de la izquierda y el portal que sostiene la casa del párroco. Su hermosísima torre es de lo más maravilloso que existe en el mundo del arte bizantino; ningún escritor, que nosotros sepamos, ha hecho conocer su importancia artística. Habiendo nosotros observado muchas y procurado estudiar su historia, nos atrevemos á asegurar que es una de las primeras que se levantaron, y que de su elevación y de su género es la más antigua que se conserva. San Paulino de Nola en la Campania, se dice que inventó las campanas en el siglo V. Desde entonces se colocaron en espadañas sobre la puerta de las iglesias: en el siglo IX se fundieron ya mayores, y entonces se colocaron algunas sobre un cuerpo de edificio que vino á ser lo que hoy llamamos campanario. Cuando á fines del siglo XI y principios del XII tomó el arte bizantino mayor desenvolvimiento, aseguran los historiadores que los artistas y caballeros que regresaban á su Patria de la primera cruzada, en los monumentos que entonces construían, hacían levantar torres, recordando los minaretes que habían visto en las ciudades de Palestina. Si este es el origen de las torres en los templos cristianos, habiendo ocurrido la primera cruzada en 1093, y empezada la construcción de la antigua en 1088, bien puede asegurarse, que, deseoso el Conde Ansúrez de enriquecer cuanto pudiera á su iglesia, que tan espléndidamente dotara, y estando en íntima relación con los magnates de Francia, que ya concurrían á la corte de Alfonso VI, hizo levantar la torre, sugerido por éstos, ó movido por artistas iniciados ya en el arte oriental.

Arguye también en favor de esta opinión: que habiéndose edificado poco después Santa María la Mayor con el carácter de colegiata, como su mismo nombre lo indica, si no hubiera estado ya en obra la torre, parece natural que fuese este último templo el que llevara esa nueva creación del arte. Fijada así aquella antigüedad, si la introducción de las torres se efectuó de aquel modo, ésta tuvo que ser una de las primeras que se levantaran. Las dos de una iglesia de Poitiers, que no recordamos el nombre, de una antigüedad aproxima-

(c) Ministerio de Cultura 2005

da, no tienen la belleza que ésta, porque son bastante menos elevadas. La inclinada de Pisa es también más baja, y del siglo XIII. En Bolonia hay dos de ladrillo, bizantinas y de menos importancia. Las de Zaragoza y Sevilla son completamente árabes, de los siglos XIV y XV. Las de Bom son las que más se la asemejan; pero no tienen su esbeltez por ser de mayor base y no elevarse tanto. La que existe actualmente en la plaza de San Marcos, en Venecia, nò es la que se levantó cuando la iglesia, pues fué edificada de nuevo en el siglo XV.

Ni en la capital del mundo católico hemos encontrado una torre de esa antigüedad, de esa elegancia y de esa esbeltez. Pudiera ella representar el arte románico-bizantino en toda su pureza.

Se levanta sobre un gran cuerpo que traspasa la altura de la iglesia, á un lado de donde debía estar la primitiva puerta: encima se sobreponen otros tres cuerpos abiertos con ventanas orladas de columnitas; dividen estos cuerpos una imposta que corre á manera de cornisa, formada por ajedrezados; las esquinas de los muros también van orladas de columnitas, que algunos han querido decir que son árabes; y por fin remata en una cúspide piramidal muy aguda, revestidas sus cuatro caras de ladrillo rojo.

Y mientras otras torres, edificadas mucho después y de mayor base, como la de la catedral (1), no pudieron soportar el peso de los siglos, ésta, como teniendo conciencia del papel que representa, aún se mantiene impasible.

Algunos han dicho que es de la misma época que la inmediata de San Martín; esto es un error: la ojiva que ostenta en sus arcos lo demuestra. Fué una imitación que se hizo de aquélla, posteriormente: y siendo también más moderna, como la de la catedral, no pudo soportar parte de su peso.

Reconozcamos esa mole como la más vetusta manifestación del arte bizantino: acaso como la más elevada torre que

---

(1) Edificada en el siglo XVI, se derrumbó el año veintitantos de este siglo.

(c) Ministerio de Cultura 2005

se haya elevado y se conserve; como la parte más hermosa de ese augusto templo.

Hemos dicho que la puerta primitiva debía de estar al pie de la torre, porque aún se conserva allí un vestigio; y el rosetón que encima aún existe, también lo demuestra, pues así solían construirse. Las columnas de las naves, hoy tan lamentablemente embadurnadas, creemos fueran las primitivas que sostenían un techo de madera; las bóvedas peraltadas que hoy existen, fueron elevadas en la restauración de Alfonso XI. Son notables los capiteles por su forma airosa y sus relieves, ejecutados con la corrección que entonces pudiera exigirse. Las arcadas que existen, bizantinas, formaron, indudablemente, la galería del pórtico. El grandioso retablo de Juan de Juni merecería una descripción particular; y son notables también las tablas de la capilla de los Condes de Cancelada, y una capilla de tiempo de los Reyes Católicos.

Examinado exteriormente, no hay en la ciudad un punto de vista tan artístico como el que ofrece este hermoso conjunto. Por doquiera se contemple, enfervoriza el alma y dilata el espíritu. Al pronto hiere la vista una mole irregular, heterogénea, casi deforme. Aquellas líneas incoherentes, que ora descienden, ora se levantan, ora se ensanchan, ora se confunden y se pierden en los muros; aquella planta sin orden ni concierto; las paredes, allá de negruzca piedra, aquí de demolida argamasa; luego un ábside bizantino; después otro mayor, perforado de engalanadas ojivas; más allá una galería de arcos y columnas bizantinas; arriba gárgolas, que coronan agudos botaretes, estribos sin conexión, un antepecho calado, desgastados capiteles; y por fin, la maravillosa torre bordada de columnitas y capiteles orientales, erguida cual un mástil que parece mecerse en el espacio. Todo esto, estrechado entre otros irregulares edificios que le circundan, al pronto nos representan los restos de una nave combatida por las oleadas de los siglos, cuyos despojos esperan á ser deshechos y aniquilados por los primeros vendavales. Muy luego, repuesto el ánimo y despierta la imaginación, percibe el alma las bellezas que entre aquellos muros se ocultan, los misterios que aquello simboliza y representa. Los genios del

(c) Ministerio de Cultura 2005

Conde Ansúrez y de D. Alfonso XI resplandecen sobre aquella cúspide bizantina y sobre aquel ábside de ventanas ojivales. En aquellos muros se envuelve y se respira el espíritu de ocho siglos, la vida de trece generaciones; ¡allí se condensa la historia entera de Valladolid!

En ocho siglos ¡cuántas veces se han renovado las costumbres y la civilización se ha cambiado! ¡Cuántas veces se han absorbido y aniquilado, unas por otras, las manifestaciones de la vida! De aquellas épocas nada existe; todo se ha trocado en polvo. Todo, ¡menos lo que aún se conserva en ese augusto recinto; menos esa torre maravillosa!

Pasó la era de los héroes, de los conquistadores y de los cruzados; los tiempos de los caballeros y de los trovadores; la era del feudalismo, de las comunidades, de los magnates y de los próceres. Alrededor de ese recinto cien veces se convocaron aquellos ejércitos, cubiertos de brillantes armaduras y de bordadas dalmáticas. Allí los caballeros se cruzaron; aquí, al pie de esos muros, se libraron torneos y fiestas de amor; la corte y el pueblo cantaron himnos de placer y de victoria. También estremecieron esos muros los gritos de guerra y el fragor de la pelea.

Cuando España era el imperio del mundo; cuando la grande Isabel labraba aquellos tan brillantísimos florones á la corona de España; cuando se tomaba á Granada y se conquistaba un nuevo continente; cuando Carlos V y Felipe II hacían converger sobre España los mayores emporios de riqueza y de civilización, de comercio, de artes, de ciencias y de literatura, entonces era Valladolid el centro de España; y pues era esta Nación la cabeza del mundo, ¡sobre esta ciudad se asentaba el trono de tanta grandeza!....

¡Augusto templo! ¡sagrado recinto! todo pasó bajo tus plantas y sólo tú existes, testigo de tan asombrosas transformaciones; sólo tú te yergues, cual un gigante mecido en el espacio, sobre el polvo de tantas generaciones y de tantos siglos. ¡Salve, venerable monumento! Sé tú eterno libro que sirva de recuerdo de aquellas edades á nuestros hijos y á nuestros descendientes. Cuando niños, te contemplamos como un antro de misterios y de sombras; adultos ya, comprendíamos

(c) Ministerio de Cultura 2005

que algo grande debían atestiguar esas moles así elevadas y respetadas por los siglos; luego soñábamos allí ideales de sentimiento y poesía; ahora, el frío de la reflexión fortifica el alma en sus creencias, y siente y se persuade, que si esas maravillas del arte, realizadas por el hombre, que si esos monumentos subsisten, cuando todo en su derredor ha perecido, es porque le diera vida una idea, una fuerza superior á todo lo que produce las creencias mundanas y terrenales. La idea de la divinidad, el fuego de una fe y de una religión que produce y crea esos monumentos, parece encarnarse en ellos, dándoles una coexistencia casi perenne; como la idea del Dios que representan y simbolizan.

Para terminar este desaliñado trabajo, realizado lejos del lugar que se describe, y fiados en nuestra débil memoria, demandaremos amparo y protección para ese monumento. Los recuerdos de sus glorias pasadas mantienen el valor y la dignidad en el corazón de los pueblos. Valladolid debe conservar siempre ese augusto templo, como se custodian en las familias antiguas los blasones de sus mayores.

¡Cómo no está declarado monumento nacional! Debe solicitarse inmediatamente. Si no os conmoviera la idea de que fué el primer templo que se erigiera aquí al Crucificado, considerad que ha sido testigo de tantas grandezas; que es el último vestigio de tantas generaciones; pensad que allí demandaron la protección del cielo para sus gloriosas empresas los héroes y los genios de nuestra Patria. Allí vagan las sombras de Ansúrez, Isabel la Católica, Colón, Alfonso XI, Carlos V, Felipe II, Cervantes, Juan de Juni y tantos otros. Allí se han postrado de hinojos ante Dios todos nuestros mayores.

Leguemos á nuestros hijos y á sus descendientes tan preciado monumento, para que, al descubrir allí la historia de esta ciudad, se enardezca y enfervorice su alma al fuego de la fe, de la virtud, del valor y del patriotismo.

San Juan de Luz 12 septiembre 1882.

E. MARTÍN CONTRERAS,

C. de la Oliva de Gaitán.

(c) Ministerio de Cultura 2005

MARÍA DE LOS ÁNGELES

NOVELA DE D. JOSÉ NAVARRETE

En los círculos literarios, entre la gente aficionada, entre los amantes de las letras, según la frase usual, no se ha tratado ningún asunto estos días, sin que antes ó después no tomase la conversación éstas ó parecidas formas interrogantes:

¿Ha leído V. *María de los Ángeles*? ¿qué le parece á V.? ¿qué juicio ha formado V. de Navarrete? ¿lo conoce V.? me han dicho que es una excelente persona, etc., etc. Y bien considerado, esto sólo debiera halagar á los autores, tratándose de un país como el nuestro, donde el oficio de escribir parece cosa de desocupados á juzgar por lo poco que se lee, lo mucho que se critica y lo tarde y mal que se recompensa. Y no se diga que es cuestión de hacerlo mejor ó peor, ni con disposiciones más ó menos felices. En España sólo hay una cosa peor que escribir: escribir bien. El que hace malos artículejos, como el presente v. gr., ó zurce gacetillas ó diserta larga y campanudamente sobre tal ó cual combinación de Gobernadores, malo ha de ser que no encuentre un periodiquillo que le mate la inspiración, si la tiene, y el hambre, más aguzada, por regla general, que el ingenio. Pero el que sólo sirve para escribir libros, es decir, despacio y con ma-

(c) Ministerio de Cultura 2005

durez y como Dios manda, apuradillo se ha de ver para vivir bien ó mal de su pluma; porque un tomo de 400 páginas no se hace todos los días, ni después de hecho se encuentran muchos españoles que tengan valor para leerlo, si es que alguno tiene arranque suficiente para comprarlo. De suerte que todos esos buenos críticos que viven analizando cuáles son las condiciones del escritor con arreglo á la *Retórica* de Monlau, bien pudieran dejar en paz al ilustre filólogo en su sepulcro, y convenir conmigo y otros ignorantes de la misma especie, en que la primer condición para ser literato de algún mérito es la envidiable y pacífica posesión de seis mil duros de renta.

Con esto, unos cuantos amigos que hablen bien de uno, cinco ó seis periódicos de circulación que le zarandeen el nombre y el apellido un par de veces por semana, buena salud para trabajar, humor de escribir, espaldas anchas para recibir palos, puños de gañán para devolverlos y tal cual lance de honor más ó menos ruidoso, más ó menos culinario, puede cualquier honrado español inscribirse en el padrón municipal, poniendo en la casilla que reza: «Oficio, empleo ó profesión» el consiguiente: «Escritor público.» De otro modo... mejor es no meneallo, y hable la experiencia por mí, que es la verdadera maestra de la vida.

Pero ocupémonos de María de los Ángeles, que por cierto es más desdichada, si cabe, que todos los escritores públicos, y del Sr. Navarrete (D. José), que merece figurar ciertamente entre los más castizos, galanos é ingeniosos que cuenta la literatura española contemporánea.

Cuanto á la protagonista de la novela, preciso es reconocer que es una mujer adorable, dotada de todos los hechizos de la virtud y de todos los encantos del cielo. Su retrato es una obra maestra. El Sr. Navarrete revela en su ejecución toda la facilidad y donosura de su estilo, todo su talento de artista á la par que sus inspiraciones de poeta.

Oigamos al Sr. Navarrete:

«María de los Ángeles era un hechizo: había música en su voz; pensaba tan bien, que la expresión material de sus pensamientos resultaba dulce y armónica, y era tan discreta

(c) Ministerio de Cultura 2005

como buena; su espíritu estaba lleno de amor á todo; María de los Ángeles, desfallecida de hambre, sin bocado en la despensa ni maravedí en la bolsa, daría treguas á su padecer y sentiría profunda compasión mirando desde su ventana á un obrero que almorzase, v. gr., pan y queso, porque su esposa no había tenido recursos para llevarle comida caliente; cometía la falta de tener más amor á sus hermanos que á sí misma.

»Tendría entonces á lo sumo veinte años y era un admirable tipo de belleza: alta, esbelta, morena, sonrosada, compenetrándose en su figura la distinción de las madrileñas y el garbo de las sevillanas; oscuro y rizado el cabello, garzos y brillantes los ojos; grandes, encendidos, voluptuosos los labios, descubriendo al sonreirse unos dientes perfectos, de blancura y transparencia incomparables; bonita nariz; modelados prodigiosamente el pecho, la cintura, el pie y la mano; y sobre todo, en el conjunto de su rostro, esa gracia que enamora, ese resplandor que ciega, ese fluido que magnetiza, ese encanto que convierte nuestra cabeza en cámara oscura y nos reproduce la imagen que admiramos en el cristal de la memoria, imagen que nos acompaña luego por todas partes, y nos hace soñar despiertos, hasta que si no alcanzamos la posesión del original, va con el paño del tiempo borrando sus contornos el olvido.

»En resumen, María de los Ángeles era una de esas mujeres tan escasas y tan codiciadas, que sin sombras en la inteligencia, dotadas de un espíritu artístico y radiantes de hermosura pueden labrar la eterna dicha del hombre que tenga ojos para ir descubriendo cada día la mejor faceta en el brillante de su corazón, un bellísimo secreto en su alma, y como ineludible consecuencia un encanto imperecedero en las manifestaciones materiales de aquella alma y de aquella razón; una de esas mujeres cuya forma se adora eternamente no como forma, sino como vaso que contiene una flor que embalsama nuestra existencia.»

Ante la diaria contemplación de una beldad de este género ¿qué puede extrañarnos que el bizarro y galán teniente de Artillería, Julio Villarana, hiciese todas aquellas locuras que constituyen el asunto de la novela?

(c) Ministerio de Cultura 2005

Ya habrán comprendido mis lectores que María de los Ángeles, siendo tan bonita y tan virtuosa, tiene que ser pobre, porque de no ser así se hubiera casado con el Czar de todas las Rusias, por no existir otra tan perfecta, y en este caso el Sr. Navarrete no se hubiera atrevido probablemente á entrar en cierto género de interioridades que sólo le son permitidas al que escribe novelas. María de los Ángeles es pobre, tan pobre que pasa hambre y frío y gana de jornal veinte cuartos. Julio Villarana aspira á casarse con ella; pero es rico, menor de edad, heredero de un título de Marqués, y todos estos son otros tantos obstáculos para su matrimonio.

La Marquesa de Villarana, madre de Julio, es una hermosa dama de mucho orgullo y de pocas virtudes. Mujer frívola, superficial, de escaso talento, mejor dicho, sin asomo de talento, es víctima de sus pasiones y vive entregada en alma y cuerpo á un miserable aventurero á quien se conoce con el nombre de Bernardo.

Tales son las cuatro figuras que aparecen en primer término á los ojos del lector. Una niña llena de virtudes, una madre llena de vicios; un joven impetuoso, con más corazón que talento; y un tahur, caballero de industria, capaz de las pasiones y de los vicios más repugnantes.

No se trata, pues, de uno de esos cuadros de tintas suaves, hechos para despertar dulces y delicados afectos. Aquí el bien tiene que andar revuelto con el mal; se divisa la luz al través de muchas sombras. De un lado, el alma de María con todos sus espirituales encantos; de otro, el albo seno de la Marquesa de Villarana, lleno de impurezas; el cínico carácter de Bernardo, abismo horrendo de miserias y de liviandades.

Julio encuentra á cada paso una dificultad, que aviva, lejos de extinguir, su amor á María de los Ángeles. La Marquesa sabe que Bernardo ha concebido una gran pasión, aunque baja y miserable, como suya, por la que debe ser esposa de su hijo. Bernardo tiende la red de sus maquinaciones, á fin de apoderarse por completo de la inmensa fortuna de los Villarana, y de subyugar la inquebrantable virtud de la pudorosa doncella.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Tales son los resortes que imprimen movimiento á la intriga. El asunto es, pues, un tanto escabroso y resbaladizo. Los amores de Julio, revueltos con los celos de su madre, celos que nacen al calor de una sensualidad vergonzosa; el perfecto conocimiento que tiene Julio de que estos amores existen, y lo que es más, de que nacieron en vida de su padre, afrentando así sus canas primero, y su memoria después; la rivalidad entre dos hombres que persiguen á una misma mujer, aunque con fines diferentes, siendo uno de ellos amante de la madre del otro; el irritante cinismo de Bernardo, que no contento con envilecer á la Marquesa, vive á su costa, sostiene una casa de juego, trata de comprar la virtud de María de los Ángeles, y dispone las cosas de modo que Julio tenga que recurrir al suicidio, impulsado por la desesperación, para unirse él después en matrimonio con la Marquesa y gozar de sus cuantiosas rentas; la escena terrible y violentísima en que el hijo increpa duramente al hombre con quien su madre sostiene relaciones, delante de ésta y de su hija Susana, son cosas todas, que, dígase lo que se quiera, tienen algo que hiere, algo que repugna á toda conciencia honrada.

En este sentido, el Sr. Navarrete tiene sus puntos y ribetes de *naturalista* al uso de hoy, porque el verdadero naturalismo es tan viejo como el mundo. Pero ¿quiere esto decir que el libro de que nos ocupamos no merece los elogios que el público y la prensa le han tributado?

Ciertamente que no podemos admitirlo, ni siquiera en hipótesis. Lo único que nosotros hemos tratado de probar es que el asunto que en la novela se desarrolla es, como antes dijimos, escabroso, y esto no se presta á dudas, después de las explicaciones expuestas.

Los personajes que retrata el Sr. Navarrete, en las páginas de su novela, distan mucho de ser, por otra parte, los que preferentemente deben fijar la atención del escritor naturalista. El Sr. Navarrete escribe con elegancia y soltura encantadoras, es un prosista de primer orden; pero es vehemente, piensa y siente con calor; es el suyo un talento más bien sintético que analítico. Sus personajes no tienen esa

(c) Ministerio de Cultura 2005

suavidad de tintas que hacen de la mayoría de los hombres seres en cierto modo indefinibles. Los tipos que el Sr. Navarrete describe en su novela están definidos; se conocen á primera vista; son ángeles ó demonios.

Y me permito yo ahora llamar la atención del Sr. Navarrete sobre este punto, que considero de importancia atendido el carácter que debe tener la novela contemporánea. ¿No es más propio, más exacto, y por lo tanto más *naturalista* pintar á los hombres como son; esto es, buenos y malos á la vez, según la cuerda que se les toque y las circunstancias que los rodean, que describir con extremada riqueza de colores ciertas debilidades humanas que rara vez se presentan en la vida, sin otras buenas cualidades, que si no las disculpan, sirven al menos de compensación á los ojos de todo el mundo?

Es la gran ventaja precisamente que tiene el novelista sobre el autor dramático. El primero puede copiar la realidad tal como existe; el segundo tiene que dar cierto colorido á las pasiones para preparar ese recurso ineludible en el teatro, que se llama el efecto. Tratándose de un drama, los personajes han de reunir un conjunto bien definido, bien determinado de cualidades, porque en dos horas y media que dura la representación, tienen que pasar muchas cosas. En el teatro hay que combatir una dolencia aguda contra la que son indispensables los remedios heroicos; la novela, por el contrario, á semejanza del médico que ataca una enfermedad crónica, no tiene que apelar á específicos enérgicos y á dosis fuertes. El novelista tiene por suyo todo el tiempo que necesita, describe minuciosamente lo que piensa cada personaje, la situación de su ánimo, lo que quiere, lo que pretende hacer, los escrúpulos que se lo impiden, etc., etc.; y de aquí que yo y otros como yo, creamos que el verdadero naturalismo consiste en pintar los hombres como son, buenos con sus ribetes de malos, ó malos con sus ribetes de buenos, pero sin subir los unos á las celestes alturas donde moran los ángeles, ni descender los otros á los profundos abismos donde se confunden en satánico abrazo los Bernardos y las Marquesas de Villarana.

(c) Ministerio de Cultura 2005

El Sr. Navarrete afirma que nada de cuanto ocurre en su novela lo ha inventado él, y añade: «y busco mis decoraciones, mis argumentos, mis personajes y mis escenas en la naturaleza, más artista que nadie, y en los sucesos reales, más interesantes que los imaginarios y más preñados de lecciones provechosas.»

Cuanto á lo de inspirarse en la naturaleza, más artista que nadie, estamos de perfecto acuerdo con el Sr. Navarrete; pero no creemos que los sucesos reales sean los más interesantes y los más preñados de lecciones provechosas. Hay muchos sucesos reales que sólo se dan en la vida una vez cada siglo, y muchas invenciones que son trasunto fiel de lo que pasa continuamente en el mundo; de suerte que ni aun bajo el punto de vista de lo verdadero, de lo real, de lo inmediato, puede admitirse esta hipótesis. Por otra parte, el Sr. Navarrete, que tiene mucho talento, comprenderá, siquiera fije su atención en el asunto un solo instante, que una novela no tiene por qué fundarse precisamente en sucesos reales á modo de crónica ó de episodio histórico; basta que se inspire en la realidad, porque de otro modo llegaríamos hasta desvirtuar lo que es la novela. Y en lo que se refiere al interés y á las lecciones provechosas que de los hechos reales se deducen, inútil es decir que no puede admitirse esta afirmación. Hay hechos reales que no interesan á nadie, y en forma de novela mucho menos todavía; y los hay, por último, que no enseñan nada, ó enseñan, y esto es lo peor, cosas que todo el que tiene sentido común olvidó de puro sabidas, y que el que es inocentón y cándido toma como artículo de fe, sin corregirse ni ilustrarse, ni formar propósito de la enmienda; porque enseñar llagas á un médico cuando sabe curarlas, es plausible determinación; pero exhibir por las calles, en pleno día, un brazo ulcerado ó una pierna cancerosa, es pura y simplemente gana de mortificar al prójimo que lo ve, sin tener el consuelo de remediarlo.

María de los Angeles es una novela interesante, y los sucesos que en la misma tienen efecto, reales ó imaginarios (esto es lo que menos importa), son propios para conmover al lector. El Sr. Navarrete describe á las mil maravillas, dialoga

(c) Ministerio de Cultura 2005

con soltura y sobriedad, sabe dar colorido, expresión, vida, á sus narraciones; es novelista, en una palabra.

¿Qué elogio más cumplido, más entusiasta, más imparcial puede dirigir al Sr. Navarrete quien, como yo, juzga que la lisonja es lo único que puede igualar al hombre de talento con las huecas y estériles medianías que tanto abundan desgraciadamente?

Yo por mi parte abrigo la esperanza de que el autor de *María de los Angeles* ha de continuar por el camino que se ha trazado, y es más, tengo el convencimiento de que si no en la forma, que es inmejorable, al menos en el fondo, ganarán sus obras el día que, dando rienda suelta á su imaginación, se aparte un tanto de los hechos consumados, de la realidad histórica. En las obras de arte no se exige la verdad del catastro, la exactitud prosaica del amillaramiento; basta y sobra con no falsear los afectos humanos, y con dar á los hombres y á las costumbres el sentido que realmente tienen. Si el Sr. Navarrete hubiese concebido á su antojo la historia de *María de los Angeles,* dada su imaginación de poeta, que lo es y muy inspirado, como todo el mundo sabe, seguramente nos hubiese descrito las aventuras de esta mujer espiritual y sublime, sin apelar al recurso de presentar en la escena, y en primer término, á una madre tan desnaturalizada como la Marquesa de Villarana, á un hombre tan repugnante como Bernardo, á un sacerdote tan indigno de su elevado ministerio como el P. Tragabatallones y á una beata tan criminal como D.ª Petra. Porque, piénselo bien el señor Navarrete, el mal entra en la composición de toda obra artística como necesario contraste de lo bueno, de lo agradable y de lo bello, así como la sombra marca en el cuadro los sublimes perfiles de Rafael, Murillo y Miguel Angel; pero diga lo que quiera la descarnada escuela naturalista de Zola, la sombra, por ser sombra, no bastará para constituir el arte; el vicio, por ser vicio, no produce nunca emoción estética. Se puede escribir un drama cuyo protagonista sea un bandolero y resultar éste una figura teatral; pero será porque este bandolero tendrá en medio de sus crímenes la virtud del valor, del heroísmo, del amor, del sacrificio, etc.,

(c) Ministerio de Cultura 2005

contrastes todos del bien y del mal, de la luz y de la sombra, sin los cuales no hay arte posible. En *María de los Angeles* advertimos un pesimismo exagerado. Para encontrar una figura simpática tenemos que recorrer antes una larga serie de desventuras y de iniquidades, y, en último término, ¿qué enseñanza provechosa se deduce de allí?

Porque, yo lo confieso, nunca he creído que el artista tenga el deber de enseñar nada, sino de embellecerlo todo; pero como ahora todo el mundo habla de lecciones útiles, de enseñanzas profundas, de la vida, de la realidad en el arte, me veo en la precisión de preguntar al Sr. Navarrete, que por lo visto también piensa así: ¿qué nos enseña *María de los Angeles?*

¿Que una madre no se debe oponer á que su hijo se case con mujer honrada y pobre? Ya lo sabíamos; la cuestión está en averiguar la que es y la que no es honrada, porque una vez sentado el hecho de la virtud, lo demás es, como vulgarmente se dice, coser y cantar.

¿Que una madre no debe faltar á sus deberes de tal por sostener el lujo y los vicios de un amante?

¿Que no basta ser beato para ser bueno? ¿Que hay curas que cumplen con su deber y otros que no lo cumplen?

¿Que hay circunstancias que hacen de hombres buenos hombres malos?

Pues todo esto no es enseñar nada, como puede comprender el Sr. Navarrete, porque el que ignore estas cosas no sabrá probablemente leer ni escribir y no ha de aprenderlas, por ende, leyendo novelas. Créame el Sr. Navarrete; lo único que se enseña en su obra es lo que no está al alcance de muchos aprender; se enseña á manejar con elegancia y soltura el habla castellana, porque el Sr. Navarrete es un verdadero escritor, y se enseña á hacer un libro bueno con un asunto algo espinoso, porque el Sr. Navarrete tiene talento, y el talento es como el vapor: arrastra un tren cargado con toda especie de *mercancías*, á impulsos de un poco de agua que hierve en el negro vientre de una caldera.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.

(c) Ministerio de Cultura 2005

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO (1)

Odas, epístolas y tragedias de don Marcelino Menéndez Pelayo.—Madrid.—Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883.

La colección de escritores castellanos acaba de enriquecer el tesoro de sus joyas con el valioso volumen que encabeza estos renglones, primero de las obras completas de su esclarecido autor.

Precede á este volumen, á modo de prólogo, una larga *Epístola* de don Juan Valera *á D. Mariano Catalina*, en la cual el erudito y regocijado y elegante escritor expone extensamente, al par que sus juicios sobre las obras poéticas del Sr. Menéndez Pelayo, sus doctrinas en materia de arte poética, ya en general, ya con especial relación á nuestro país y á nuestro tiempo. Campoamor y Núñez de Arce y otros poetas habían ya creído necesario, dada la actual anarquía literaria, prologar ampliamente sus poesías, así para exponerlas como para justificar los diversos principios que las informaban. El Sr. Menéndez Pelayo, respondiendo á las mismas exigencias, ha querido que sus obras poéticas llevasen al frente el *Código*, llamémosle así, de las ideas estéticas que profesa y de la escuela á que pertenece, y, bien por modestia, bien por otras causas plausibles, á no dudarlo, ha confiado esta empresa á persona de las luces y del saber del autor de *Pepita Jiménez*.

Poco nos dice éste en el *Prólogo* que no hubiera escrito ya en sus copiosos artículos, disertaciones y discursos; pero es esta la primera vez que ha juntado, ordenado y resumido sus doctrinas, que pueden reducirse, en rigor, al antiguo y siempre nuevo y admirable principio del Estagirita: *el arte es imitación de la naturaleza*. A la luz de este principio, con este criterio, el Sr. Valera plantea y resuelve las cuestiones fundamentales de la poesía moderna, y va examinando una por una las principales obras poéticas del Sr. Menéndez Pelayo. Atinado siempre en esto último, hasta el punto de que, por nuestra parte, no vacilemos en hacer nuestros sus juicios, no podemos de-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

(c) Ministerio de Cultura 2005

cir otro tanto de lo primero, esto es, de sus estudios sobre cuestiones poéticas generales, que, si acertados en ocasiones, en otras distan mucho de serlo, bien por pecar de estrechos y exclusivistas, bien por contradictorios y en no pocos casos superficiales. Del mismo modo, cúmplenos decir que echamos de menos entre los muchos poetas que menciona acá y allá en el prólogo, como ejemplos vivos de sus doctrinas, nombres tan respetables y autorizados como los de Lista, Reinoso, Fernández-Guerra y Cañete, cuyas *Epístolas poéticas*, singularmente la dirigida al gran Ayala con motivo de la paz de Cuba, compiten dignamente con las mejores de nuestro antiguo y moderno Parnaso castellano. Apuntamos á la ligera estas indicaciones, ya que la naturaleza de esta reseña no nos consienta entrar en amplias controversias doctrinales.

Viniendo ya al Sr. Menéndez Pelayo y á sus obras poéticas, diremos como suma y compendio de todo, que sólo la ignorancia ó la envidia ó ambas plagas juntas (que juntas y muy juntas suelen andar entre nosotros) podrán desconocer lo que la simple lectura de una estrofa cualquiera de estas poesías dice á las claras; á saber: que el señor Menéndez Pelayo es poeta y muy poeta, poeta de exquisito gusto, de pulcro estilo, de rico y armonioso lenguaje, de entonación robusta, y lo que es más que todo esto, de levantadas ideas y enérgicos sentimientos.

El que lea con la reflexión y el espíritu crítico indispensables para fallar en justicia, los escritos históricos y filosóficos del Sr. Menéndez Pelayo, no podrá menos de advertir muy luego cómo gradual y progresivamente se va remontando el vuelo de su inteligencia desde las doctrinas recibidas ó adventicias hasta las facticias ó libremente producidas por la misma inteligencia con todo el poder de sus fuerzas.

Aun en obras sueltas de extensión como la *Historia de los heterodoxos españoles* se puede observar este desarrollo progresivo y ascendente del poderosísimo entendimiento del joven escritor: en el tomo primero lo veremos apacentarse en la erudición como vencido y encadenado por ella: en el segundo, rompiendo sus ligaduras y discurriendo con gran libertad é inventiva: en el tercero, desarrollando con toda plenitud el soberano poder de sus facultades. Así, y á medida que va acercándose á nuestros días en el largo curso de aquella historia, vemos sucesivamente al *erudito*, al *crítico* y al *filósofo*.

Lo propio acontece con sus obras poéticas, las cuales, por estas causas, debemos agrupar en tres órdenes diversos y sucesivos. En el primero figura el *traductor* concienzudo y esmerado en sus versiones de Esquilo y Teócrito, Pindaro y Erina, de Horacio y Prudencio y de Byron, Chenier y Fóscolo. En el segundo, el *imitador* felicísimos de las letras clásicas, en cantos tan bellos como el consagrado *A la memoria de Cabanyes*. Y en el tercero, por último, *al poeta independiente*, al cantor de su alma, al hijo de nuestra tierra y nuestro siglo en obras tan magistrales, de estro tan subido y de expresión tan acabada como *La Galerna del sábado de gloria*, y *En la muerte de un amigo*, desposorio admirable del sentimiento cristiano con la forma helénica, capaces por sí solas para asegurar á su autor altísimo puesto en la historia literaria.

Señores críticos al uso: antes ata-

(c) Ministerio de Cultura 2005

casteis al prosista negándole entendimiento y saber y considerándole sólo como *memorión* extraordinario, y habéis concluído por reconocer, con mayor ó menor amplitud, y más ó menos públicamente, el saber y el entendimiento que negabais; ahora caéis sobre el poeta, relegándole á la categoría de los traductores insustanciales: mañana acabaréis por defender lo mismo que hoy combatís y hasta recomendaréis con ahinco su lectura cuando la ola creciente del mal gusto, que ciegamente impulsáis, lo anegue todo.

* * *

Monumentos antiguos de la Iglesia Compostelana.—Artículos escritos y publicados por el muy ilustre señor Dr. D. Antonio López Ferreiro, canónigo de aquella Santa Iglesia y el R. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús.—Madrid.—Maroto é hijos, 1883.

Catorce son los artículos coleccionados en este libro, de los cuales diez pertenecen exclusivamente al eruditísimo jesuita arriba citado, y los cuatro restantes han sido escritos por éste en compañía del Sr. López Ferreiro. La exposición completa de unos y otros, requeriría numerosas páginas: contentémonos, pues, con indicar sumariamente lo más importante.

Las iglesias que pertenecían á la Sede Iriense antes del año 831, los obispos santos sepultados en ellas y la restauración de la canónica de dicha Sede por el arzobispo D. Diego Gelmírez, son las materias estudiadas en las que llamaremos primera parte de esta interesante colección. La restauración del oficio Compostelano, mediante los de Toledo, León, Badajoz y Braga, el curiosísimo códice de Calixto II, afortunadamente conservado en el archivo de la Catedral de Santiago, y por último, las actas inéditas de siete concilios españoles de los siglos medios, siguen en orden á los anteriores estudios y constituyen la segunda parte. Y la tercera, se refiere por completo á la Virgen Nuestra Señora, examinándose su solemnidad, misa y rezo desde el año 1330 hasta el Concilio de Basilea, y terminando con la publicación del oficio inédito de la misma, que á ruegos é instancia del rey D. Alfonso el Sabio, compuso Gil de Zamora.

Las investigaciones practicadas por los laboriosos autores de estos trabajos, los textos publicados, los comentarios é ilustraciones que los avaloran, compiten como lo primero y principal que ha visto la luz pública actualmente en nuestra patria. El P. Fita es hoy, á no dudarlo, el representante que tenemos de las tradiciones históricas del glorioso instituto de San Ignacio y el continuador infatigable de la obra comenzada por los Marianas y Ribadeneiras, y proseguida por los Burrieles y Hervases en el pasado siglo. Tal es el juicio que viene mereciendo de las personas entendidas y no hemos de ser nosotros los que lo pongan en tela de juicio, cuando testimonios tan elocuentes como los estudios que quedan indicados lo acreditan por extraordinaria manera. En cuanto al Sr. López Ferreiro, si no tuviese otros títulos que los que esta obra le presta á la consideración de las gentes estudiosas, bastarían éstos para asignarle distinguido lugar entre los beneméritos cultivadores de las ciencias históricas en la España de nuestros días.

M.

(c) Ministerio de Cultura 2005

LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)

V.

CHISTOPHE-TEODORO-GOTTLIEB Lemón había nacido en 1786 de una familia pobre de músicos que habitaban en la villa de Chemnitg, en el reino de Sajonia. Su padre tocaba el oboe, su madre el arpa. En cuanto á él, antes de la edad de cinco años se ejercitaba ya en tres instrumentos diferentes. Quedó huérfano á los ocho años, y á los diez comenzó á ganar por sí mismo el pan de cada día. Llevó por mucho tiempo una vida de gitano, tocando en todas partes, en las posadas, las ferias, en las bodas de los aldeanos y hasta en los bailes; por último, logró entrar en una orquesta, y de grado en grado llegó al empleo de director. Su mérito como instrumentista se reducía á muy poca cosa; pero conocía á fondo el arte. A los veintiocho años emigró á Rusia, á donde fué llamado por un gran señor, que á pesar de que detestaba cordialmente la música, se daba, por vanidad, el lujo de tener una orquesta. Lemón estuvo cerca de siete años con él en calidad de maestro de capilla, y salió con las manos vacías, porque el gran se-

---

(1) Véase el tomo anterior, pág. 479.

(c) Ministerio de Cultura 2005

ñor se había arruinado; primero le había prometido una letra de cambio á su orden, después se arrepintió; y hecha toda la cuenta no le había pagado ni un *copeck*. Sus amigos le aconsejaron que se marchase; pero él no quería volver á su patria como un pobre de solemnidad, después de haber vivido en Rusia, en aquella gran Rusia, que es el país de las cucañas para los artistas. Nuestro pobre alemán buscó fortuna por espacio de veinte años.

Estuvo en casa de varios amos, vivió en Moscou como capital del Gobierno, sufrió y soportó mil males, conoció la miseria y tuvo que recurrir á todos los expedientes imaginables.

Sin embargo, en medio de todos estos sufrimientos no le abandonaba nunca la idea de volver á su país natal, que era lo único que fortificaba su valor. Pero la suerte no quiso concederle este último y único consuelo. A los cincuenta años, enfermo, decrépito antes de tener edad para ello, llegó por casualidad á la villa de O... y se estableció allí definitivamente, habiendo perdido toda esperanza de abandonar el detestable suelo de Rusia, y viviendo miserablemente con el producto de algunas lecciones.

El exterior de Lemm no prevenía absolutamente en su favor. Era pequeño y encorvado, con los omoplatos salientes, hundido de pecho, piés muy grandes y aplastados, uñas azuladas en dedos fuertes y ordinarios, manos muy encarnadas y con las venas siempre abultadas.

Su rostro arrugado y con mejillas enjutas, labios fruncidos, que movía constantemente como si comiese algo, así como el silencio que ordinariamente guardaba, le daban una expresión casi siniestra. Sus cabellos pendían en mechones grises sobre la frente poco elevada, sus ojos pequeños é inmóviles tenían el brillo tenue del carbón sobre el cual han echado agua; andaba con lentitud, moviendo á cada paso, como si se descoyuntara, todo su cuerpo deforme sin gracia.

Sus movimientos parecían á veces los de un buho que se saca de su jaula, cuando comprende que le miran, sin poder á pesar de eso ver nada con sus grandes pupilas amarillas, espantadas y temblorosas. Un largo y despiadado pesar había puesto su sello infalible en el pobre músico y desnatura-

(c) Ministerio de Cultura 2005

lizado su fisonomía, ya poco agradable; pero una vez disipada la primera impresión se descubría algo que manifestaba una honradez y una bondad extraordinarias en aquella ruina ambulante.

Apasionado admirador de Bach y de Hændel, alma de artista, dotado de esa viveza de imaginación y de esa valentía de pensamiento que sólo pertenece á la raza germánica, hubiera podido Lemm llegar ¿quién sabe? al nivel de los grandes compositores de la patria, si la casualidad hubiese dispuesto de otro modo su existencia. ¡Pero por desgracia había nacido con mala estrella! Había escrito mucho, pero jamás tuvo el gozo de ver publicada ninguna de sus obras; no sabía conseguirlo, pues ignoraba el arte de hacer una cortesía ó dar un paso quizás necesario. Una vez, patrocinado en la administración por un amigo y admirador alemán, pobre como él, publicó á su costa dos de sus sonatas; pero después de quedar la mayor parte de la edición en los almacenes, desaparecieron silenciosamente, sin dejar ninguna huella, como si las hubieran echado de noche al río.

Lemm acabó por tomar su partido; además se iba haciendo viejo; á la larga, se endureció en la moral como sus dedos se habían también endurecido con la edad; vivía sólo con una vieja cocinera que había sacado de un hospicio (puesto que no se casó nunca); vegetaba en O..., en una casita cercana á la de Mme. Kalitine. Se paseaba mucho, leía la Biblia, un compendio protestante de los Salmos, y las obras de Shakespeare en la traducción de Schlegel. Llevaba mucho tiempo de no componer nada; pero Lise, que era su mejor discípula, logró, sin duda, sacarle de su letargo, pues escribió para ella la cantata de la que Pauchine hizo mención. Había tomado las palabras de un salmo, añadiendo algunos versos compuestos por él. Dos clases de gente figuraban en la composición, unas felices y otras infortunadas. Hacia el final, las dos se reconciliaban, cantando juntas: «Dios misericordioso, tened piedad de nosotros, pobres pecadores, y alejad de nuestro corazón los malos pensamientos y las esperanzas mundanas.» En la primera hoja estaban escritas con cuidado estas líneas: «Sólo los justos se salvarán.—Cantata espiritual, compuesta y dedicada á la señorita Lise Kalitine,

(c) Ministerio de Cultura 2005

mi querida discípula, por su profesor C. T. G. Lemm.» Las palabras sólo los justos se salvarán, estaban rodeadas de rayas, y «Lise Kalitine.» Abajo, al pie de la dedicatoria, se leía: «Para vos sola.» (*Für siè allein.*)

Ved por qué se sonrojó Lemm, y mirando á Lise con disimulo, cuando oyó á Pauchine hablar de su cantata, el pobre hombre había sufrido terriblemente con esto.

VI.

Pauchine había tocado ya los primeros acordes de su sonata con fuerza y resolución, y comenzaba la segunda parte. Pero Lise no comenzaba la suya. Se detuvo y la miró. Los ojos de Lise estaban fijos en él y expresaban descontento; sus labios no sonreían; toda su fisonomía estaba severa, casi triste.

—¿Qué tenéis?—le preguntó él.

—¿Por qué no habéis cumplido vuestra palabra?—le dijo.

—Os enseñé la cantata de Lemm con la condición de que no le habláseis de ella.

—Perdonadme, señorita Lise. Se presentó la ocasión...

—Le habéis causado un disgusto y á mí también. Ahora ya no tendrá confianza en mí.

—¡Qué puedo hacer! Desde mi infancia no veo un alemán sin que me dé ganas de burlarme de él.

—¿Qué decís, Vladimiro? Este alemán es pobre, está solo y afligido por la desgracia. ¿Y no tenéis compasión de él? ¿Tenéis corazón para burlaros?

Pauchine se turbó.

—Conozco la razón, señorita—le dijo.—Soy un aturdido y esto es causa de todo. No, no me digáis nada, me conozco muy bien. El aturdimiento me ha hecho á veces mucho daño. Sin más que eso, paso por un egoísta.

Calló Pauchine un instante. Cualquiera que fuese el asunto de la conversación, siempre acababa por hablar de sí mismo, y esto tan bien, con tanta naturalidad, que podía creerse que lo hacía inocentemente y sin pensar en ello.

—En vuestra misma casa—continuó,—vuestra madre me

(c) Ministerio de Cultura 2005

manifiesta seguramente mucha bondad... pero en el fondo no sé verdaderamente la opinión que de mí tenéis, y en cuanto á vuestra tía, es muy claro que no me puede sufrir. Preciso es que la haya ofendido con algunas palabras necias ó irreflexivas. ¿No es cierto que no me quiere?

—No—respondió Lise, después de reflexionar un momento;—no la gustáis.

Pauchine recorrió rápidamente con los dedos las teclas, y una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—Y bien, ¿y vos?—continuó después;—¿me tomáis también por un egoísta? . .

—Os conozco todavía tan poco—le respondió Lise;—pero no os tengo por egoísta; al contrario, os estoy agradecida...

—Ya sé, ya sé lo que me vais á decir—interrumpió Pauchine, recorriendo otra vez las teclas;—por las notas, por los libros que os traigo, por los medianos dibujos con que adorno vuestro álbum, etc. Pero puedo hacer todo esto sin dejar por eso de ser un egoísta.

Me atrevo á esperar que no os aburriréis nunca conmigo, y que no os pareceré un mal hombre; sin embargo, estad bien persuadido de que, por hacer una frase bonita, sacrificaría voluntariamente á mi padre y á mis amigos.

—Sois distraído, olvidadizo, como todo hombre de mundo, y nada más.

Pauchine frunció ligeramente las cejas.

—Escuchad—le dijo,—no hablemos más de mí, y toquemos nuestra sonata. Sólo os pido una cosa—añadió señalando con la mano las hojas del cuaderno que estaba abierto en el atril;—pensad de mí lo que os plazca, llamadme egoísta, bien; pero nunca me llaméis hombre de mundo; ese nombre me es insoportable....

También soy artista, aunque mediano, como voy á convenceros al instante. Comencemos, pues.

—Comencemos cuando queráis—dijo Lise.

El primer *adagio* pasó bastante felizmente, aunque Pauchine se equivocó con frecuencia. Sus propias composiciones y las que había aprendido las tocaba muy bien, pero leía difícilmente. Así es que la segunda parte de la sonata, un *allegro vivace*, no salía nada bien. Al compás veinte, Pauchine,

(c) Ministerio de Cultura 2005

que iba atrasado, lo menos en dos compases, no pudo más, y retiró la silla, riendo y exclamando:

—No, hoy no puedo tocar; felizmente no nos oye Lemon; se hubiese puesto malo de indignación.

Lise se levantó, cerró el piano y se volvió á Pauchine.

—¿Qué vamos á hacer entonces?—le preguntó.

—Os reconozco en esta pregunta; no podéis quedaros en la inacción. Si queréis, dibujaremos mientras dure el día. Tal vez otra musa, la musa del dibujo—¿cómo se llama? Se me ha olvidado—me será más favorable... ¿Dónde está vuestro álbum? Ahora recuerdo que no acabé un paisaje.

Lise fué á buscar el álbum á otro cuarto. Quedó Pauchine sólo, sacó del bolsillo un puñuelo de fina batista, se frotó las uñas y examinó sus manos, que eran blancas y muy bonitas; sobre el índice de la izquierda llevaba una sortija en forma de espiral. Volvió, y Pauchine se sentó cerca de la ventana y abrió el álbum.

—¡Ah!—exclamó.—Ya veo que habéis comenzado á copiar mi paisaje, y muy bien. Sí, muy bien; solamente aquí... dadme el lápiz, estas sombras no son bastante fuertes. Mirad.

Y Pauchine trazó con desembarazo algunas líneas, pues dibujaba constantemente los mismos países; en primer término, unos cuantos árboles muy buenos; después, una llanura con montañas desiguales al horizonte. Lise le miraba hacer por encima de sus hombros.

—En el dibujo, como en la vida en general,—decía Pauchine, moviendo la cabeza, unas veces á la izquierda y otras á la derecha,—la ligereza y el atrevimiento son las primeras condiciones del éxito.

En aquel momento entró Lemm en el cuarto, saludó secamente y quiso alejarse; pero Pauchine dejó á un lado el álbum y el lapiz, para cortarle el camino.

—¿Dónde vais, Mr. Lemm? ¿No queréis tomar el té con nosotros?

—Me marcho—dijo Lemm con aire sombrío;—me duele la cabeza.

—¡Qué idea, marcharse! Quedaos y discutiremos acerca de Shakespeare.

—Tengo jaqueca—repitió el anciano.

(c) Ministerio de Cultura 2005

—Hemos querido tocar sin vos la sonata de Beethoven—continuó Pauchine, cogiéndole amistosamente por el talle y sonriendo con bondad,—pero no ha querido salir. Imaginaos que yo no podía tocar dos notas seguidas á compás.

—Mejor habríais hecho en volver á vuestra romanza—replicó Lemm, que separó las manos del joven y salió del cuarto.

Lise corrió tras él, y le alcanzó en el pórtico.

—Escuchadme, Mr. Lemm—le dijo en alemán, llevándole por el césped del patio hasta la puerta cochera;—soy muy culpable, perdonadme.

Lemm no la respondió.

—Enseñé vuestra cantata á Vladimiro, porque estaba segura que la apreciaría, y, en efecto, le ha gustado mucho.

Lemm se detuvo.

—Eso no es nada—dijo en ruso.

Después añadió en su lengua patria:

—Pero no puede comprender nada. ¿Cómo, no lo veis? ¡Es un *dilettante*, y nada más!

—Sois injusto con él—replicó Lise.—Todo lo comprende, y casi puede hacerlo por sí mismo.

—Sí, pero éstas son cualidades de segundo orden; una mercancía ligera, mala, tosca. Esto gusta, y él mismo gusta y está orgulloso de eso. Pues bien, tanto mejor, no lo siento: mi cantata y yo somos dos viejos imbéciles; solamente estoy algo avergonzado, pero no es nada.

—Perdonadme—repitió Lise.

—Esto no es nada, no es nada—dijo en ruso:—sois una muchacha muy buena... pero ved que ahí viene alguien á vuestra casa. Adiós. Sois una buena muchacha.

Y Lemm se dirigió con precipitado paso hacia la puerta cochera, por la cual entraba un señor, para él desconocido, con gabán gris y ancho sombrero de paja.

Lemm le saludó amablemente (se había impuesto la regla de saludar en la calle todas las fisonomías extrañas y volverse cuando hallaba alguna conocida); pasó al lado de él y desapareció detrás de la empalizada. El desconocido le miró con admiración; después, examinando á Lise, se adelantó resuelto hacia ella.

(*Continuará.*)

(c) Ministerio de Cultura 2005

CRÓNICA POLITICA

INTERIOR.

CONTINÚA preocupando á la opinión pública, no sin motivo ciertamente, la existencia de la criminal asociación, cuyos reglamentos y principales fautores han sido sorprendidos en Jerez de la Frontera. Pero esa criminal asociación que se llama *La mano negra*, porque en el membrete de sus comunicaciones hay una mano negra empuñando una cuchilla, no debe llamarse así: su verdadero nombre se consignó públicamente en el congreso que á ciencia y paciencia del Gobierno se celebró hace algunos meses en Sevilla y cuyas actas insertaron los periódicos. La asociación tiene vida desde hace dos años, desde que se concedieron expansiones fatales y se otorgaron incomprensibles tolerancias. Su verdadero nombre es el de socialistas agrupados bajo el lema de «federación, anarquía y colectivismo,» con una dirección suprema residente en Ginebra y con ramificaciones en toda Europa y también en las demás provincias españolas.

Hoy nos encontramos con 50.000 asociados, 190 federaciones y 800 secciones, solamente en Andalucía, resultando que España nada tiene ya que envidiar en esta parte á Bélgica ni á Inglaterra.

Si alguna duda pudiera cabernos de que los socialistas internacionales han pasado del período de la organización al de la acción, nos bastaría, para comprenderlo, fijarnos en lo que pasa. En 19 de enero próximo pasado eran condenados

(c) Ministerio de Cultura 2005

por el tribunal de Lyón algunos anarquistas que de las predicaciones más indignas habían pasado al terreno de los hechos.

Á los principales acusados, Príncipe de Krapotkine, Gauthier, Bernard y Bordat, se les impuso cinco años de prisión, diez de vigilancia y cinco de privación de los derechos civiles, con 2.000 francos de multa; á los demás reos, menos cinco que fueron absueltos, castigos que varían de seis meses á cuatro años de prisión. Poco severa se mostró la República contra los grandes criminales de Montceau-les-Mines, y poco se han intimidado los socialistas, cuando vemos que la explosión del teatro de Bellecour en Francia ha sido imitada por otra terrible en Bruselas, y actos tan criminales han tenido resonancia, al mismo tiempo que en Bélgica, en Andalucía, en Italia y en toda la Europa Meridional. Los anarquistas, por otra parte, de nuestras provincias andaluzas, usan unos procedimientos, emplean unas palabras y se valen de medios tan desconocidos en España y tan ajenos al carácter de nuestro pueblo, que basta su enunciación para conocer á primera vista que todo ello es importación extranjera, y que los jefes que dirigieron las proclamas y los incendios de Montceau-les-Mines, son exactamente los mismos que perturban hoy las más ricas comarcas españolas.

Se exagera, en nuestro concepto, las causas que favorecen la propaganda antisocial en nuestras provincias meridionales, achacando gran parte de los males á la constitución de la propiedad territorial con fincas demasiado vastas, á la escasez de población rural, á la concentración de la misma en grandes poblaciones puramente agrícolas, á lo desmesurado de los términos municipales, á la consiguiente falta de policía y á las calamidades que sobre el Mediodía de España han traído las malas cosechas y la falta de trabajo. No merecen todas estas razones la decisiva importancia que se les concede. Cuantos tengan un conocimiento exacto de la antigua manera de ser en nuestras provincias meridionales, sabrán también que para los trabajadores andaluces no es posible una verdadera calamidad, tal y como sobreviene á veces en otras provincias. Los que han sufrido y sufren en primer término en Andalucía son los propietarios, los labradores y

(c) Ministerio de Cultura 2005

ganaderos, amenazados muchos de perder sus vidas, después de haber visto arruinados sus capitales.

Ni al trabajador le ha faltado trabajo ni puede carecer del alimento indispensable con que siempre ha contado y cuenta ahora aún más que en otras ocasiones más críticas.

La clase trabajadora andaluza se ve arrastrada al desorden por las tradiciones de los movimientos federales de 1869 y 1873, por su espíritu aventurero, y sobre todo, por esa imaginación, esa impresionabilidad que le arrebata en las predicaciones disolventes que prometen holgura sin trabajo.

Ha habido siempre en Andalucía salteadores, ladrones, secuestradores y asesinos; pero el movimiento social de ahora se distingue esencialmente de las antiguas tendencias, y no es efecto más que de los pasados trabajos del socialismo, que para nadie pasaron inadvertidos más que para las autoridades y el Gobierno.

Los sucesos de Andalucía están relacionados con los comunes á toda Europa. No bastará que el Gabinete Sagasta quiera salir al fin de su impasibilidad; no bastará que los tribunales castiguen á los instrumentos del desorden. Es necesario que se indague quiénes son entre nosotros los directores de ese anarquismo hasta hace poco desconocido; que no nos alarme tanto *La mano negra* y sí el guante blanco que empuja á las masas para conseguir los más bastardos fines.

***

La verdad es que no se concibe mayor discordancia que la existente entre el estado del País y el estado del Gobierno. En presencia del socialismo armado, que silba á los jesuitas, insulta á la justicia y amenaza á las autoridades, cumpliendo sus amenazas misteriosas, al Gobierno no se le ocurre hacer nada, decir nada, sin duda porque, enemigo del sistema preventivo, espera que el País entero arda como una hoguera para reprimir con *mano fuerte* (¡eso sí!) lo que probablemente no tendrá ya remedio. Cuando dentro de medio siglo haya pasado esta influencia de los desvaríos radicales, cuando la razón haya recobrado su imperio, apenas habrá quien crea que ha existido un partido que predica la libertad para todo género de manifestaciones, que sostiene que nada

(c) Ministerio de Cultura 2005

puede ni debe hacerse para impedir el desarrollo del mal, y sólo cuando éste se manifieste es cuando el Gobierno, cruzado antes de brazos, puede hacer algo.

Tanto valdría decir que es un derecho permitir la libre introducción de plantas atacadas de filoxera, ó de carnes trichinadas, y que sólo cuando las viñas de algún individuo de la mayoría sintiesen los estragos del insecto, ó los robustos músculos de algún progresista amigo del Gobierno diesen señales de *trichinosis*, sería lícito pensar en combatir la enfermedad.

El ejemplo de aquel celoso Gobernador de Madrid que, sabiendo que se proyectaba un regicidio, tuvo la abnegación de no comprometer sus principios políticos, aguardando la comisión del crimen para reprimirlo, tiene ahora digno imitador en el Gobierno fusionista.

La mano negra le ha despertado de su sueño; pero esos síntomas de un mal gravísimo, desarrollado al amparo de esta libertad de predicación y de propaganda, no le preocupan; conténtase con lamentar el extravío de los que así entienden la libertad, y echar la culpa á los conservadores, verdadera pesadilla de quien no acierta á gobernar; es decir, á prever y remediar, que no otra cosa significa aquella palabra. ¡Triste y lamentable espectáculo! Ante un Gobierno fuerte con apoyo y simpatías en el País, con unidad de miras, con criterio fijo, la manifestación socialista no tendría importancia; ante un Gobierno débil, que ha hecho parte de su credo el consentir esas predicaciones, el fruto de ellas ha de ser terrible y mucho más peligroso. Ahora querría reprimir y le falta la fuerza, porque cae en la inconsecuencia, que es lo que más debilita. Ya decía Mazzini que no se puede ser revolucionario á medias, como pretenden serlo los Sagasta y compañía.

*
* *

Era preciso que se diese este deplorable espectáculo á que nos han condenado los hombres de la situación, sólo activos cuando se trata de medros personales, para que la opinión, justamente indignada, buscase una válvula por donde desahogar su enojo ante el abuso sistemático de la política y la administración, como medios de propio encumbramiento.

(c) Ministerio de Cultura 2005

La proposición del General López Domínguez, estableciendo la incompatibilidad del cargo de diputado con empleos y ascensos en las carreras de la Nación, ha sido, pues, perfectamente acogida. Pero la mayoría no está dispuesta á sacrificar posiciones oficiales, y la ha rechazado.

Otro representante del País, el Sr. Cañamaque, á fin de exagerar el plausible propósito del Sr. López Domínguez, para hacerlo de todo punto irrealizable, ha defendido igualmente la incompatibilidad, pero la incompatibilidad absoluta de la investidura parlamentaria con todo sueldo, derecho ó emolumento del Tesoro, ó de sociedades particulares. El discurso del Sr. Cañamaque dió al debate el carácter de un pintoresco pugilato entre jóvenes y viejos, los que poseen y los que aspiran á poseer. También su proposición fué desechada.

Claro es que nada se hará en el sentido de remediar el mal por todos lamentado. El País está ya experimentando las consecuencias, y el prestigio del Parlamento ha sufrido honda mella con franquezas tan descarnadas como las que constituyen el fondo de la proposición y de la defensa del señor Cañamaque.

«Digámoslo de una vez, exclamaba el orador, y permitidme que recuerde palabras del Sr. Ríos Rosas. Cuando se trataba de formar la unión liberal frente á las asperezas de los moderados y á las intransigencias de los progresistas, decía aquel estadista insigne: «seamos francos, progresistas y moderados; vosotros y nosotros hace 30 años que estamos engañando al País. Cuando disfrutamos del poder, somos dictadores; cuando bajamos del poder, somos rebeldes y revolucionarios.» Hubo protestas, murmullos, rumores, pero la posteridad dice que aquellas palabras del Sr. Ríos Rosas eran ciertas.

»Pues bien, yo repito ahora aquellas palabras: digámoslo de una vez, el mal no se remedia con la compatibilidad ó incompatibilidad del cargo de Diputado con otros de la administración pública.

»Las fortunas, los agios, los abusos, las ilegalidades se hacen entrando por otra puerta, siguiendo otros procedimientos: yo defiendo en este instante á la Administración española; yo defiendo á los Ministros, á los Subsecretarios, á los Directores, á los Gobernadores, á todos los funcionarios, porque

(c) Ministerio de Cultura 2005

para ellos (perdonadme lo vulgar de la frase) el último día de sus funciones, es el de la última peseta. La ilegalidad, el abuso y hasta el delito están en otra parte; están en las cosas que no son *gacetables*.»

El Sr. Cañamaque leyó unas palabras del P. Mariana, á propósito de la decadencia de las Cortes de Castilla, para demostrar que es muy posible que lo mismo que fué origen de la ruina de aquellas Cortes, puede llegar á serlo de la del actual sistema de Gobierno. En su libro, titulado *De la moneda de vellón*, dice el ilustrehistoriador:

«Bien se entiende que presta poco lo que á España se hace, digo en Castilla, que es llamar los Procuradores á Cortes, porque los más de ellos son poco á propósito, como sacados por suerte, gentes de poco *ajobo* en todo y que van resueltos á costa del pueblo miserable de rendir sus bolsas; demás que las negociaciones son tales, que darán en tierra con los cedros del Líbano. Bien lo entendemos, y que como van las cosas, ninguna querrá el príncipe á que no se rindan, y que sería mejor para excusar cohechos y costas que nunca allá fuesen y se juntasen.»

El orador preguntaba: ¿qué función pública, por alta que sea, puede derribar en los tiempos modernos ningún cedro del Líbano?

Con frase elocuente y razonamiento irrebatible se dolió el Sr. Silvela (D. Francisco) de este nuevo género de naturalismo parlamentario á lo Alexis Bouvier ó á lo Vast. Ricouard.

*
* *

El arte de Leotard y Billy Hayden está de enhorabuena. Según ley del Reino, publicada en la *Gaceta* con todos los requisitos debidos, se crea en Madrid una Escuela Central de profesores y profesoras de gimnástica.

La enseñanza será teórica y práctica. La teórica comprenderá la anatomía, fisiología é higiene en sus relaciones con la gimnástica, estudio de los aparatos, de su construcción y de sus aplicaciones, pedagogía gimnástica, teoría de la esgrima, estudio de los movimientos que se ejecutan en las artes mecánicas y de su aplicación al trabajo manual de la Escuela, y conocimiento de los principales apósitos y vendajes referente á las heridas y luxaciones.

La enseñanza práctica comprenderá: ejercicios libres y or-

(c) Ministerio de Cultura 2005

denados sin aparatos, lectura en alta voz y declamación, ejercicios acompañados de música y canto, ejercicio de la visión para apreciar distancias, medir alturas y juzgar de la diversidad de matices, ejercicios del oído para apreciar también por este órgano las distancias, así como la dirección é intensidad del sonido, su ritmo y tonalidad, natación, equitación, esgrima de palo, sable y fusil y tiro al blanco, ejercicios con aparatos.

A medida que los alumnos de esta Escuela Central vayan obteniendo el título de profesores de gimnástica, se les irá destinando á los Institutos provinciales; y cuando éstos se hallen dotados del profesor correspondiente, á las Escuelas Normales de primera enseñanza.

Los empresarios de Circos van á tener que luchar con un temible competidor. Equilibristas y aereonautas, caballistas y amazonas tienen ya abierto en nuestro País un nuevo espléndido horizonte. No en vano podrán alegar por doble concepto que son personas *de carrera*.

* * *

El ejército ha perdido uno de sus más beneméritos y distinguidos hijos.

Ha muerto D. Francisco de Ceballos y Vargas, nacido en Torrelavega (Santander) el 9 de octubre de 1814, de una antigua y distinguida familia. En 1833 ingresó en el ejército en clase de guardia de la real persona: promovido al empleo de teniente en el mismo año, obtuvo tres más tarde, en el sitio de Bilbao, la cruz de San Fernando. Hizo toda la primera guerra civil, y en 1843 asistió á la rendición de Zaragoza insurreccionada.

Nombrado después ayudante de campo del General O'Donnell, asistió á toda la guerra de Africa y tomó parte activa en la batalla del Serrallo y en la de los reductos frente á Ceuta, por cuyos méritos obtuvo el empleo de brigadier. Los sucesos de 1866 y los servicios que prestó al Trono el 22 de junio le recabaron el empleo de Mariscal de campo.

Combatió la insurrección republicana de Málaga de 1868, y en 1872 fué á Cuba de segundo cabo y desempeñó interinamente la jefatura militar de la isla en los más graves mo-

(c) Ministerio de Cultura 2005

mentos, cuando la insurrección de Yara adquiría vigor y se propagaba. Un año más tarde, por sus servicios en la isla, fué ascendido á Teniente general. En setiembre del 73 tomó el mando del ejército sitiador de Cartagena: en el ejército del Norte desempeñó también mando, y de allí vino á ocupar la Dirección de Sanidad Militar.

Nombrado Ministro de la Guerra en 1875, dejó buenos recuerdos de su gestión. Imparcial, severo, estricto guardador de la disciplina, imprimía á sus actos un sello de respetable justificación. Entre las más importantes reformas que implantó en el ejército, figura la organización de los cuerpos activos, la ley constitutiva y varios reglamentos y leyes dirigidos á mejorar la situación de las clases militares.

El título de Marqués de Torrelavega le fué conferido por sus servicios durante la última guerra carlista, reorganizando el arma de Infantería en circunstancias críticas.

Ha bajado al sepulcro entre señaladas muestras de general estimación y simpatía. Descanse en paz.

* * *

Notas finales.

El Sr. Pelayo Cuesta ha leído en el Congreso los presupuestos para el año de 1883-84. Según el Ministro de Hacienda, el presupuesto en ejercicio ofrecerá un sobrante de más de dos millones de pesetas. En el próximo ascenderá á más de seis millones y medio. Así sea. No se introduce alteración alguna respecto de los anteriores. El espíritu del señor Camacho flota aún sobre las páginas de los libros del Tesoro.

El Sr. Gullón ha dicho en pleno Parlamento que es más barato que los alcaldes y presidentes de Diputaciones cobren dietas, que sirvan gratuitamente los cargos que á la elección popular deben.

Quien quiera honra que la compre.

El vocabulario fusionista sigue aumentando. Al *infundio* municipal del Sr. Abascal hay que añadir los *borregos* parlamentarios y los gobiernos *cursis* del Sr. Sagasta.

Sin contar lo de que no puede un diputado mozo llegar á *mísero Subsecretario*, según dijo el Sr. Cañamaque.

Cosas tenedes el Cid, que farán fablar las piedras. R.

(c) Ministerio de Cultura 2005

REVISTA EXTRANJERA

LAS reivindicaciones sociales del cuarto estado, según el antiguo lenguaje, están á la orden del día. La crónica de la quincena podría reducirse, por lo que á Europa se refiere, á la simple manifestación de que el feroz socialismo levanta la cabeza y preocupa todos los ánimos en Francia, en España, en Italia, en Bélgica, en todas partes donde imperan Gobiernos débiles.

Pero, vamos por partes, y entremos en algunos pormenores.

El Ministerio francés, presidido por Ferry, hace alarde de sus intenciones pacíficas en sus relaciones internacionales, repitiendo, quizás con demasiada frecuencia, que tiene la firme voluntad de colocar á Francia en el puesto que le corresponde y antes ocupó en los consejos de las naciones. El Gabinete Ferry, heredero de la política de aventuras inaugurada por Gambetta, aspira á cierta preponderancia diplomática en el Exterior. ¿Está bien elegido el momento?

La situación de Francia en Europa nada tiene de halagüeña. La República ha cometido faltas gravísimas, malgastando su actividad en locuras y disputas intestinas, en luchas de ambiciones, luchas por el poder, que la han colocado fue-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ra de todo movimiento europeo y aun la presentan como enemiga de la paz pública.

El Ministerio Freycinet quiso mandar fuerzas á orillas del canal de Súez, para conservar cierta influencia cuando se tratase de reglamentar y definir, después de la guerra, la situación de Egipto; pero la Cámara, apasionada siempre, negó á Freycinet los créditos que pedía, y desapareció el Ministerio del 30 de enero, arrastrando en su caída la última esperanza que á la República podía quedar de alguna influencia en la política extranjera.

¿Qué resultó de tanta imprevisión y del triunfo de los intestinos rencores? Derrotas diplomáticas espantosas que hoy por hoy no tienen remedio, ni podrá nunca Ferry remediar. Inglaterra, fuerte con el apoyo de Alemania y Austria, ha ido apoderándose de Egipto, sin tener para nada en cuenta las reivindicaciones que pudieran alegar los franceses, mientras que los recientes viajes del Ministro ruso, Mr. Giers, prueban que los grandes Estados del Norte no se preocupan ya de lo que nuestros vecinos piensan acerca de las importantes combinaciones europeas que están en estudio.

Francia había soñado en ciertas expansiones coloniales; Francia había soñado en Madagascar, en el Congo, en la Oceanía, en el extremo de Oriente y hasta tuvo ridículos propósitos en la Republiquilla de Andorra; pero tropezó desde luego con rivalidades respetables, y los ingleses se han encargado principalmente de demostrar que no les conviene ningún desarrollo comercial y que están decididos á impedir el de Francia.

Dificultades diplomáticas no han de faltarles á nuestros vecinos, cuyo prestigio, autoridad é influencia en Europa sufre el eclipse provocado por veleidades y correspondiente á la desconfianza que de antiguo inspiran unas instituciones que la práctica parece haberse encargado de hundir en el descrédito.

Los órganos oficiosos del nuevo Gabinete dicen, sin embargo, estos días, que es menester que Francia vuelva á reanudar sus relaciones íntimas y sus alianzas formales con las grandes potencias, y principalmente con Inglaterra y

(c) Ministerio de Cultura 2005

Rusia. Pero ¿cómo ha de poder realizarse el milagro? No se fijan, sin duda, aquellos periódicos, en las dificultades que á tales propósitos oponen la inestabilidad de los Gobiernos republicanos, y la natural incoherencia de la política en situaciones tan variables y en medio de crisis permanentes. ¿Qué potencia que se decida á tratar con Francia puede estar segura de que el pacto de la víspera no ha de quedar nulo al día siguiente? ¿Quién puede responder de que los hombres que firmen el convenio sean los que hayan de ejecutarlo? La agitada política de un país entregada á revoluciones eternas, está fatalmente condenada al aislamiento.

Es por otra parte evidente la mala impresión que ha causado en Europa el rigor con que son tratados por el actual Ministerio francés los Príncipes de algunas familias aliadas por la amistad ó el parentesco, y ningún Gobierno que de formal se precie, puede ver con indiferencia cómo la República recorre el plano inclinado que la lleva al jacobinismo, ni más ni menos que á fines del último siglo, empeñada siempre en no conceder derechos individuales ni libertad más que á todos los radicales trastornadores del orden público, y furiosos demagogos que campean en una situación, que no sin razón pueden llamar suya.

* * *

En el Senado francés, M. Jules Simón sigue agotando toda su elocuencia en favor de la libertad de asociación; pero el célebre orador se cansa en vano, porque la política de combate que domina en el campo republicano, ahoga la voz del patriotismo y de la libertad, lo mismo en el Senado que en la Cámara de Diputados, y visto está que la preconizada democracia no puede salir de los estrechos moldes de cierto autoritarismo, que no es más que el disfraz de la tiranía.

En vano se habla de reformas y de progresos, pues los hombres del poder se preocupan mucho menos de la organización social que de humillar y vejar á sus enemigos. Todos los proyectos y todas las leyes tienen el mismo fin, y las reglas de justicia, las prerrogativas de los ciudadanos y los fue-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ros del derecho han de sacrificarse al singular placer de anonadar á todos los adversarios del régimen que aniquila todas las fuerzas vivas de nuestros vecinos.

La reforma de la magistratura no ha tenido otro objeto que quitar los puestos á los magistrados sospechosos de tibieza revolucionaria; la reforma de la instrucción pública no ha obedecido á otro móvil que al de combatir á la religión en todas sus formas, desterrando de las escuelas la idea de Dios, sustrayendo al niño á la influencia de la Iglesia y de la moral eterna, para entregar su educación al libre pensador, que tiene á gala predicar el ateísmo. Hoy, el Gobierno autoritario presidido por Ferry acusa á Mr. Jules Simón, el republicano y el gran liberal de siempre, de ser partidario de las congregaciones religiosas, porque defiende y reivindica la libertad en favor de todos contra las violencias de una fracción que, sin embargo, quiere llamarse liberal y republicana.

Y mientras que el Gabinete Ferry sigue desplegando toda su vertiginosa actividad contra los Obispos que se permiten dar á conocer á sus diocesanos las decisiones de la sagrada Congregación del Índice, contra los párrocos que se atreven á decir que los manuales de moral cívica de los descreidos Paul Bert y Compayré son peligrosos para la niñez, contra los maestros que tienen la osadía de seguir practicando lo que el Catecismo ordena, y contra las hermanas que enseñan á orar, el partido ultrarevolucionario se organiza tranquila y públicamente para heredar la situación mixtificadora que hoy tiene en sus manos los tristes destinos de Francia.

Los amnistiados de la *Commune* y los agitadores de siempre siguen organizando comités en los barrios más populosos de París para festejar con banquetes y manifestaciones públicas el aniversario del 18 de marzo, y la prefectura de policía tiene ya conocimiento de que un comerciante de la calle de Saint-Denis ha recibido el encargo de hacer 2.000 banderas rojas, que deberán entregarse el 15 de marzo á una sociedad de la calle de Lepic en Montmartre.

Hé aquí ahora un párrafo pronunciado hace pocos días en una reunión celebrada en el *Faubourg Saint-Antoine:*

(c) Ministerio de Cultura 2005

«El interés del pueblo, exclamó un orador, está en demolerlo todo. El día siguiente de una revolución, el pueblo necesitará comer como la víspera, y por consiguiente será preciso que se apodere de la fortuna pública. Si las fábricas se cierran, ya bajaremos á los sótanos del Banco... Llenaremos de comestibles los mercados por medio del dinero del Banco. El pueblo victorioso no ha de tener lástima alguna de los dueños de industrias ni de los burgueses. En 1871 se cometió un error gravísimo: el error de dejar con vida á todos los reaccionarios. El pueblo no los necesita para vivir; son un estorbo con el que debemos de una vez acabar.»

Otro orador del mismo empuje, más práctico todavía que el anterior, en vez de tratar de lo que había de hacer el pueblo vencedor, prepara á los oyentes para alcanzar pronto la victoria, ocupándose en la organización de los grupos, en nombrar jefes de barrios, señalar las barricadas que podrían construirse y las armas que es menester emplear para conseguir el definitivo triunfo.

¿Qué hace entretanto el Gobierno francés para poner á raya el movimiento revolucionario? Nada; se limita á ser espectador, y oye indiferente cómo en la Cámara presenta la extrema izquierda una proposición de amnistía en favor de los criminales de Montceau-les-Mines y de Lyón.

Y sin embargo, los instantes son críticos, y no me extrañará el mejor día la noticia de nuevas y terribles catástrofes en la capital de Francia. Esas crisis, esas agitaciones, esa impotencia política y esas amenazas, abaten el espíritu de todos y minan por su base todo principio de gobierno. Hay síntomas de erupciones volcánicas.

*
* *

De los días 9 y 11 de marzo de 1883, ha de quedar memoria en los fastos de la presidencia del Sr. Grevy.

Pedradas, rotura de cristales, gritos subversivos contra el Gobierno, contra los burgueses y contra la propiedad, acompañados de subsiguientes prisiones bajo los balcones del palacio del Elíseo, forma el escandaloso balance de estos dos días.

(c) Ministerio de Cultura 2005

¿Á qué tales disturbios? La ley republicana no permite, al parecer, las reuniones públicas más que en locales cerrados, y el Gobierno ha prohibido las manifestaciones socialistas proyectadas en la Explanada de los Inválidos, delante del Hotel de Ville y en la plaza del Trono.

Sin embargo, ¿tiene fuerza moral el Ministerio francés para hacer frente al socialismo que le amenaza?

El ruidoso proceso de Lyón contra los anarquistas va complicándose. Mientras que los jueces se afanan por acelerar la instrucción con grave riesgo de sus vidas, los diputados de la extrema izquierda se entretienen enviando estímulos á los procesados, ya con dádivas, ya con cartas de consuelo y de promesas. Ello es que todo está bien preparado para que una vez terminada la causa contra tanto agitador, se les conceda amplia amnistía por el Presidente de la República.

Uno de los anarquistas encausados en Lyón ha respondido al presidente del tribunal encargado de juzgarle, que las doctrinas socialistas que él trataba de llevar á la práctica las había aprendido en una obra del mismo presidente. Y lo peor de todo es que tenía razón el anarquista.

La Francia, escribía el Sr. Bismarck á Mr. Arnín, Embajador en París en 1872, es para nosotros un saludable espantajo.

«Si ofreciera á la Europa un segundo acto del drama interrumpido de la *Commune*, lo que no deseo por humanidad, contribuiría á hacer apreciar á los alemanes las ventajas de una Constitución monárquica.» Por conclusión, dice el señor Bismarck: «Debemos desear que Francia nos deje en paz é impedirla de hacer alianzas con otras potencias. Mientras no tenga aliados, nada tenemos que temer. Mientras las monarquías estén de acuerdo, la República no podrá hacer nada contra nosotros.»

Para que la República francesa tuviera admiradores en Europa, sería necesario que, según la expresión de monsieur Thiers, fuera juiciosa y moderada. No siendo juiciosa ni moderada, viene á ser el espantajo para las otras monarquías de Europa, de que habla el Sr. Bismarck.

Es claro que las manifestaciones con anticipación anun-

(c) Ministerio de Cultura 2005

ciadas, tienen un color esencialmente revolucionario, y no pueden reivindicar el carácter de manifestaciones obreras. Han sido preparadas por grupos de agitadores que se llaman anarquistas, y han tratado de arrastrar á los obreros, diciéndose también trabajadores en huelga forzosa, reducidos á la desesperación y á la miseria, y siendo en verdad propagandistas del desorden y especuladores de la credulidad de las clases obreras.

No cabe duda que la crisis que en estos momentos mata la industria y el comercio de Francia pone también en situación dolorosa á muchos trabajadores; pero la crisis se debe también en gran parte á los socialistas, que arrastran al obrero á la acción y á la revuelta.

Entretanto, el Senado ha dado deliberadamente muerte á la proposición de ley relativa al derecho de asociación. El Ministro del Interior ha hecho rechazar, por 162 votos contra 122, el art. 1.°, bajo pretexto de que tenía en estudio otro proyecto que presentaría en breve á la alta Cámara. Es decir, que, entre el autoritario Waldeck-Rousseau y el liberal Mr. Jules Simón, la mayoría no ha titubeado. El triunfo ha sido del autoritario. Tal es el liberalismo de la República actual, y tales son las debilidades del Senado, ya por desgracia muy conocidas de sus adversarios.

* * *

Las desgracias de Francia hallan hoy su compensación en la codiciada regencia de Túnez, territorio africano que puede ya llamarse francés.

El actual Ministro de Negocios extranjeros, Mr. Challemel-Lacour, ha dicho que Francia tiene derechos y deberes en Túnez, derivados del tratado de Kasr-Said. La ocupación es hoy sinónimo de derecho.

La República ha establecido en Túnez un tribunal francés de justicia, tribunal que regirá primero á los habitantes franceses y á los protegidos de Francia, para extender luego su jurisdicción á los indígenas y á todos los europeos. El tratado de Kars-Said promete el respeto de todas las obligaciones

(c) Ministerio de Cultura 2005

internacionales contraídas por el Bey; pero la abolición de las capitulaciones contará indudablemente con el asentimiento tácito de las grandes potencias, consecuentes en esta parte con su conducta en Chipre y en la Bosnia.

El Gobierno francés, empeñado en organizar administrativamente la Regencia de que se declaró protector, llegará á suprimir la comisión internacional financiera que todavía funciona, y poco á poco conseguirá, sin dificultades graves, contar con un departamento más en su colonia africana.

Pequeña compensación será, pero compensación al fin de la perdida influencia en el canal de Súez y en el Cairo.

***

Sabido es que el partido conservador de Inglaterra se manifiesta en la cuestión de Egipto enemigo de toda concesión que pudiera ser favorable á los intereses de la Nación vecina, y que proclama en voz alta y de una manera absoluta la política de anexión en beneficio exclusivo de la Gran Bretaña. El partido conservador es el que impelió principalmente al Gabinete británico á hacer la guerra en el país que baña el Nilo, menos para reprimir la rebelión de Arabi que para destruir allí el *condominium* francés y fijar de una vez la supremacía inglesa.

Los proyectos preparados por lord Dufferin para organizar política y administrativamente el Egipto, no han sido todavía aprobados por el Gabinete, incierto siempre en sus resoluciones, á pesar de los deseos manifestados por la oposición, y no cabe duda alguna que Gladstone encuentra en Egipto y en Europa serias dificultades para ultimar definitivamente sus proyectos de señorío efectivo en el País conquistado.

El Presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, lord Gladstone, ha verificado recientemente un viaje por Francia, con objeto, según las correspondencias, de reponer su salud quebrantada. Pero, como todos los actos de los hombres públicos son siempre comentados, por más indiferentes que á primera vista parezcan, la opinión se preocupa con la visita hecha por el distinguido estadista inglés al Presidente de la República francesa.

(c) Ministerio de Cultura 2005

Los periódicos del otro lado del canal de la Mancha, conservadores y radicales, suponen que lord Gladstone ha intentado entenderse con Francia para facilitar la solución de las cuestiones que se agitan todavía en el Cairo, y están de acuerdo para hacer de la visita al Presidente de la República un arma de combate contra el Ministerio whig.

Los periódicos franceses recuerdan también á este propósito el dicho inglés, *business is business*, el negocio es el negocio, y no se manifiestan muy dispuestos á abdicaciones, sobre todo, desde que el Ministerio Ferry ha dejado entrever que aún no renuncia Francia á volver á recobrar aquella antigua preponderancia política que tuvo algunos años hace, y cuya pérdida sólo puede achacar al sistema político por que sigue rigiéndose.

Volvió á presentarse lord Gladstone en la Cámara de los Comunes en medio de los aplausos de la mayoría, contenta de ver á su jefe restablecido del estado delicado á que le habían conducido sus tareas. El primer Ministro de la Reina tomó la palabra en la discusión de un crédito supletorio pedido por el Gabinete para subvenir á los gastos de la expedición de Egipto y aprovechó esa ocasión para hablar de la situación que se ha creado la Gran Bretaña con su intervencion en las orillas del Nilo.

«Estamos en Egipto, dijo lord Gladstone, para restablecer el orden y la estabilidad en este País, para mejorar sus instituciones, para asegurar en cuanto de nosotros dependa el cumplimiento de los compromisos internacionales, y estamos allí como principales interesados respecto á la libertad y á la seguridad del tránsito por el canal de Súez.

Si el asunto estuviera en nuestras manos, sería quizá posible precisar el punto á que se ha llegado en la prosecución de esos diversos objetos; pero no hay que perder de vista que no estamos allí como amos, sino como amigos y consejeros del Gobierno egipcio.

En lo que concierne á algunos de los demás motivos por los cuales estamos en Egipto, otras naciones tienen también derechos iguales á los nuestros. Por lo demás, el Gobierno de la Reina no reconoce interés inglés que esté separado de

(c) Ministerio de Cultura 2005

los intereses generales de las naciones civilizadas, ó que deba proseguirse con un objeto egoísta ó estrecho. El Gobierno cree que los representantes de Inglaterra han obtenido ya resultados considerables, y que, atendido el carácter del asunto, se ha hecho todo lo que era posible hacer. Pero en presencia de la importancia y delicadeza de las relaciones de Inglaterra con otras potencias, relativamente á los asuntos de Egipto, el Gobierno estima que no apresuraría la solución apetecida dando á la Cámara explicaciones prematuras.

El lenguaje de lord Gladstone deja, pues, comprender que ha disminuído mucho la tirantez á que habían llegado las relaciones entre Inglaterra y Francia.

Contratiempos, sin embargo, nacidos en la resistencia del mismo país conquistado, no han de faltar á los dominadores de los mares. Las últimas noticias de la insurrección del Sudán son malísimas y capaces de inspirar el mayor desconsuelo á cuantos se interesan por el porvenir de Egipto.

Mientras las tropas inglesas, con esa lentitud que les es característica, se aprestan á la lucha, los insurrectos ganan tiempo y lo aprovechan.

Aquellas provincias se hallan en el estado más completo de anarquía; el jeique de los hassanichs y sus doce hijos, que permanecían fieles al Gobierno, han pagado su lealtad con la vida, porque no habían querido unirse con su tribu á los secuaces del falso Profeta.

Hasta la fecha lleva gastado el Gobierno inglés en la guerra un total de 3.416.000 libras esterlinas, 1.640.000 en el ejército de tierra, y en las fuerzas navales 1.776.000.

* * *

Las explosiones del anarquismo se presentan misteriosamente en Suiza y también en Bélgica. Una explosión casual dió lugar á la prisión de dos anarquistas, procesados en rebeldía por el tribunal de Lyón y que se dedicaban á fabricar máquinas infernales en Bruselas. Llámanse Cyvoct y Metayer.

La *Gazette* escribía lo siguiente:

(c) Ministerio de Cultura 2005

«Este asunto parece de gran importancia. Según los datos que recibimos, el examen de los papeles hallados en poder de los criminales revela la existencia de un complot que interesa á la vez á Bélgica y á otros Estados de Europa.»

Nada sorprende después de los descubrimientos hechos en Andalucía.

También en Irlanda las sociedades secretas persisten en sus implacables propósitos. En varios condados se han cometido nuevos crímenes, y se habla de un complot contra la vida de lord Hártington, Ministro de la Guerra, y de medidas extraordinarias para ponerlo á cubierto de cualquier atentado.

La *Gaceta* de Dublín publica una disposición prohibiendo la venta y circulación en Irlanda del *Irish Worl*, periódico oficial del partido agitador.

La reacción es manifiesta, y se conceptúa más cada día, aun en la misma Irlanda.

En cuanto al nihilismo, no deja de vez en cuando de preocupar todavía, pero parece ya, y quiera Dios que así sea, no tener más fuerza que para producir las últimas chispas de un incendio apagado.

Hace poco las autoridades recibieron una carta anunciándoles que volaría el Kremlin el día de la coronación; pero las pesquisas más minuciosas no han encontrado nada sospechoso.

Dos medidas tomadas por el Gobierno de San Petersburgo han pasado casi desapercibidas, y tienen, sin embargo, una importancia innegable.

Es la primera un decreto que ordena cerrar definitivamente los estudios de medicina para mujeres, y la segunda la suspensión por seis meses del periódico el *Golos*.

Sobre los cursos de medicina en que eran admitidas las mujeres, nos dan nuevos pormenores las correspondencias extranjeras, tanto más interesantes, cuanto hasta en España parecen estar hoy de moda las más absurdas reivindicaciones de la mujer, sostenidas por los utopistas del radicalismo.

Los cursos de medicina para mujeres se daban en Rusia en la clínica del Hospital Militar, y su objeto primitivo era

(c) Ministerio de Cultura 2005

formar enfermeras para las ambulancias. Pero los programas se ampliaron; se quiso luego formar matronas, y más tarde se establecieron cátedras que completaban toda la enseñanza de la facultad de medicina, creciendo entonces de una manera extraordinaria el número de alumnas, que llegaron á contarse por cientos. Pero cuanto más crecía la matrícula, más se distinguían también las matriculadas, por su turbulencia y hostilidad á toda idea moral y religiosa. Hicieron una activa propaganda de desmoralización y de vicio, y toda familia en la que lograban introducirse temblaba por sus hijos, pudiéndose contar á millares las víctimas de esta propaganda.

Los periódicos de oposición que desean la ruina de Rusia combatieron con todas sus fuerzas la supresión de tales estudios, que venían á ser los más peligrosos instrumentos de la revolución, y entre esos periódicos se distinguía el *Golos*.

Si el *Golos*, periódico que en estos últimos tiempos se ha distinguido por su odio á la religión, sus simpatías á las ideas revolucionarias y sus artículos demagógicos llegase á desaparecer, los intereses conservadores de Rusia se verían libres de uno de sus más enconados enemigos.

Sabido es, sin embargo, que los elementos de turbulencia que allí existen no tiene todavía puntos de contacto con los más terribles de las naciones latinas. Poco tiene Europa que temer de su roce con los pueblos del Norte.

La enfermedad social radica en el corazón, y el corazón palpita allí donde se siente con más intensidad el movimiento demagógico; es decir, á orillas del Sena, junto á la Explanada de los Inválidos y en los alrededores del palacio del Elíseo, sitio en el que há tiempo se levantaron los difíciles problemás del trabajo.

S.

MADRID, 1883.—Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

(c) Ministerio de Cultura 2005